



DIÁLOGO POLÍTICO



Konrad
Adenauer
Stiftung

ISSN 1688-9665

SOCIEDAD, POLÍTICA Y FÚTBOL

EDICIÓN ESPECIAL. JUNIO 2018

DIÁLOGO POLÍTICO



Konrad
Adenauer
Stiftung



DIÁLOGO POLÍTICO
Año XXXV, n.º especial, 2018

EDITOR
Konrad-Adenauer-Stiftung e.V.
(Fundación Konrad Adenauer)

DIRECTORA
Dra. Kristin Wesemann

JEFE DE REDACCIÓN
Manfred Steffen

**COORDINACIÓN Y REDACCIÓN
DE ESTA EDICIÓN ESPECIAL**
Ángel Arellano
Alejandro Coto
Manfred Steffen

TRADUCCIÓN Y TRANSCRIPCIÓN
Ángel Arellano
Federico Irazabal
Manfred Steffen

FOTOGRAFÍA
Lucía Casanova
Alessandra Herdeg

ILUSTRACIÓN
Guillermo Tell Aveledo
Virginia Daglio
Daniel Supervielle

DISEÑO Y ARMADO
Taller de Comunicación
Obligado 1191, Montevideo, Uruguay
Tel.: +598 2708 13 65
www.tallerdecomunicacion.com.uy

IMPRESIÓN
Mastergraf
Hnos. Gil 846, Montevideo, Uruguay
Tel.: +598 2303 47 60
www.mastergraf.com.uy

© Konrad-Adenauer-Stiftung
Plaza Independencia 749, oficina 201
11000 Montevideo, Uruguay
Tel.: +598 2902 0943



/fkamontevideo



@kasmontevideo



@kasmontevideo



Fundación Konrad
Adenauer Montevideo



www.kas.de/parteien-latenamerika/es
www.kas.de/uruguay/es



www.dialogopolitico.org

IMAGEN DE PORTADA
Daniel Supervielle

ISSN: 1688-9665
Depósito legal: 361.144

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento del editor. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido citando la fuente.

Suscríbete al boletín semanal de novedades de DIÁLOGO POLÍTICO en www.dialogopolitico.org

Índice

- 7 PRESENTACIÓN
- 9 El balón de cuero entre luces y sombras
Stefan Reith
- 14 Fútbol y política en América Latina
en tiempos de la Copa del Mundo
Elcio Loureiro Cornelsen
- 22 Celeste y charrúa: el fútbol y la democracia en Uruguay
Daniel Supervielle
- 32 Los argentinos y los mundiales: pasión, negocios,
política y nacionalismo *light*
Fernando Gutiérrez
- 44 Inestabilidad y hexacampeonato: los desafíos de Brasil
Denise Mota
- 53 Fútbol y mujeres en Chile en su minuto clave
Claudio Agurto Spencer
- 62 El fútbol colombiano en tiempos de paz
Gabriel Pastor
- 71 Una noche en el Parque Kennedy
Diego Macera
- 78 Panamá, larga vida al fútbol fantasma
Enrique Andrés Pretel

- 92 Costa Rica ante el espejo relativo de su pequeña gran selección
Álvaro Murillo
- 103 México en las Copas Mundiales de 1970 y 1986
Juan Carlos Gordillo Pérez
- 113 La plata dulce. Corrupción y fútbol en América Latina
Marc Koch
- 121 Ellas Juegan: en la cancha de la igualdad
*Entrevista con Knut Auf dem Berge, María Inés Rüsck
y Alejandra García*
- 126 Los indestructibles
Enrique San Miguel Pérez
- 130 Donde el fútbol es político: los ultras y la revolución en Egipto
Jan Busse
- 137 Sombras de un triunfo
Entrevista con César di Candia
- 141 «Yo no sé por qué se gasta la memoria...»
Entrevista con Juan Chiche Elizaga

Presentación

Con mucho orgullo ponemos en sus manos esta edición especial de DIÁLOGO POLÍTICO para reflexionar y promover la discusión sobre diversos temas que gravitan en la órbita de la sociedad, la política y el fútbol. Nos ha parecido propicio publicar este nuevo número de la revista durante la realización de la Copa Mundial de Fútbol 2018, evento que paraliza al mundo entero y pone a flor de piel el impacto que tiene en la humanidad el deporte más popular.

Pero el fútbol no solo es fútbol. Es decir, no solo son personas detrás de un balón que juegan mientras despiertan pasiones y movilizan a millones de seres que alientan sin cesar a sus equipos favoritos. El fútbol es un lenguaje, una forma de hacer las cosas, una manera de vivir la vida y una puesta en escena que tiene detrás una poderosa industria. El fútbol nos conecta con muchas paradojas de la sociedad y es ahí donde hemos decidido poner la lupa.

Este volumen contiene artículos de relevantes periodistas y escritores de América Latina que nos invitan a mirar, desde diferentes ángulos, varios temas transversales al punto que nos convoca. Desde la frenética devoción de los ciudadanos por sus selecciones nacionales, pasando por la violencia de las hinchadas, la corrupción, la relación con el poder económico y político, hasta el fomento del fútbol femenino, el debut de Panamá en un mundial, un interesante aporte sobre el impacto de la *fanaticada* en procesos políticos de países tan diferentes a nuestra región como el caso de Egipto, y una reflexión desde Europa sobre el valor del deporte para reivindicar los aspectos positivos de la condición humana por encima del espectáculo y el marketing.

Hoy en América Latina se ha generado, por primera vez en la historia, y luego de un largo debate, la unión de tres países que se proponen como sede de un mundial. Quieren organizar el encuentro de 2030 para conmemorar el centenario de este impresionante evento deportivo justamente en el

sitio donde se realizó por primera vez: Uruguay. Sociedades profundamente futboleras como la charrúa, la argentina y la paraguaya tienen la aspiración de traer a sus canchas este encuentro histórico. Porque el fútbol ha demostrado que también puede unir a los pueblos. En ese sentido, esperamos que este número de DIÁLOGO POLÍTICO pueda servir para generar discusiones sobre la realidad de la interacción entre la sociedad, las instancias políticas y el fútbol hoy, en favor de un futuro prometedor.

Disfruten la edición.

Dra. Kristin Wesemann
Fundación Konrad Adenauer
Oficina Montevideo

El balón de cuero entre luces y sombras



—» **STEFAN REITH**
Director para América Latina
del Departamento de
Cooperación Europea e
Internacional de la Fundación
Konrad Adenauer,
Oficina Berlín.

*Un congreso de la Fundación Konrad
Adenauer examina el significado social
del fútbol en América Latina*

El fútbol impregna como ningún otro deporte la cultura cotidiana de cientos de millones de aficionados alrededor del planeta. Especialmente en Latinoamérica la euforia casi no conoce límites. Superestrellas como el argentino Lionel Messi o el brasileño Neymar son ídolos nacionales que mueven a las masas mucho más allá del ámbito deportivo. Al exjugador Diego Armando Maradona sus seguidores la dedicaron incluso una religión. Él mismo se había erigido verbalmente en un dios del fútbol cuando justificó su gol irregular con la mano en el partido contra Inglaterra de cuartos de final del Mundial de 1986, diciendo que había interveni-

do la mano de Dios. El último mundial en el continente americano en Brasil se convirtió en un gigantesco espectáculo futbolístico que durante los partidos de la *Seleção* dejaba desiertas las calles y paralizó durante semanas la vida pública fuera del fútbol. La falta de sustentabilidad social del megaevento provocó, sin embargo, fuertes críticas. El templo futbolero de Manaus, en la Amazonia brasilera, construido a un costo de millones de dólares, decae hoy abandonado y simboliza el lado oscuro del negocio del fútbol lejos de la euforia mundialista.

A pesar de tanto entusiasmo, en Latinoamérica jugadores y fanáticos del fútbol se enfrentan cada vez más a voces críticas. Estas se centran en la industria multimillonaria, tan alejada de la vida real de los hinchas y que parece considerar el compromiso con el *fairplay* solamente como una declaración intrascendente. Incidentes violentos, *hooligans*, expresiones abiertamente racistas, difamación de minorías, sueldos astronómicos de los jugadores, manipulación de los partidos y escándalos de apuestas, así como tramitación corrupta en la designación de las sedes llenan los titulares y conforman la parte oscura del fútbol, no solamente en Latinoamérica.

Frente a esto se presenta la fuerza integradora y unificadora de la *cacería del balón de cuero*, un ritual que sigue las mismas reglas en todos los continentes y que supera sin esfuerzo barreras idiomáticas, culturales o religiosas. Del deporte de tiempo libre al fútbol de equipos organizado nacional o internacionalmente, y de este al campeonato mundial, los jugadores y jugadoras se desempeñan en las canchas y promueven respeto, tolerancia, honestidad y espíritu de equipo. Nadie que haya presenciado un partido en vivo en un estadio lleno ha podido evitar la fascinación que provoca el fútbol y las emociones que libera.

Entre la guerra del fútbol y las fábulas de verano

El fútbol no es solamente un espejo de nuestras sociedades. Más bien, su inmenso atractivo lo lleva a influir en el desarrollo social como motor o, al menos, catalizador. En un sentido negativo, se pueden nombrar megaeventos como los campeonatos mundiales, que han sido utilizados por gobernantes autoritarios para legitimarse internacionalmente y fortalecer su poder. No solo la adjudicación del Mundial de 1978 a la junta militar argentina es un capítulo triste del fútbol mundial. Las adjudicaciones recientes también muestran que los estándares democráticos mínimos no son una condición previa para organizar una Copa del Mundo. La exacerbación consciente del resentimiento y los nacionalismos llevó ya en 1969, en ocasión de un partido de clasificación entre Honduras y El Salvador, no solo a disturbios con muertes,



Ilustración: Daniel Supervielle

sino también a la autodenominada guerra del fútbol entre ambos países. Ya se trate de gobiernos corruptos, empresarios influyentes, barones de la droga colombianos o de la Stasi (servicios de inteligencia de la ex - República Democrática Alemana), en todo el mundo los dueños de los clubes de fútbol los utilizaron y los utilizan para mostrar públicamente su poder y con eso influir la sociedad.

En cambio, al campeonato mundial de 2006 en Alemania, presentado como *El mundo entre amigos*, se le reconocen impactos sociales positivos, ya que los alemanes aprendieron que una porción sana de patriotismo no excluye la apertura y la hospitalidad, sino que idealmente las complementa. El hecho de que las posteriores revelaciones respecto a las cuestionables prácticas en la adjudicación de la sede del Mundial de 2006 dejaran un sabor amargo sobre el cuento de hadas en muchos hinchas futboleros, solo muestra cuán cercanas están las luces y las sombras también en el fútbol. Esto vale también para la otrora *figura luminosa del fútbol alemán*, como fue apodado Franz Beckenbauer, presidente del Comité de Organización de la Copa Mundial de Fútbol FIFA de 2006.

La fuerza positiva y el potencial de desarrollo social inherentes al fútbol están en el foco de numerosas iniciativas privadas y estatales en todo el mundo. La organización Streetfootballworld, sita en Berlín, por ejemplo, lanzó la iniciativa Common Goal, que promueve que los futbolistas donen por lo menos uno por ciento de sus honorarios a un fondo, para financiar proyectos sociales a nivel mundial. Conocidos profesionales como el jugador de la selección alemana Mats Hummels se sumaron a la iniciativa. El Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo fundó el área *deporte para el desarrollo*, en cooperación con la Federación Alemana de Fútbol, centrada en la promoción y la integración de refugiados a través del fútbol. También se apoyan proyectos en el extranjero que, a través de la cooperación para el desarrollo del fútbol, permiten llegar a niños y jóvenes, y con esto contribuyen a promover la formación, la salud y la igualdad de derechos.

Honestidad, juego limpio, tolerancia, respeto: importantes no solo en el campo de juego

Como fundación política cuyo mandato principal es la promoción de la democracia en el mundo, la Fundación Konrad Adenauer ya tiene buenas experiencias con proyectos relacionados con el fútbol. Entrenamientos compartidos acompañados de talleres y partidos de interés público con participación de personalidades cristianas y musulmanas contribuyeron al fortalecimiento del diálogo interreligioso y a la celebración de elecciones pacíficas en Tanzania. Con la iniciativa Green

Goal 2010, la Fundación Konrad Adenauer sentó una pauta de sostenibilidad, protección del ambiente y del clima en la Copa Mundial de Fútbol en la República Sudafricana.

En vísperas de un campeonato mundial es adecuado recordar que el juego limpio, la tolerancia, el aprecio y respeto mutuo son principios importantes no solo en el campo de juego, sino que constituyen las bases indispensables para la convivencia y el desarrollo de nuestras sociedades. En pocas regiones del mundo el fútbol tiene un significado tan grande como en Latinoamérica. Por esta razón, la Fundación Konrad Adenauer organizará, en cooperación con la Asociación Alemana de Investigación Latinoamericana (ADLAF), un congreso sobre «Fútbol y sociedad en América Latina», del 7 al 9 de junio de 2018, en Berlín.

En el centro del evento inaugural estará el debate de destacados representantes de los deportes, la política y organizaciones no gubernamentales, que versará sobre los aspectos luminosos y los oscuros del fútbol, desde diversas perspectivas. Felix Magath, leyenda del fútbol alemán dentro y fuera de la cancha, hablará sobre «¿Qué puede aprender la sociedad del fútbol?» al inicio del panel inaugural sobre «Corrupción, machismo y racismo. Desafíos y fuerza positiva del fútbol». Este panel constituye un puente de la perspectiva alemana hacia América Latina. Aline Pellegrino, excapitana de la selección femenina de Brasil y codirectora del proyecto Guerreiras, confirmó su participación, al igual que Antonio Leal, director fundador del festival de cine de fútbol CINEfoot en Brasil, Jürgen Griesbeck, director fundador de la mencionada organización Streetfootballworld e iniciador de Common Goal, y Cornelia Schmidt-Liermann, diputada nacional del Parlamento argentino, presidenta de la Comisión de Relaciones Exteriores y Culto y del Grupo Parlamentario de Amistad con Alemania. Más allá de esto, en el núcleo del congreso ADLAF 2018, habrá numerosos paneles académicos, con presentaciones de algunos de los expertos más reconocidos en sus campos respectivos. Esta parte de la conferencia estará enmarcada por una tarde de cortometrajes sobre fútbol alemán y latinoamericano y numerosas actividades acerca del tema del fútbol.

La Fundación Konrad Adenauer y la ADLAF quieren, a través de este evento, llamar la atención sobre el tema del fútbol como fuerza positiva para el desarrollo social, sin por eso negar los aspectos negativos.

Sean ustedes cordialmente bienvenidos.

Nadie que haya presenciado un partido en vivo en un estadio lleno ha podido evitar la fascinación que provoca el fútbol y las emociones que libera.

Traducción de Manfred Steffen

Fútbol y política en América Latina en tiempos de la Copa del Mundo



—» **ELCIO LOUREIRO CORNELSEN**
Posdoctorado en Teoría Literaria
y en Estudios Organizacionales.
Profesor de la Facultad de Letras
de la Universidad Federal de
Minas Gerais. Investigador del
Núcleo de Estudios sobre Fútbol,
Lenguaje y Artes (FALE/UFMG).
Exbecario de la KAS.

La vigésima primera edición de la Copa Mundial de FIFA, que se disputará en Rusia entre el 14 de junio y el 15 de julio de 2018 está cerca, y nada mejor que el actual contexto para reflexionar sobre la relación entre fútbol y política en América Latina. El mencionado torneo contará con la participación de cinco selecciones afiliadas a la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol): Argentina, Brasil, Colombia, Perú, y Uruguay, y tres pertenecientes a la Confederación de Norteamérica, Centroamérica y el Caribe de Fútbol (Concacaf): Costa Rica, México y Panamá.

La relación entre fútbol y política está presente en la región desde las primeras décadas del siglo xx. Como bien señala el escritor uruguayo



Ilustración: Guillermo Tell Aveledo

Eduardo Galeano, «el fútbol y la patria están siempre atados; y con frecuencia los políticos y los dictadores especulan con esos vínculos de identidad». Desde una perspectiva como esta, el uso político del fútbol se basa en la creación de una identidad colectiva signada por los sentidos de patriotismo y nacionalismo, transformando a las selecciones nacionales en factores identitarios. Cinco países latinoamericanos fueron sede del Campeonato Mundial de Fútbol, en siete ediciones de la competencia, haciendo notar esa tendencia en mayor o menor grado: Uruguay (1930), Brasil (1950 y 2014), Chile (1962), México (1970 y 1986) y Argentina (1978).

Para comenzar, tomemos por ejemplo la primera edición de la Copa del Mundo de FIFA, que se llevó a cabo en Uruguay del 13 al 30 de julio de 1930. Aquel año, el país celebraba el centenario de la jura de su primera Constitución, y fue este uno de los factores que llevaron a la FIFA a aprobar la candidatura de Uruguay para organizar y ser sede de la primera edición de la copa, además de que su selección hubiera obtenido la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de 1924 y de 1928, en París y en Ámsterdam respectivamente, transformándose en una de las principales potencias del fútbol mundial por aquel entonces. La gran final rioplatense enfrentó a las selecciones de Argentina y Uruguay el 30 de julio, en el Estadio Centenario, en Montevideo.

La rivalidad entre ambas selecciones, que eran protagonistas del fútbol latinoamericano en la década del veinte, se hizo presente en aquella fecha. La propia final del Mundial de 1930 fue una reedición de la final de los Juegos Olímpicos de Ámsterdam en 1928. Al grito de «victoria o muerte», miles de hinchas argentinos cruzaron el Río de la Plata rumbo a la capital uruguaya. Con el fútbol atravesando un momento de gran popularidad en ambos países, la pasión de las hinchadas y el sentimiento nacionalista se hicieron patentes. Al final, los anfitriones ganaron el partido por 4 a 2, transformándose en los primeros campeones mundiales de fútbol, al mismo tiempo en que el país se celebraba el centenario de su conformación como nación.

La campaña de la selección brasilera dejó mucho que desear. Una disputa de índole política, que involucró a la Confederación Brasileira de Deportes (CBD), organización federal fundada en 1914, y la Asociación Paulista de Deportes Atléticos (APEA en portugués), fundada en San Pablo en 1913, provocó que Brasil no concurriese al torneo con todo su poderío. Al rehusarse la CBD a integrar representantes del fútbol paulista en la comisión técnica, la APEA impidió la participación a sus jugadores afiliados, haciendo que Brasil fuera representado por

una selección *carioca*.¹ Podemos trazar un paralelismo con los conflictos sociopolíticos que por aquel entonces sucedían en el país, y que desembocaron en la Revolución de 1930, y la llegada al poder de Getúlio Vargas, así como también con la Revolución constitucionalista de 1932 como respuesta paulista. Un dato curioso, por ejemplo, fue la ausencia de Arthur Friedenreich, la principal estrella de aquel entonces, del equipo que disputó la Copa Mundial de 1930, y su participación, dos años más tarde, con el rango de teniente, en filas del ejército paulista.

La cuarta edición de la Copa del Mundo de FIFA fue realizada por segunda vez en Latinoamérica. Brasil fue elegido como sede para 1950. Una vez más, la relación entre política y fútbol se puso de manifiesto. Brasil, que desde el final de la Segunda Guerra Mundial pasaba por un proceso de franca industrialización, intentó aprovechar el torneo para ganar visibilidad en el escenario político y económico mundial, así como para afianzar su protagonismo en la región. El Estadio Municipal, con una capacidad de 200.000 espectadores, construido especialmente para el torneo, debía aparecer como monumento arquitectónico del «nuevo» Brasil que surgía en el concierto mundial. El proyecto fracasó tanto en el plano político como en el simbólico, con la derrota 2 a 1 de la selección brasilera frente a la celeste olímpica en el último partido del cuadrangular final, disputado el 16 de julio de 1950. Esa derrota, que puso fin al sueño momentáneo de grandeza política y económica, pasó a conocerse en la historia del fútbol mundial como *maracanazo*.

Salvando las distancias, podemos apreciar en este suceso cierta correspondencia entre lo acontecido en la Copa de 1950 y la de 2014, no solo porque en ambas ediciones, y a pesar de haber sido localataria, la selección brasilera fue derrotada, confirmándose como la única selección campeona mundial en no haber ganado una copa en su propio terreno, pero también porque fracasó un proyecto político impulsado por el gobierno del Partido de los Trabajadores para insertar a Brasil en el espacio restringido de naciones con liderazgo mundial y ocupar un sillón permanente en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, en medio de manifestaciones en contra del gobierno federal que ocuparon calles y plazas del país, tanto durante

Los anfitriones ganaron el partido por 4 a 2, transformándose en los primeros campeones mundiales de fútbol, al mismo tiempo en que el país se celebraba el centenario de su conformación como nación.

¹ *Carioca* es el gentilicio de los oriundos del estado de Río de Janeiro.

la Copa de las Confederaciones en 2013 como durante el Campeonato Mundial de 2014. En un mismo sentido, la organización y realización de la Copa del Mundo servirían como instrumento de apoyo a la política exterior encarada por el país, que quedó a mitad de camino en medio de una crisis política y económica enfrentada por el gobierno de aquel entonces. Así, la narrativa de la *patria de los zapatos de fútbol* se desmoronó, incluso con un nuevo capítulo «trágico» para el fútbol brasileño: la humillante derrota ante la selección alemana en la semifinal del torneo, por un marcador de 7 a 1, el *mineirazo*.

Otra edición de la Copa del Mundo de la FIFA disputada en la región también nos permite reflexionar acerca de la relación entre fútbol y política: la undécima edición, realizada en Argentina, en 1978. Por quinta vez, luego de Uruguay en 1930, Brasil en 1950, Chile en 1962 y México en 1970, un país latinoamericano conseguía el derecho a ser sede del torneo. El país anfitrión enfrentaba por aquel entonces años de turbulencia política, a partir de la instauración de la dictadura militar en 1976. Como sucediera con otros eventos deportivos de alcance mundial, donde el deporte fue utilizado como instrumento de propaganda política e ideológica —a modo de ejemplo podemos tomar la Copa del Mundo de 1934, disputada en Italia bajo el yugo del dictador Benito Mussolini, con su máxima «*vincere o morire*», y los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, en la Alemania nazi al mando de Adolph Hitler—, una vez más un dictador se hacía presente en la historia del deporte mundial: el general del ejército Jorge Rafael Videla, líder de la junta militar que asumió al frente del Estado argentino el 24 de marzo de 1976, luego del golpe que destituyó a Isabelita Perón.

Figura caudillesca, muy habitual en la región, el general Videla tomaba para sí la responsabilidad de llamar a la nación argentina no solo para alentar a su selección sino también para apoyar al régimen, a partir de una retórica nacionalista, en los actos oficiales —como el del discurso inaugural del mundial, el 2 de junio de 1978— o a través de campañas en la prensa.

El general estuvo presente además en todos los partidos disputados por la selección argentina a lo largo del torneo, y se transformó en una figura omnipresente que formó parte de la afición en las tribunas.

Uno de los momentos de esa Copa que permite apreciar de mejor manera la relación entre fútbol y política fue el hecho de que tanto Videla como los demás miembros de la junta militar asistieron al encuentro entre Brasil y Argentina junto al presidente de la FIFA, Joao Havelange, una figura del fútbol que brindó su apoyo incondicional a la realización de la Copa en un país bajo una dictadura, que se hacía sentir a través de la censura, las violaciones a los derechos humanos y la persecución a disidentes. El máximo momento de conjunción en-

tre fútbol y política se alcanzó durante la ceremonia de premiación a los campeones mundiales, en el Estadio Monumental, cuando Daniel Passarella —capitán de la selección argentina— recibió el trofeo de manos de Videla, en una especie de símbolo de la unidad entre sociedad, nación y gobierno. Cabe recordar que en las adyacencias del Estadio Monumental de Núñez, a menos de un kilómetro de distancia, se ubicaba la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), principal centro de represión política durante el gobierno de la junta militar, donde los disidentes políticos eran mantenidos presos, torturados y asesinados.

Sin duda, el caso argentino está lejos de ser excepcional en el uso político de eventos deportivos para adjudicarse dividendos en la economía simbólica, con el propósito de legitimar regímenes dictatoriales, independientemente de su *color* ideológico. En América Latina, en particular, hay otros dos casos que pueden ser recordados, referidos ambos a Brasil: las Copas de 1938 y de 1970.

En 1938, en pleno *Estado novo*, bajo el gobierno de Getúlio Vargas, el fútbol pasó a formar parte de un proyecto político de construcción de una *identidad nacional*. Con una popularidad creciente desde la década de 1920, el fútbol llamaba la atención de las autoridades como un vehículo de integración de la sociedad y, por esa característica, pasible de ser instrumentalizado para tal construcción. No se trató meramente de una estrategia de propaganda cuyo objetivo fuese la legitimación del régimen, sino de algo mayor: la consolidación de la unidad nacional ante los enfrentamientos regionales. Basta recordar, si no, el conflicto mencionado entre las federaciones —la APEA y la CBD— en el marco de la Copa de 1930.

Así, en la Copa de 1938, disputada en Francia, superados los conflictos organizacionales e *ideológicos* del pasado, en nombre de un discurso de unidad nacional cimentado en los símbolos patrios, la selección brasilera, al obtener un meritorio tercer lugar en el torneo, colocaba la piedra fundamental para la constitución del mito del *fútbol arte* y de la *Patria canarina*.²

A su vez, 32 años más tarde, en la Copa de 1970 disputada en México, una vez más en pleno régimen dictatorial, en los llamados *años de plomo*, el fútbol sería pasible de instrumentalización. Incluso, si pres-

Como medio de identificación colectiva el fútbol ha sido, desde el comienzo, pasible de instrumentalización para fines políticos e ideológicos. Sin embargo, este esquema no parece sostenerse en tiempos de globalización.

2 *Canarina* es como se conoce popularmente a la camiseta amarilla de Brasil.

tamos atención a los detalles de tal *instrumentalización*, dejaremos de lado aquella idea, muy de sentido común, de que el gobierno dictatorial habría pegado su imagen a la del triunfo de la selección brasilera al conquistar el tricampeonato mundial. Mucho más profunda, la relación entre fútbol y política en aquel contexto deja entrever una preparación minuciosa y eficiente en términos deportivos y organizacionales, que había iniciado en 1968. Para empezar por la comisión técnica, formada con varios nombres provenientes de la Escuela de Educación Física del Ejército, lo más avanzado en términos de táctica y de preparación física fue puesto en práctica para brindar a la selección brasilera condiciones de alto nivel para la disputa del torneo, luego de una campaña pobre en la Copa de 1966, disputada en Inglaterra.

Si en la era Vargas el proyecto procuraba más la superación de los localismos políticos en nombre de la unidad nacional —utilizando al fútbol como medio aglutinador y, al mismo tiempo, promotor de valores y símbolos nacionales— que la legitimación del régimen, el gobierno dictatorial en 1970 poseía otros objetivos. Los localismos, en mayor o menor medida, estaban superados. En aquel contexto, la imagen del gobierno y sus políticas debía ser legitimada a partir del uso político de la conquista en el ámbito futbolístico, al tiempo que la censura y la represión a disidentes colocaban al país en la vidriera de aquellas naciones que violaban los derechos humanos.

En ese aspecto, el uso político del fútbol puede también ser considerado una estrategia para desviar la atención de las políticas internas, pensando en la vieja y gastada máxima de considerar al fútbol como el *opio de los pueblos*, que poco o nada contribuye a evaluar en qué medida eventos de esa naturaleza tienen el poder de despertar emociones y, al mismo tiempo, elaborar sentidos simbólicos de pertenencia, sea de índole clubista o nacional.

Innegablemente, la relación entre fútbol y política, nación y emoción, patria e identidad, permitió el surgimiento en la región de mitos como el *fútbol mulato*, el *fútbol arte*, el *país del fútbol*, la *patria en zapatos de fútbol*, de la selección *canarina* en Brasil, o del *fútbol criollo*, de la *gambeta* en Argentina, o de la *garra charrúa* en Uruguay, como metonimia de las respectivas naciones y como forma de expresión, a través del fútbol, de la propia idiosincrasia de cada país a partir de sus *comunidades imaginadas*, para usar la expresión del historiador y cientista político norteamericano Benedict Anderson, fundamentadas por *tradiciones inventadas*, según lo planteado por el historiador británico Eric Hobsbawm. De acuerdo con lo planteado por Eduardo Galeano, a lo largo del siglo xx, «el fútbol fue el deporte que mejor expresó y afirmó la identidad nacional. Las diversas maneras de jugar han revelado, y celebrado, las diversas maneras de ser».

Así, como medio de identificación colectiva el fútbol ha sido, desde el comienzo, pasible de instrumentalización para fines políticos e ideológicos. Sin embargo, este esquema no parece sostenerse en tiempos de globalización, en que las transformaciones ocurridas en las últimas tres décadas impusieron nuevos órdenes políticos, económicos y culturales, e incluso la fragmentación de las identidades nacionales. Tal proceso también se ha experimentado en el resto de América Latina.

Finalizando nuestro breve abordaje sobre tan polémica relación, cabe recordar una frase del antropólogo brasileiro Roberto Da Matta, que define de manera precisa la maleabilidad del fútbol, requerida para una instrumentalización eficaz, según la forma en que una sociedad se apropia de él: el fútbol es aquello que hacemos de él, pues «como todas las actividades humanas, no tendría una esencia llena o vacía de consecuencias, sino que dependería de la relación que establece con sus receptores, en un momento dado y en una sociedad determinada». Nos queda esperar al Mundial de Rusia para evaluar mejor su impacto en los países latinoamericanos, en términos de uso político de eventuales resultados obtenidos en el marco deportivo.

Traducción de Federico Irazabal

Celeste y charrúa: el fútbol y la democracia en Uruguay



—» **DANIEL SUPERVIELLE**

Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay (UCU). Periodista. Docente de grado y maestría de la Universidad de Montevideo (UM). Asesor y estrategia político. Autor del libro *La Positiva: secretos de la campaña de Luis Lacalle Pou* (2014).

El último domingo de noviembre cada cinco años, cuando se celebran las elecciones presidenciales en Uruguay, y cada vez que juega la selección de fútbol, siento lo mismo: orgullo. También sé que el resto del mundo se pregunta cómo esta república del sur logra ser un ejemplo de democracia y una potencia mundial en el balompié. A lo largo de las próximas líneas trataré de maridar a la democracia uruguaya con su selección de fútbol.

Campeones del mundo

La República Oriental del Uruguay reúne las mejores tradiciones liberales y republicanas en América Latina y en campeonatos de fútbol per cápita es el más ganador del mundo. Se ubica a la entrada



Ilustración: Daniel Supervielle

de un río (de la Plata) cuyo caudal nace en las entrañas del continente sudamericano y deposita en su orilla una mezcla de arena, barro, olores e historia increíble, variada y salvaje.

Su pequeña población descendió mayoritariamente de los barcos. Pese a que existe un revisionismo histórico a este relato, lo cierto es que la influencia de la población indígena autóctona en la vida moderna es insignificante.

Lo paradójico es que, pese a que los charrúas, minoritario puñado de pobladores originarios del territorio que se llamaba Banda Oriental (los estudios más serios hablan de pocos miles) no dejaron prácticamente legado; la selección nacional de fútbol sí es conocida por un atributo que se le adjudica a este pueblo: la *garra charrúa*. Los charrúas fueron un pequeño pueblo bravo y belicoso que se resistió a la civilización; nunca se rindió. El 11 de abril de 1831, un año después de la jura de la primera Constitución de la República Oriental del Uruguay, las tropas del gobierno emboscaron y mataron a los charrúas indomables en el triste episodio del arroyo Salispuedes. El puñado que sobrevivió a la masacre huyó al norte. El resto, diezmado, se fundió con la población criolla y de inmigrantes que habitaba estas tierras e inició junto a ella la azarosa aventura de construir un país independiente donde vivir y criar sus hijos.

A veces las construcciones simbólicas son más poderosas que las reales.

Así, la garra se transformó en un sello distintivo de la forma certera y ganadora de plantarse en un campo de balompié ante los gigantes de América y del mundo.

Para los que no saben nada de fútbol, esta garra charrúa podría tener su símil con la historia bíblica del Antiguo Testamento de David y Goliat. Ante la adversidad y la lógica, los orientales uruguayos se agigantan y vencen en el campo de juego a quienes en los papeles —por tamaño, dinero e infraestructura— son imbatibles.

De los barcos

Por lo antedicho, Uruguay es esencialmente un país de descendientes europeos incrustado en el sur de América. Su población criolla se ha adaptado al continente; lo ha nutrido con sus ideas, apego a la democracia, intelectuales y artistas. A su vez es un país que viene buscando su identidad americanista de muchas maneras; por ejemplo, lleva su nombre por estar al oriente del río *Uruguay*, que querría decir en guaraní 'río de los pájaros' o 'río de los caracoles'. Los guaraníes también llegaron a estas tierras.

Desde su independencia Uruguay intentó moldear su sueño integracionista con los otros países al sur del Río Bravo. Es de ahí que nace la quimera de la *patria grande*. Sin embargo, basta leer al popular escritor de izquierdas Eduardo Galeano para ver lo lejos que quedan Uruguay y el Río de la Plata de esa América Latina descrita en las páginas de sus principales libros traducidos a cien idiomas.

A los ojos de un intelectual europeo biempensante, la banda sonora de Uruguay podría ser la de una quena andina —algo tan lejano de los uruguayos orientales como podría ser el *morin khur*, milenario instrumento musical mogol—. No es en esa clave que hay que leer a Uruguay. En los arrabales de Montevideo nació el tango, y a partir de esa música es que sugiero que se empiece a entender a esta nacionalidad, parecida pero diferente a la argentina.

Se trata de un país que nunca fue ajeno a los procesos históricos de América Latina pero cuyo pueblo respeta, cuida y valora su estabilidad democrática por encima del promedio en la región. Algo similar a lo que pasa con su seleccionado de fútbol.

Como en todos lados, en Uruguay también hay sectores fascinados por tiranos populistas, otros que añoran los gobiernos militares de mano de hierro y hasta iluminados mesiánicos que pretendieron dirimir conflictos políticos a balazos y con sangre. Por suerte, estos díscolos siguen siendo —por ahora— minoría ante la mayoría demócrata y republicana.

Uruguay fue el primer campeón mundial de fútbol en Montevideo, en 1930, en un Estadio Centenario que se construyó para celebrar precisamente los cien años de la jura de la Constitución.

El legado simbólico

El reconocido antropólogo uruguayo Daniel Vidart sostuvo en varias entrevistas que, para él, los charrúas dejaron una «huella muy tenue, tanto física como espiritualmente, en los cuerpos y en las almas del pueblo oriental».

Tomando como cierto este razonamiento, concluyo que la garra charrúa es un mito que se construyó hacia la segunda mitad del siglo xx, a medida que los futbolistas uruguayos conquistaban títulos. De la mano de los éxitos de la selección y el fútbol, el resto del mundo empezó a conocer un país creado por inmigrantes. Es a partir de los éxitos de patear una pelota que se empezó a ubicar a Uruguay en el globo terráqueo.

Uruguay fue el primer campeón mundial de fútbol en Montevideo, en 1930, en un Estadio Centenario que se construyó para celebrar

precisamente los cien años de la jura de la Constitución. También fue campeón del mundo nada más ni nada menos que en Brasil el 16 de julio de 1950, tras vencer al local en la final en Río de Janeiro.

«Uruguay siempre gana la última batalla [...]. Uruguay debía ganar para ser campeón y ganó. Eso es una hazaña. No me extraña. Uruguay está acostumbrado y es el único país del mundo capaz de hacer eso. Los nuestros lucharon y jugaron bien, pero carecen de la garra de Uruguay», explicaba Ricardo Serrano, periodista de Brasil, al periódico *El País* tras la final de la Copa del Mundo en Maracaná.

Curioso es comprobar que lo que hoy se denomina *garra charrúa* es un invento que se da en la década del sesenta. Antes se denominó *garra celeste*. Fue precisamente en la tormentosa década del revisionismo, el Concilio Vaticano II, la revolución cubana y Woodstock que la *garra celeste* se volvió, de un día para el otro, *garra charrúa*.¹

Los locos ingleses

A la República Oriental llegaron en barco, primero, los españoles; pisándole los talones, los portugueses y, casi en seguida, las vacas —Hermandarias introdujo el ganado vacuno en la isla del Vizcaíno en 1611—. También bajaron de las embarcaciones los africanos, los ingleses, los franceses, los italianos... y así podemos seguir. Algunos huían del hambre, otros de la guerra, otros simplemente buscaban una nueva tierra donde tener una vida diferente a la que les prometía la vieja Europa.

En esos barcos trajeron sus costumbres, su música, comidas, religión e ideologías. El británico aventurero y conquistador trajo en los

1 Para saber del cambio de *celeste* a *charrúa*, el autor de este trabajo consultó en 1996 a Franklin Morales, máximo historiador del fútbol uruguayo. Morales denominó el fascículo 42 de la *Enciclopedia Uruguaya*, precisamente «La garra celeste». Transcribo parte de la entrevista:

- Uno de los ensayos que publica, usted lo titula «La garra celeste». ¿Por qué no «charrúa»?
- Me parece indiferente la cosa. Si es celeste o charrúa.
- Pero no lo es; de hecho es más celeste que charrúa...
- Celeste porque es un equipo identificado con esa manera. Pero como fenómeno no lo crean ellos. Es un producto alambicado del ser social, los charrúas, la conquista, la independencia, los partidos tradicionales, que gestan el país y por lo tanto todo eso se trasluce al fútbol. Y por lo tanto, ese carácter de guapeza en otro momento fue identitario, junto a valores técnicos muy importantes. Lo que queda es esa continuidad. Qué curioso. Eso antecede al fútbol. Ese carácter dramático y pasional antecede en el país a la formación de una selección uruguaya como tal, en la primera década del siglo xx, y contrastado con una disminución técnica del jugador, sigue prevaleciendo eso de la guapeza. Es un rasgo social. Celeste, se trata de la camiseta celeste.

baúles de madera algo redondo, de cuero y que se inflaba: una pelota de fútbol.

Era en los campos verdes de Punta Carretas, en cuya península de tierra se alza un faro solitario para impedir que los barcos naufraguen antes de llegar a la bahía de Montevideo, donde en el último cuarto del siglo XIX un par de ingleses locos se reunían los fines de semana a corretear una pelota con el fin de introducirla en un arco rectangular para luego celebrar con vítores y abrazos. Los criollos miraban sorprendidos. Hasta que un día, pese a la resistencia de los extranjeros que no los querían dejar jugar, se metieron; le sacaron la pelota y se adueñaron del balón y fueron tras la gloria mundial.

Esos orientales uruguayos que los ingleses ninguneaban, habían descubierto una pasión que desconocían y cuya evolución iría de la mano con la construcción de la nacionalidad: esa pasión se llamaba *football*. Tan es así que el legendario astro de Brasil, Edson Arantes do Nascimento, más conocido como Pelé, diría varias décadas más adelante que «si Inglaterra es la madre del fútbol, Uruguay es el padre».

[Los inmigrantes] trajeron sus costumbres, su música, comidas, religión e ideologías. El británico trajo en los baúles de madera algo redondo, de cuero y que se inflaba: una pelota de fútbol.

Poco más que tres millones

Solo un dato para calibrar lo que significa el fútbol para Uruguay: según el último Censo Nacional de población del 2013, este país tiene una población de 3.444.283 habitantes. De acuerdo con el último dato del último censo mundial (Big Count 2006) de la FIFA, en el mundo hay 265 millones de personas que juegan al fútbol.

Una población demasiado pequeña para tener quince Copas América de selección, por encima de Argentina y Brasil, cuatro Copas del Mundo (1924, 1928, 1930 y 1950)² y jugadores destacados en muchas ligas del mundo como deportistas legendarios por su juego, actitud y personalidad. Hoy lo son Luis Suárez, número 9 del FC Barcelona; Diego Godín, zaguero y capitán del Atlético de Madrid; y Edinson Cavani,

² En 1924 y 1928 tuvieron lugar los últimos Juegos Olímpicos antes del nacimiento de la Copa del Mundo de la FIFA. Uruguay ganó en ambas oportunidades la competencia en fútbol. Muchos historiadores les dan a esos títulos el mismo rango que el de campeón mundial y por eso en el escudo de la selección uruguaya hay cuatro estrellas.

goleador histórico del Paris Saint Germain. Antes fueron otros: Diego Forlán, Álvaro Recoba, Pablo García, Fabián O'Neill, Enzo Francescoli, Fernando Morena, Alcides Giggia, Alberto Schiaffino y varios más.

Pero este artículo no es solo sobre fútbol. También sobre política. La consolidación del fútbol uruguayo a lo largo del siglo xx y su presente esplendoroso en este comienzo del xxi no habría sido posible sin una sociedad que decidió anidarlos y una estabilidad política e institucional que generó las condiciones para que, como un tren bala proyectado hacia adelante, la selección nacional se convirtiera en el mascarón de proa simbólico de un país que no pesa en el tablero de las grandes decisiones mundiales pero que, sin embargo, es respetado por sus índices de democracia y fortaleza institucional.

En ese contexto se ubica la selección uruguaya de fútbol, liderada desde hace más de una década por un maestro de profesión: Óscar Washington Tabárez. Ex director técnico del Montevideo Wanderers, Peñarol, Boca Juniors, Cagliari y el AC Milan, Tabárez logró armar y afirmar un proceso de selecciones nacionales solo asimilable en el mundo con los éxitos deportivos e identificación nacional de los All Blacks, selección nacional de rugby neozelandés. Países chicos que logran admiración y respeto internacional por el desempeño de la selección de su principal deporte nacional.

El Maestro montó un complejo en las afueras de Montevideo —que denominó Celeste—, donde los seleccionados uruguayos de todas las categorías viven y entrenan como en los principales equipos europeos. Allí los instruye en la historia del Uruguay, que está íntimamente ligada a los triunfos de su seleccionado nacional. Respeto a la historia, a los procesos, al ser educado, responsables y agradecidos son materia corriente entre los jugadores de la selección nacional. Tanto el Maestro como sus jugadores saben que son los principales embajadores del país. Así los prepararon para portar esa responsabilidad cada vez que salen al exterior o defienden los colores de la patria.

Cualquiera puede ser presidente

El propio Tabárez es consciente del peso de ser el líder del seleccionado de un país en el que «cualquiera puede ser presidente» y que tiene «más de tres millones de directores técnicos de la selección nacional».

La elección como presidente de la República del ex guerrillero tupamaro y ex preso político José *Pepe* Mujica es la demostración fehaciente de lo antedicho. Se levantó en armas contra un gobierno democrático, padeció la cárcel y la tortura, en democracia se presentó como

candidato a diputado y quince años más tarde fue honrado con la banda presidencial. Lo que no logró con los fusiles lo logró en las urnas. Preciosa lección democrática.

«Los Tupamaros subestimamos el espíritu republicano de los uruguayos», declaró Mujica al escritor Miguel Ángel Campodónico en el primero libro escrito sobre el exguerrillero conocido años más tarde como *el presidente más pobre del mundo*.

«El fútbol fue utilizado a principios de siglo como argumento para generar una actitud nacionalista que antes no teníamos. Antes éramos la Banda Oriental; cuando les empezamos a ganar a los porteños, empezamos a ser Uruguay», sostuvo en el periódico *La Diaria* el excapitán de la selección Diego Lugano el 3 de marzo de 2018.

Noventa años antes, en 1924, el jugador uruguayo Pedro Arispé pronunció palabras similares. Luego de batir a Suiza en la final olímpica y alcanzar la medalla de oro, reflexionaba el defensor de apellido español y apodado Indio:

Para mí la patria era el lugar donde, por casualidad, nací. Pude haber nacido en cualquier otro lado y entonces hubiese tenido una patria sin que interviniese en ello para nada mi voluntad ni mis deseos. Era el lugar donde trabajaba y se me explotaba... Y muchas veces pensé que en cualquier otro país hubiese sido lo mismo. ¿Para qué precisaba yo una patria? Pero fue allá, en París, donde me di cuenta cuánto la quería, cuánto la adoraba, con qué gusto hubiese dado la vida por ella. ¡Fue cuando vi levantar la bandera en el mástil más alto! Despacito; como a impulsos fatigosos. Como si fueran nuestros mismos brazos, vencidos por el esfuerzo, agobiados por la dicha quienes la levantarán. Despacito [...] allá arriba se desplegó violenta como un latigazo y su sol nos pareció más luminoso que el de la tarde parisina. ¡Entonces sentí lo que era patria!

Pero no todo fueron rosas para el fútbol uruguayo. Al igual que la democracia uruguaya atravesó momentos oscuros, padeció problemas de representación, tuvo revueltas internas que la pusieron al borde del abismo y hasta hubo quienes quisieron adueñarse de ella.

Al final, siempre salió a flote, como la democracia, que resistió un movimiento guerrillero que quiso alzarse con el poder, una dictadura y crisis de todo tipo.

«Un cuadro sin un caudillo es como un país sin un caudillo. Ganará el desorden, el individualismo, más de uno se entregará a la primera

La selección nacional es el mascarón de proa simbólico de Uruguay, país respetado por sus índices de democracia y fortaleza institucional.

dificultad. No hay otra forma, tiene que haber alguien que mande, que pegue unos gritos en el momento necesario, alguien que represente eso que los demás quieren ser y no han podido», sostuvo el mítico capitán uruguayo de Maracaná, Obdulio Varela, popularmente conocido como el Negro Jefe.

Sus palabras resuenan en el tiempo como un mojón ineludible. Sirven de estandarte que se puede aplicar tanto para el seleccionado como para la democracia en Uruguay, llena de líderes fuertes y convencidos de la importancia de vivir y luchar por una democracia justa.

El uruguayo «sabe que el hombre de otro sitio creó el arma de fuego, la brújula, descubrió que el mundo era redondo, inventó la cruz, el régimen social en que vive, y hasta pisó la Luna. Para todo hallará una explicación: esos son países más ricos, más desarrollados, más industrializados, más antiguos, más poblados, mejor organizados. Lo que jamás admitirá es que de esas civilizaciones surjan mejores futbolistas», escribe el autor del libro *Garra celeste* en 1969 para explicitar lo que significa cuando se habla de fútbol para el Uruguay.

Lejos de ser una mochila pesada, sentir y vivir así el fútbol se ha vuelto un honor y una forma de ser como nación. Esta selección uruguaya y sus éxitos no son un milagro. Son el fruto de trabajo duro, convicción y transmisión de una tradición que viene del fondo de los tiempos. Lo demuestran la Copa del Mundo de Sudáfrica en 2010, en que Uruguay se ubicó en la cuarta posición, el presente futbolístico con selecciones jugando los mundiales de todas las categorías y cosechando respeto y admiración internacional.

Lo mismo pasa con la democracia. Según el índice de democracia (*Democracy Index*) de la revista británica *The Economist*, Uruguay está en el primer puesto de América Latina, con 8,12 puntos. Y se encuentra entre los 19 países del mundo —entre 266 evaluados— que tienen una democracia plena.

Así que celeste o charrúa, en Uruguay tanto su selección como su democracia me hacen sentir orgullo por mi país. Espero que hayan comprendido por qué.

Bibliografía

- CAMPODÓNICO, Miguel Ángel (1999). *Mujica*. Montevideo: Fin de Siglo.
- COHEN, Pablo (2017). *Peñarol y su gente. Gloria y tradición*. Montevideo: El País.
- GALEANO, Eduardo (1995). *El fútbol a sol y sombra*. Montevideo: Ediciones El Chanchito.

- GIMÉNEZ RODRÍGUEZ, Alejandro (2007). *La pasión laica. Una breve historia del fútbol uruguayo*. Montevideo: Rumbo.
- LOMBARDO, Ricardo (1993). *Donde se cuentan proezas: Fútbol uruguayo (1920-1930)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- MANCUSO, Radamés (1973). *Obdulio, el último capitán*. Montevideo: Imprenta Panamericana.
- MARTÍNEZ MORENO, Carlos (1970). *El Mundial del 30*, Colección 100 años de Fútbol. Montevideo: Editores Reunidos.
- MORALES, Franklin (1969). «La garra celeste», en *Enciclopedia Uruguaya*. Montevideo: Arca.
- MORALES, Franklin (2005). *Maracaná. Los laberintos del carácter*. Montevideo: Santillana.
- PIPPPO, Antonio (1993). *Obdulio desde el alma*. Montevideo: Fin de Siglo.
- PRATS, Luis (2000). *La Crónica Celeste. Historia de la Selección Uruguaya de Fútbol: triunfos, derrotas, mitos y polémicas (1901-2000)*, Colección Búsqueda. Montevideo: Fin de Siglo.
- SUPERVIELLE, Daniel (1996). *Literatura futbolera. Una investigación periodística sobre la literatura que generó el fútbol en Uruguay*. Montevideo: Universidad Católica del Uruguay.

Los argentinos y los mundiales: pasión, negocios, política y nacionalismo *light*



—» **FERNANDO GUTIÉRREZ**
Uruguayo, residente en Buenos Aires. Periodista especializado en economía, actualmente es secretario de redacción del diario online *iProfesional.com*. Es corresponsal del diario *El Observador* y del programa radial *En Perspectiva*, de Montevideo.

*Vamos, vamos, Argentina/ vamos, vamos a ganar/
que esta barra quilombero/ no te deja,
no te deja de alentar.¹*

Ni los 13.467 kilómetros que separan Buenos Aires de Moscú ni los 4000 dólares en promedio que cuesta el viaje (pasajes más hotel, sin contar entradas a los partidos) fueron impedimento para que Argentina se situara en el *top ten* de los países que adquirieron más boletos para el Mundial Rusia 2018.

Mucho menos obstáculo, obvia decirlo, fue la cantidad de días laborales que habrá que «sacrificar» para asistir al evento deportivo. En un país

¹ Tradicional canción de aliento futbolero para la selección nacional argentina.



Ilustración: Guillermo Tell Aveledo

que, con un 15% de ausentismo en los lugares de trabajo, duplica el promedio latinoamericano, no parece que el factor laboral pueda constituirse en un problema significativo.

A menos de dos meses de que se iniciara el campeonato ya se habían superado las 52.000 entradas compradas por el canal oficial de FIFA, aunque los operadores turísticos estiman que las personas que finalmente se trasladarán hasta Rusia superarán largamente esa cifra, siguiendo una tradición de gente que viaja con la esperanza de obtener los boletos en el mercado negro.

Y entre todos los asistentes tendrán su lugar protagónico, una vez más, los *barrabravas*, que dedicaron los últimos meses a extremar los esfuerzos de financiación y logística para decir presente en los estadios de Moscú, Nizhny Novgorod y San Petersburgo donde jugará el equipo albiceleste en primera fase.

A pesar de que después de cada mundial se produce una ola de declaraciones indignadas desde los medios de comunicación y de los funcionarios del gobierno de turno, todo el mundo parece resignado a que la presencia de los violentos argentinos sea inevitable. Entre otras cosas, porque su organización está íntimamente ligada a la dirigencia del fútbol argentino.

No es que Argentina haya inventado las barras bravas, que son un fenómeno global con registros de violencia masiva al menos desde los años ochenta. Pero sí es cierto que aquí han alcanzado un grado de desarrollo, poderío y sofisticación que los sitúan en una categoría diferente a la de meros hinchas revoltosos.

Lejos de ser un fenómeno aislado y protagonizado por elementos marginales de la sociedad, la existencia de las barras deja al descubierto un entramado de sociedades y complicidades con la dirigencia de la Asociación del Fútbol Argentino, los clubes y hasta la clase política.

Las hinchadas —todas, desde los equipos grandes como Boca Juniors y River Plate hasta los equipos de la segunda división— tienen una organización jerarquizada, vínculos con el club y una serie de «negocios conexos» que les garantizan una fuente de ingresos. Las recientes investigaciones judiciales han puesto en evidencia prácticas de extorsión, participación en las ventas de jugadores al exterior, reventa ilegal de entradas, venta de drogas y aportes de dirigentes involucrados en lavado de dinero.

De hecho, parte de la financiación de las barras proviene de las propias dirigencias, ya sea mediante el aporte monetario directo o a través de la habilitación de «negocios» en el borde de la ilegalidad. Un caso clásico es la barra de River Plate, que tiene una jugosa fuente de ingresos en el manejo de los estacionamientos de la zona aledaña a su estadio cada vez que se realiza allí un recital de música.

Los barrabravas de los diferentes clubes han conformado una insólita asociación, la HUA (Hinchadas Unidas Argentinas), una especie de *joint venture* en la que dejan sus diferencias de lado y unen fuerzas para organizar los detalles logísticos del traslado, la consecución de entradas y la presencia en los estadios. Llegado el caso, esa unión también rige para enfrentamientos violentos con barras de otros países.

El operativo Rusia empezó desde el momento en que se confirmó la clasificación de los liderados por Lionel Messi. En cuanto al tema financiero, todo corrió por las vías clásicas de recaudación a través de las dirigencias de los clubes.

Por cierto que jamás las entradas de los barrabravas son compradas a su nombre —muchos de ellos tienen antecedentes policiales—, sino que esa tarea es tercerizada, como quedó en evidencia tras el Mundial Brasil 2014, por los propios clubes.

Y en cuanto a la faz logística, se estableció un contacto con facciones violentas de equipos rusos. La policía detectó en los últimos meses encuentros en Buenos Aires con líderes de las *barras* del Zenit de San Petersburgo, del Dínamo de Moscú y de equipos estonios. Estos elementos viajaron especialmente para conocerse con los líderes de las hinchadas argentinas, confraternizar en estadios y en parrillas y acordar detalles del traslado, alojamiento y soporte logístico para los días del mundial. Entre los aspectos tratados, se incluye la unión de fuerzas ante eventuales choques violentos con un enemigo común: los *hooligans* de Inglaterra.

El gobierno argentino anunció que enviaría un listado con más de 600 nombres de hinchas violentos para que las autoridades rusas pudieran evitar su ingreso a los estadios. Pero eso no parece intimidar a los barrabravas. Situaciones similares ocurrieron en los últimos tres mundiales sin que ello impidiera que ocuparan sus plateas. Por otra parte, en Argentina hay dudas sobre cuánto esfuerzo pondrá la policía rusa en el control de los revoltosos argentinos, dado que el foco de las autoridades ha estado más bien orientado a impedir acciones terroristas de grupos chechenos y otros países de la región.

La impunidad con que se manejan las barras solo puede ser entendida en el marco de los vicios estructurales del fútbol argentino, que es crónicamente sospechado de corrupción. Como dato casi anecdótico, durante el último mundial se conocieron casos de dirigentes que revendían ilegalmente en el mercado negro el cupo de boletos oficiales que reparte la FIFA para respectivas las federaciones nacionales.

Pero esa práctica queda reducida a la condición de *picardía* menor cuando se la compara con otras maniobras que han cobrado estado público a nivel mundial, como los sobornos y desvíos de dinero en el marco de los contratos televisivos que se investigan en el caso de la

justicia estadounidense por la corrupción generalizada en los torneos de FIFA y de la Confederación Sudamericana.

El régimen de televisación ha sido objeto de controversia política, primero porque la empresa Torneos y Competencias de hecho monopolizó las transmisiones y sobre ella existía la eterna sospecha de que era manejada por Julio Grondona, el fallecido presidente de la AFA, que se mantuvo en este cargo durante 35 años ininterrumpidos.

Luego, con la instauración del Fútbol para Todos, se estableció un monopolio de la TV estatal para las transmisiones, también objeto de polémica, aunque en este caso por los costos que terminó teniendo para el Estado, ya que implicó millonarios subsidios con dineros públicos que nunca pudieron ser compensados por el ingreso de una pauta publicitaria privada.

Otro foco de polémica es el impositivo. Los clubes suelen estar bajo la sospecha de la autoridad tributaria, en general por maniobras de triangulación en las que se evaden impuestos surgidos de la venta de jugadores a ligas europeas.

Mucho más que fútbol

«Los argentinos somos derechos y humanos»²

Desde el punto de vista de los gobiernos argentinos, los campeonatos mundiales no son solamente un evento deportivo, sino que tienen una significación simbólica y política que los excede largamente.

Es algo que los gobernantes descubrieron relativamente tarde, si se compara su actitud respecto de las de otros países latinoamericanos. Así, mientras Uruguay alcanzó renombre internacional por la organización y conquista del primer mundial, y mientras Brasil intentó, primero con la organización del mundial de 1950 y luego con la consecución de las copas, consolidar la idea de país potencia, Argentina permaneció aislada.

Siempre formó parte del folclore político la leyenda de que fue el mismísimo Juan Domingo Perón quien dictaminó que el país estuviera ausente de los mundiales de 1950 y 1954. De hecho, después de la posguerra, la primera participación relevante de un seleccionado argen-

2 Eslogan publicitario elegido por la dictadura militar durante el Mundial Argentina 1978, a modo de respuesta contra la «campana internacional antiargentina» que denunciaba desapariciones y torturas.

tino en un mundial fue en Inglaterra 1966, cuando no solo se destacó deportivamente al llegar a instancias de semifinal, sino que también el mundial se convirtió en un evento del cual toda la población estuvo pendiente.

Pero, a partir de los años setenta, los gobiernos mostraron un decidido entusiasmo por sacar provecho político de los triunfos deportivos, sabedores de que eso los beneficiaría en un doble sentido. A nivel interno, porque el entusiasmo mundialista muchas veces contribuyó a mejorar el humor social y hacer más soportables las crisis económicas. Y a nivel externo, porque ya en la era de la televisión global, los mundiales ayudaban a mejorar la imagen internacional del país, sobre todo para los gobiernos dictatoriales.

El clímax de esa simbiosis entre fútbol y política ocurrió, naturalmente, en 1978, cuando a Argentina le tocó el turno de ser anfitrión. Para el régimen militar liderado por el general Jorge Rafael Videla se trataba de una vidriera internacional que no se podía desaprovechar. Contrató los servicios de la agencia de relaciones públicas Burson & Marsteller para contrarrestar la «campana antiargentina» de denuncias sobre persecución a opositores políticos, centros clandestinos de detención y tortura y ejecuciones extrajudiciales que dieron lugar a que la palabra *desaparecidos* alcanzara difusión mundial.

El gobierno militar se embarcó en un vasto plan de obras públicas para acondicionar estadios y dejar en los visitantes la imagen de un país pujante, pacífico y moderno.

«Los argentinos somos derechos y humanos» fue el eslogan de cabecera que se vio en calcomanías, banderas, *posters*, publicaciones periodísticas y *spots* televisivos.

El evento transcurrió con relativa calma y para los militares fue un momento de euforia. La consagración de Argentina como campeón mundial por primera vez en su historia, en un contexto de crecimiento económico lubricado por una política de endeudamiento, cumplió los objetivos de mejorar la autoestima nacional y «ablandar» la imagen del régimen.

Aunque los protagonistas de aquella selección han negado cualquier situación extradeportiva, siempre quedó para la suspicacia la participación de los militares en partidos con resultado extraño, como el recordado 6-0 contra Perú que le permitió a Argentina llegar a la final.

Los clubes suelen estar bajo la sospecha de la autoridad tributaria, en general por maniobras de triangulación en las que se evaden impuestos surgidos de la venta de jugadores a ligas europeas.

La copa fue ampliamente celebrada por el aparato propagandístico de la época, con productos como la película *La fiesta de todos*, mitad documental y mitad comedia. En la apertura del filme, un locutor se ufana de cómo el pueblo argentino había derrotado el escepticismo de quienes en la etapa de construcción de estadios, carreteras y aeropuertos decían «no llegamos».

«Contra la malevolencia y el escepticismo, respondimos con las obras realizadas y la actitud serena y generosa de un pueblo maduro, de pantalones largos», decía el relato, con imágenes de la fiesta inaugural.

«Estas multitudes delirantes, limpias, unánimes, es lo más parecido que he visto en mi vida a un pueblo maduro, realizado, vibrando con un sentimiento común sin que nadie se sienta derrotado o marginado. Y, tal vez por primera vez en este país, sin que la alegría de algunos signifique la tristeza de otros», cerraba el filme el historiador Félix Luna, en una clara demostración del significado trascendente que se le buscaba dar al triunfo deportivo.

Al año siguiente, cuando con la participación estelar de Diego Maradona, Argentina se consagró campeón mundial juvenil en Japón, nuevamente la dictadura vio la oportunidad. El mismo día del partido final visitaba el país una delegación de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, para atender los testimonios de las madres de los desaparecidos. La dictadura había dado asueto escolar para que los estudiantes pudieran ver el partido, y luego estimuló a que la gente se volcara a festejar a las calles, más concretamente a la Avenida de Mayo, donde se encontraba la CIDH.

Es recordada hasta hoy la arenga de José María Muñoz, el relator deportivo más popular de la época, que luego de terminado el partido exclamó: «Vayamos todos a la Avenida de Mayo y demostremos a los señores de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que la Argentina no tiene nada que ocultar».

Lo cierto es que, a partir de allí, todos los gobiernos han tratado de sacar algún rédito político. La misma dictadura, pero ya no liderada por Videla sino por Leopoldo Galtieri, tuvo menos suerte en el Mundial España 1982.

El evento transcurrió en plena guerra con Gran Bretaña por las islas Malvinas. De manera que toda la fase previa a la copa tuvo un clima enrarecido, en una mezcla de fervor deportivo con proselitismo bélico. La derrota militar argentina fue reconocida oficialmente dos días después de iniciado el mundial. Para cuando los jugadores dirigidos por César Luis Menotti jugaron su segundo partido, Galtieri ya no era presidente.

Así como cuatro años antes la victoria deportiva había exacerbado el sentimiento previo de euforia que provocaba la fiebre consumista, en 1982 también el fútbol tuvo ese mismo efecto procíclico pero en sentido contrario. A la humillación de la derrota militar se sumaba la desesperación por una profunda crisis económica, y ni siquiera quedó el fútbol para rescatar a un pueblo sumido en la depresión.

Ya en la etapa democrática, la consagración mundialista de 1986 le dio al presidente Raúl Alfonsín algo de oxígeno en un país donde las fisuras del modelo económico derivaban en tensión social. Sus opositores siempre le recordaron a Alfonsín que, en medio de los festejos por el triunfo, el gobierno decretó subas de precios en las tarifas de los servicios públicos, para aprovechar la euforia popular como anestesia del golpe a los bolsillos. En todo caso, no parece haber sido suficiente: en la elección legislativa del año siguiente, el partido de Alfonsín sufrió su primera gran derrota.

En su largo período de gobierno, Carlos Menem vivió tres mundiales, en tres contextos sociales diferentes. El de Italia 1990 lo encontró bien afianzado en el poder, y la obtención del subcampeonato por la selección que dirigía Carlos Salvador Bilardo fue celebrada como un logro importante. Menem invitó a Maradona y sus compañeros a la Casa Rosada y saludó en el célebre balcón que da a la Plaza de Mayo.

En cambio, los siguientes mundiales mostraron un quiebre en esa sintonía. El menemismo, a pesar de sus éxitos económicos, ya era percibido como un régimen corrupto. Los jugadores expresaban cierta reticencia a ser utilizados políticamente, al punto de que los referentes del plantel dijeron, antes del Mundial Estados Unidos 1994, que en caso de ganar la copa no se la llevarían a Menem sino al escritor y activista por los derechos humanos Ernesto Sábato, considerado en ese momento un símbolo de la honestidad perdida en el país.

No se llegó a vivir esa situación de incomodidad para el gobierno, claro, dada la temprana eliminación argentina luego del escandaloso doping positivo que dejó a Maradona fuera del evento.

Algunos mundiales, como el de Corea-Japón 2002, coincidieron con momentos de profunda depresión social y crisis económica. El final traumático del régimen de convertibilidad entre el peso y el dólar dejó un desempleo de 25%, miles de exiliados, un sistema financiero quebrado y una caída del PBI de 10% luego de cuatro años consecutivos de recesión.

En semejante clima era evidente que el fútbol no bastaría para disimular la cruda situación social pero el gobierno de emergencia de la época, liderado por Eduardo Duhalde, tenía la esperanza de que al menos sirviera para transmitir esperanzas sobre una recuperación y un

afianzamiento de la autoestima. Los resultados no ayudaron en ese año sombrío: tras una eliminatoria prometedora que la había dejado en el primer lugar en las apuestas, la selección dirigida por Marcelo Bielsa quedó descalificada en la primera ronda.

Ya en el período kirchnerista, la intención de utilización política del fútbol se hizo más evidente, sobre todo a partir del Mundial Sudáfrica 2010, cuando se estatizaron las transmisiones deportivas, hasta ese entonces en manos de grupos empresariales privados.

Fútbol para Todos fue todo un emblema del estilo y las políticas de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, y una constante fuente de controversia por la emisión de publicidad progubernamental en los entretiempos de los partidos disputados por la selección nacional.

Sin contar, además, las denuncias por manejos irregulares en la pauta publicitaria. Cuando se llegó al Mundial Brasil 2014, el presupuesto de las transmisiones deportivas gratuitas implicaba un subsidio estatal de 730 millones de dólares.

La expresidenta no era afecta al fútbol pero entendía la oportunidad política. En ese momento, su gobierno era cuestionado por denuncias de corrupción contra varios funcionarios y empezaba a enfrentar tensiones sociales por el agotamiento del modelo económico. En ese sentido, la euforia por la llegada de la selección a la final le permitió algo de *oxígeno* político al dejar en un segundo plano la represión policial a protestas sindicales, algo difícil de admitir para un gobierno que se había jactado de jamás criminalizar la protesta social.

Por otra parte, ese mundial coincidió con el momento de enfrentamiento entre Argentina y los llamados *fondos buitres* que litigaban contra el país por el tramo impago de la deuda soberana en *default*. El gobierno de Cristina recurrió intensamente a la metáfora futbolera para explicar su postura en el conflicto. «Este es el partido que jugamos todos, los 40 millones, y nos jugamos el futuro», dramatizó el periodista Víctor Hugo Morales, en *De zurda*, un programa que conducía junto con Diego Maradona en la televisión pública.

Luego, se difundió un video grabado por actores, cantantes y militantes de los derechos humanos, en los cuales se explicaba la instancia definitoria que atravesaba el país en este litigio. El lema: «Yo elijo Argentina».

En estos mensajes que se filtraban en la pauta publicitaria de los partidos mundialistas, se planteaba que había un rival de fuerzas superiores, con grandes recursos económicos, cercanía a los centros de poder y acceso a los medios de comunicación del mundo desarrollado. Y, enfrente, el equipo albiceleste, convencido de su propio *modelo* y de que además no estaba movido por intereses financieros sino por el amor a la patria.

La selección argentina perdió la final contra Alemania, el sector de Cristina Kirchner perdió las elecciones al año siguiente y la Argentina, tras la acumulación de fallos judiciales en su contra, llegó a un acuerdo para pagarle la deuda a los *buitres*.

Decime qué se siente

*Eran otros tiempos, era otra la historia
no había medallas, solo hambre de gloria
solo se jugaba por la camiseta
como en el potrero, taquito y gambeta.*

*Y vino la copa, llegó la primera
con el Matador envuelto en banderas
la gente alentaba en cada partido,
hubo un papelito por cada latido.*

*Después vino el Diego, tocamos el cielo
nos trajo la copa cumpliendo su sueño,
y cada garganta gritó en cada esquina
«es un sentimiento, vamos Argentina».*

*Tanta gloria, tanto fútbol
desplegado por el mundo
y en cada gol, la pasión y la emoción.*

*Sigamos gritando, sigamos creyendo
sigamos confiando que al fin ganaremos.
Es nuestra bandera la que defendemos,
mostrémosle al mundo que juntos podemos.³*

Faltaban pocas semanas para que la pelota empezara a rodar en Seúl, mientras Argentina estaba sumida en la peor crisis política, económica y social de toda su historia. Y ocurría algo singular: en las escuelas, los actos patrios no se iniciaban con la entonación del himno nacional, sino que los escolares cantaban un jingle publicitario titulado Himno, que trascendió largamente su cometido comercial y sonó incesantemente en radios y hacía llorar a viejos y jóvenes. Las maestras consideraban que, en ese momento, era más motivante y transmitía mejor el mensaje de amor por la patria.

La situación era una síntesis perfecta del cambio simbólico que había vivido el país. La escuela había sido, un siglo antes, la gran

3 Jingle publicitario de la agencia Young & Rubicam para la cerveza Quilmes, campaña previa al Mundial Corea-Japón 2002.

herramienta para la asimilación cultural de los inmigrantes, el gran nivelador entre clases sociales y entre regiones geográficas diversas. Y, sobre todo, había transmitido —en un país joven, con apenas un siglo de vida independiente— el relato de una épica nacional, con la difusión de sus héroes, historia y leyendas.

Un siglo después, las efemérides referidas a los próceres y los hechos trascendentales de la historia van perdiendo su sentido de recordación y cada vez son más sinónimo de minivacaciones. Y en ese contexto, el fútbol pasó a ocupar la función que antes correspondía a la escuela.

En un país extenso territorialmente y con diversidad de realidades culturales, sociales y geográficas, a veces el hecho de vestir la camiseta de la selección y estar pendientes de los partidos es uno de los pocos denominadores en común que pueden tener las poblaciones de Jujuy —una empobrecida provincia norteña, en la frontera con Bolivia—, con la rica y cosmopolita Buenos Aires o con la lejana y fría región patagónica.

Si alguien entendió esta situación fueron los fabricantes de productos de consumo masivo y las agencias publicitarias, que en cada mundial apelan al sentimiento patriótico. Es una tendencia que se intensifica en períodos de crisis o conmoción nacional.

Por eso, en 2002 alcanzó su punto máximo. Abundaron las apelaciones a la unidad nacional, al espíritu patriótico, al no bajar los brazos, a honrar el pasado glorioso con la lucha presente. Toda una serie de analogías entre lo que protagonizan los jugadores dentro de una cancha y lo que en ese momento se sentía en una sociedad traumatizada, que había tocado fondo pero anhelaba una posibilidad de revancha.

Argentina es un país donde la política y la ideología pueden producir *grietas* irreconciliables entre sectores. Y el fútbol hace un contrapeso, da una oportunidad de reconciliación: cada mundial es el recordatorio de la pertenencia nacional.

Conscientes de ello, las empresas le sacan provecho. Los prestadores de servicios públicos, habitualmente bajo la lupa social y objeto de críticas, intentan reconciliarse con la sociedad mediante el esponsorio y la presencia mediática asociada a los colores celeste y blanco.

Los mundiales son tomados por el sector tecnológico y de electrónica como el momento en el cual impulsar los *saltos* desde las tecnologías viejas a las nuevas. Así, el Mundial de Alemania 2006 fue el de la introducción de los nuevos televisores de plasma, el de Sudáfrica 2010 el del recambio masivo de los viejos televisores de tubo por los nuevos LCD, y se espera que Rusia 2018 empiece a renovar el parque por la nueva generación de aparatos de alta definición.

En cuanto al marketing, es un momento esperado por todos los publicistas y los medios de comunicación. Allí se concentran los presupuestos de las grandes marcas de consumo masivo y es cuando las argentinas hacen una apelación emocional para tratar de ganar *market share* frente a los competidores importados.

En ese marco de sentimiento nacionalista exacerbado suelen salir a la superficie también muchas de las características culturales que han dado fama a los argentinos en el resto de América Latina. En especial, la típica tendencia a crear, creer y consumir un *relato* que no se condice con la realidad y que pone a Argentina en un sitial superior al que verdaderamente ocupa.

Por caso, la referencia continua de la selección nacional como una potencia mundial fue una constante durante más de veinte años, en los que jamás se consiguió pasar de la instancia de cuartos de final, con mundiales incluso en los que el equipo fue eliminado en primera fase.

El célebre cántico «Brasil, decime que se siente», entonado por miles de argentinos frente a la TV o en los propios estadios brasileños, es bien sintomático sobre la desconexión argentina con la realidad histórica. Allí se le dice a los brasileños «estás llorando desde Italia hasta hoy», cuando lo cierto es que desde el mundial de 1990 Brasil logró consagrarse campeón en dos ocasiones —1994 y 2002— y resultó finalista en Francia 1998, mientras que Argentina solo acumuló frustraciones.

Esa típica tendencia argentina a una autopercepción errónea de relevancia internacional excede lo deportivo y puede ser detectada en otras manifestaciones de la cultura y la vida política. De hecho, el país ha retrocedido en muchos *rankings* internacionales donde antes se ubicaba alto. La educación es uno de los casos más dramáticos al respecto, como demuestran año a año las pruebas PISA.

En definitiva, los mundiales, como pocas ocasiones, son un reflejo de las particularidades más típicas y distintivas de la cultura argentina. Allí afloran el apasionamiento, el nacionalismo *light* ligado a las celebraciones pero que flaquea en otros aspectos más hondos. Cuando la pelota rueda, se evidencia la disputa política por adueñarse de los símbolos, así como la corrupción enquistada en el poder político y mediático.

Mientras tanto, Messi sigue entrenando, sabedor como nadie de que hay una distancia muy estrecha entre ser celebrado como un héroe nacional y ser defenestrado como un traidor.

El fútbol hace un contrapeso, da una oportunidad de reconciliación: cada mundial es el recordatorio de la pertenencia nacional.

Inestabilidad y hexacampeonato: los desafíos de Brasil



—» **DENISE MOTA**

Periodista. Magíster en Integración Regional en el Mercosur por la Universidad de San Pablo, Brasil. Colaboradora del diario *Folha de São Paulo* y la BBC Brasil, columnista del programa *No Toquen Nada* (Del Sol FM) y del portal 180, en Montevideo, Uruguay.

En la publicidad de un banco que empezó a circular a mediados de marzo en Brasil, tres meses antes del inicio del mundial en Rusia, Adenor Bacchi —conocido mucho más ampliamente como Tite—, entrenador de la selección brasileña de fútbol, habla a la población como si predicara a sus once elegidos antes de pisar la cancha para un partido decisivo.

«Esta es una charla de Tite a todos los brasileños», aclara la inscripción inicial del anuncio. El tema musical de fondo da el tono épico de la batalla que está por venir, mientras Tite enuncia oraciones motivacionales. «Estamos más fuertes para la responsabilidad que tenemos», «salí a luchar, a recomenzar, a recuperar», ordena. Y concluye: «Somos un solo Brasil, en busca de un solo objetivo». Por la pantalla desfila el crisol de razas



Ilustración: Guillermo Tell Aveledo

que caracteriza a los brasileños, a partir de distintos rincones del país, condiciones sociales, edades y profesiones. El Brasil multifacético, armónico y bendecido por la luz de la esperanza, retrato nacional *for export* cantado en verso y prosa cada cuatro años, resurge acá. Tite es el faro que alumbra a la población en sus momentos de oscuridad. El maestro que, con una pelota y 22 pies en acción, rige una orquesta de latidos y pulsaciones de 209 millones de habitantes.

El cliché sigue la tradición del uso del fútbol para crear una noción de identidad nacional, muchas veces orientada al beneficio ideológico. Estudiosos señalan la Copa de 1970 como un momento en que la asociación entre victoria en la cancha y éxito político alcanzó una relación paradigmática. Ese año, el mundial se realizó en el momento cumbre del régimen militar en el país, después de la instauración del acto institucional n.º 5 en diciembre de 1968, que dio poderes de excepción a los gobernantes. En 1970, la selección de Pelé, Tostão y Rivelino conquistaba el tricampeonato, impulsado por el *hit* ufanista *Pra frente, Brasil* (Adelante, Brasil), que decía que había «90 millones en acción, adelante Brasil de mi corazón» y que «súbitamente [parecía que] todo Brasil se dio la mano, todo es un solo corazón». Muestras de amor patriota se confundían con eslóganes del régimen militar, como «Brasil, ámalo o déjalo», mientras el país vivía su periodo de mayor violencia represiva, bajo las órdenes del general Emilio Garrastazu Médici (1969-1974), un «hombre del pueblo, enamorado del fútbol», como él se hacía presentar por su Asesoría Especial de Relaciones Públicas.

Pero Tite, aunque desembarque en los hogares de su tierra con la misión de siempre —la de guiar a Brasil a su destino manifiesto (la victoria)—, tiene un escenario cambiado y enrarecido a su alrededor. Afirma Ronaldo Helal, sociólogo especializado en fútbol, medios de comunicación, identidades nacionales, idolatría y cultura brasileña:

La relación entre los brasileños y la selección ya no es la misma. Y en realidad esto viene pasando por cambios desde los años noventa. Las victorias del equipo no fueron vistas como victorias de un proyecto de nación. Incluso el 7 a 1 (la famosa derrota del anfitrión Brasil contra Alemania en semifinales de la Copa de 2014) no fue percibido así.

Y, a pesar de la poesía de la propaganda que lo tiene como protagonista, el entrenador de la selección parece estar en sintonía con los tiempos actuales y vacunado contra el uso del éxito afuera de las cuatro rayas. Ya avisó, por ejemplo, que si sale campeón no irá a Brasil para visitar a Michel Temer, actual presidente de Brasil después del

impeachment de Dilma Rousseff. Pondera Helal, que coordina el grupo Deporte y Cultura del Programa de Posgrado en Comunicación de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, y es además coordinador del Laboratorio de Estudios en Medios y Deporte:

Este cambio en la relación del brasileño con su selección muestra una sociedad más organizada. También pasó esto porque, hasta la década de los setenta, lo común era que la gente hinchara más por la selección que por su propio club. Actualmente esto no es así: quienes siguen el fútbol de forma permanente están mucho más pendientes de su equipo que de la actuación de la selección. [...] El fútbol aún es un gusto predominantemente masculino en Brasil. Y hay varios niveles de hinchada. Están los hinchas organizados, los que mantienen una relación de pertenencia al club, los que miran por la tele y, en año de Copa, claro, los hinchas *bisiestos*, los que se prenden cada cuatro años, los hinchas de mundial.

A pesar de la poesía de la propaganda que lo tiene como protagonista, el entrenador de la selección parece estar en sintonía con los tiempos actuales y vacunado contra el uso del éxito afuera de las cuatro rayas.

Después del diluvio emocional del 7 a 1 hace cuatro años, cuando Brasil dejó el campeonato que organizaba de forma bochornosa frente a Alemania en semifinales, el comando de la selección cambió, y el resultado es un nuevo y feliz casamiento de conveniencia entre Tite y su país.

El *gaúcho* de 57 años no oculta tener consciencia también de esto, de la precariedad de los lazos pasionales que mantiene con la gente. Pocos días después de estrenar como protagonista del épico comercial que invadiría las pantallas chicas de su país, el entrenador recibió halagos de Joachim Löw, comandante de Alemania en 2014 y ahora, contra quien la selección verde y amarilla jugaría un amistoso. Löw celebró sus resultados al frente de los *canarinhos* y el potencial que esto suponía para el mundial. Para responder a la cortesía del colega, Tite prefirió guardar el traje de superhéroe y citar al grupo del 7 a 1. Recordó que el indeseado equipo había sido campeón en 2013 y logró derrotar a España por 3 a 0 en la final de la Copa de las Confederaciones. «Hay que tener cuidado con las comparaciones», concluyó, sacándose el favoritismo y el triunfalismo de encima.

Comenta Helal:

En la era Tite hubo victorias y esto trajo un optimismo más grande. En realidad, la sensación que quedó después del 7 a 1 es que había

que cambiar todo pero en realidad no se cambió nada. Y es que, en 2014, Brasil tuvo una selección un poco atípica. Era un equipo de un único jugador, sin un conjunto con proyección real. Ahora el grupo tiene a Gabriel Jesus, Philippe Coutinho, no es solo Neymar. Hay que relativizar la luna de miel que la selección vive con la población por ahora. Dos derrotas ya pueden llevar a la separación.

Andrew Downie, escritor y periodista escocés radicado en Brasil, autor de *Doctor Sócrates: Footballer, Philosopher, Legend* (Simon and Schuster, 2017), también observa el pragmatismo que marca la pasión actual por el embajador de la cancha. Una tendencia que, según él, se nota internacionalmente. «En todo lugar, el fútbol es un deporte de resultados. Hoy más que nunca. Brasil ya viene a la espera de un título hace cinco años (a pesar del oro olímpico), lo que es un periodo largo para los parámetros de acá, y entonces los brasileños esperan grandes cosas de Tite en Rusia», reflexiona el corresponsal y colaborador de medios como la agencia de noticias Reuters y los diarios *The Financial Times* y *The New York Times*.

Verde + amarillo = división

El país tendrá elecciones generales el 7 de octubre. La detención del expresidente Lula a inicios de abril, condenado a doce años y un mes de prisión dentro de la serie de encarcelamientos vinculados a la operación Lava Jato, la emergencia de nombres de derecha con discursos radicales, la polarización ideológica que se verifica en la sociedad hacen de la disputa por la Presidencia de la República el combate más inestable y complejo de la democracia brasileña desde 1989. Recuerda Helal:

Estamos viviendo un momento en donde es imposible mantenerse neutral. Las protestas a favor del *impeachment* de Rousseff, y también en contra de Lula, no eran manifestaciones realmente en contra de la corrupción, sino expresiones en contra del Partido de los Trabajadores. Utilizaron el pabellón nacional y remeras de la selección con el símbolo de la Confederación Brasileña de Fútbol (CBF). Es decir que hubo una apropiación de la bandera de Brasil por parte de este sector de la población.

Este uso hizo que en 2016, por ejemplo, el investigador empezara a preferir la camiseta de su amado Flamengo y no la de la selección bra-

sileña, para aparecer públicamente. Porque los colores nacionales quedaron fuertemente asociados a un proyecto político «en contra de un gobierno popular». Downie señala, además, dos otros factores estrictamente vinculados al ambiente deportivo y que también generaron alejamiento entre el pueblo y sus *cracks*: las sucesivas malas campañas y la emergencia de disfunciones en la CBF.

La gente ya no creía más en la selección. A Brasil no le fue bien en las copas América de 2015 y 2016. Y también hubo mucha infelicidad en relación con la CBF. Este desencanto tiene mucho que ver con los casos de corrupción que involucran a los expresidentes de la CBF José Maria Marin, Ricardo Teixeira y Marco Polo Del Nero.

Frente a un nuevo desafío internacional a partir del 14 de junio, «Tite logró restablecer el vínculo entre brasileños y su equipo. De nueve juegos, solo perdió uno. Y la población ya sabe hace tiempo quiénes van a estar en el torneo. Hacía mucho que la selección no tenía un plantel fijo. Y esto facilita la identificación», reflexiona Downie.

En Brasil los gobiernos usaron al fútbol para fines políticos. Pero las cosas cambiaron. El fútbol ya no ejerce la influencia de antes. Hinchar por Brasil no es hinchar por un gobierno, ninguno de ellos.

El hexa y la *unificación momentánea*

En Brasil, el año de Copa del Mundo también es año de elecciones. Pero, para Helal y Downie, las coincidencias terminan ahí. Dice Helal:

Llega el mundial y vuelve la tentación de relacionar el desempeño que se ve en la cancha y las elecciones. No hay relación que pueda ser observada desde el punto de vista empírico, sociológico. [...] Puedo mencionar varios ejemplos: en 1998, Brasil perdió por 3 a 0 contra Francia en la final, y Fernando Henrique Cardoso salió reelecto en primera vuelta. En 2002, la selección ganó el título y la oposición asumió el poder, con Luiz Inácio *Lula* da Silva. En 2014, después del 7 a 1, Dilma Rousseff fue reelecta, es decir: el grupo gobernante permaneció en el poder. Y la agenda política no entró en el 7 a 1.

El docente carioca, magíster y doctor en sociología por la Universidad de Nueva York es uno de los pioneros en la investigación en sociología del deporte, de la interfaz entre fútbol y comunicación en Brasil,

y el año pasado publicó *Copa do Mundo 2014: futebol, mídia e identidades nacionais*» (Lamparina, con Édison Gastaldo). «Lo que quiero decir es que no hay vínculo entre una campaña exitosa de fútbol de la selección y la permanencia del gobierno de turno. En el caso del mundial de 2014, si la organización de la Copa hubiera fracasado, puede ser que esto se reflejara en las urnas, pero no el rendimiento del equipo en la cancha, esto no funciona así».

Downie complementa: «No solo en Brasil, pero particularmente en Brasil, los gobiernos usaron al fútbol para fines políticos. Pero las cosas cambiaron. La gente está más atenta ahora, el fútbol ya no ejerce la influencia de antes. Hinchar por Brasil no es hinchar por un gobierno, ninguno de ellos. Una victoria en Rusia serviría para alegrar a la gente, crear un ambiente de más felicidad en el país, pero no sé si duraría un día o una semana».

Helal sigue en su vocación de destruir mitos y refuerza el razonamiento del escritor escocés. Señala que, en el país de Zico, Ronaldo, Ronaldinho y Neymar, «en realidad, hay mucha más gente a la que no le gusta el fútbol, en comparación con la que sí lo acompaña... Ni el *hexa* tendría el poder de apaciguar Brasil. Podría haber una unificación momentánea, pero nada más que esto».

Pelota, redes y voto

En un caso que se volvió paradigmático en todo el mundo, Brasil acuñó lo que se conoce como *democracia corintiana*, movimiento que implementó la autogestión en Corinthians, algo que jamás se repetiría en otro club de Brasil y que dejó un ejemplo de igualdad de voz y derechos en plena dictadura militar. Sócrates, legendario capitán de la selección brasileña de 1982, médico y mediocampista de pases geniales, fue el artífice de esta transformación.

«No sería imposible que surgiera nuevamente un movimiento como la democracia corintiana. Pero hoy sería difícil, no veo señales que muestren lo contrario. En aquel momento, había jugadores sintonizados con cuestiones como la redemocratización», comenta Helal. Especialista en el tema, Downie es aún más contundente: «Solo hubo un Sócrates. Sería muy difícil que se repitiera la democracia corintiana. En ningún país un equipo grande repitió esa fórmula».

Pero para algunos exjugadores la política sigue siendo atractiva. Después de anunciar su despedida de la cancha, Ronaldinho Gaúcho se afilió al conservador PRB (Partido Republicano Brasileño) con vistas a un puesto de diputado o senador, y apoya públicamente al candidato

de extrema derecha Jair Bolsonaro (Partido Social Liberal) a la Presidencia.

El exjugador de Barcelona y Paris Saint-Germain repite la decisión de otros antecesores en el mundo del fútbol, como el senador Romário —este año candidato al gobierno de Río por Podemos, partido que se define como «ni de izquierda ni de derecha». El Bajito fue diputado federal por el Partido Socialista Brasileño en 2010 y, cuatro años después, el candidato al Senado más votado por su Estado, con 63,43% de los votos. Analiza Helal:

En el momento brasileño actual, Jair Bolsonaro conquista votos porque tiene respuestas rápidas y sencillas para todo. Y el fútbol no hace la diferencia en el campo político, hay mucha gente vinculada a esto que no logra salir electa. Romário tuvo una actuación destacada en la Comisión Parlamentaria de Investigación del Fútbol, tiene proyectos conocidos vinculados a los portadores del síndrome de Down. Pero si estuviera asociado estrictamente a su carrera futbolística, no sé si hubiera tenido los votos que tuvo. [...] Él incluso admite que era muy enajenado cuando era jugador, que sólo se dio cuenta de lo que pasaba en la sociedad cuando paró de jugar.

Downie complementa el pensamiento —«tal vez siempre haya sido así. Los jugadores no tienen interés en política, lo que ellos quieren es hablar de fútbol»— pero pondera que esta *enajenación* habitual no es azarosa sino una opción calculada. Comenta el escritor:

Hay un factor muy importante y moderno, que son las redes sociales. Los jugadores hoy en día cobran tanto que no tienen el mismo vínculo que antes había con la gente. Es muy difícil que el hincha se identifique de verdad con alguien que usa ropas caras, que no frecuenta el mismo bar. Las vidas que llevan tienen muy poco o nada que ver con la rutina de la gente que va a los estadios. También está el hecho de que, con las redes sociales, cualquier jugador que exprese una posición política será criticado y seguramente perderá parte de sus fans. [...] En una charla reciente con Jô (atacante que dejó el Corinthians en enero y actualmente juega por el Nagoya Grampus, de Japón), hablamos sobre apoyos políticos. Claro que la gente tiene conversaciones, ellos tienen opinión. Pero saben que, si hablan, van a ser destrozados. Es más fácil no decir nada.

No hay vínculo entre una campaña exitosa de fútbol de la selección y la permanencia del gobierno de turno.

Felipe Melo (Palmeiras), Jadson (Corinthians) y Roger (Internacional) no tuvieron este recaudo y dijeron que elegirán el nombre de Bolsonaro en las urnas de octubre. No solo rompieron el cómodo silencio, sino que generaron mucho ruido. Walter Casagrande, exjugador y columnista de TV Globo, comentó:

Al lado de leyendas como Sócrates [...], hicimos de Corinthians una de las más grandes vidrieras del movimiento para restablecer la democracia en el país [...]. De algún modo, la posición de Felipe y Jadson es una novedad en el actual escenario deportivo y político de Brasil. Mi duda es si ellos se informaron plenamente sobre las posiciones de Jair Bolsonaro antes de defenderlo.

Bolsonaro ocupa el segundo lugar en las intenciones de voto para la disputa presidencial de este año, con Lula en carrera. Según una encuesta de intención de voto de inicios de marzo, el expresidente registra 33%, y Bolsonaro, 17%. Sin el líder del PT en la pelea, Bolsonaro toma la delantera: llega a 20% del electorado y es seguido por Marina Silva (Rede, de centroizquierda) con 13%.

Al contrario de Casagrande y de medios como el francés *L'Équipe* —entre los diarios más prestigiosos de Europa, que expresó perplejidad con la opción política de Ronaldinho, por ejemplo (el exjugador «se une al Donald Trump brasileño», escribieron)—, a Downie no le sorprende el costado conservador asumido por algunos de los ídolos del fútbol actual:

Ellos tratan de cuidar bien a sus familias y perdieron el vínculo con el pueblo. Lo que sí me parece raro es que a la gente le parezca raro que actúen así. Son jóvenes millonarios, sin interés político y sin noción de lo que se vive en el mundo y en Brasil, con tanta desigualdad. El individualismo es la marca del jugador contemporáneo. Sócrates decía que el fútbol es un deporte colectivo pero que hay en campo once individuos. Y el momento es de los individuos.

Fútbol y mujeres en Chile en su minuto clave



—» **CLAUDIO AGURTO SPENCER**

Especialista en comunicaciones e investigación estratégica, con amplia experiencia directiva en lo público y privado. Académico universitario. Trabaja los temas de clase media, segmentación de audiencias y relato corporativo. Psicólogo y doctor en Comunicaciones y Sociología.

De huevos y ovarios

Que el mundo está cambiando y vivimos un cambio de época es ya casi un lugar común. En pocos años, las fronteras de las discriminaciones sociales se han movido más que nunca y aparecen como decimonónicas o de un tiempo muy lejano. La inmediatez del *on line* nos impone una nube espacio-temporal que nos dificulta distinguir los recuerdos de largo o corto plazo, y el uso intensivo de los *smart phones* altera nuestra percepción del

tiempo. En este contexto avanza sin prisa, pero sin pausa, un cambio sustantivo en una de las actividades más relevantes de la vida social actual: el fútbol.

«Las mujeres no juegan fútbol» o «el fútbol es para hombres» son frases que hemos escuchado desde nuestra infancia. Para qué decir más sobre aquella terminología futbolística, que exige *poner huevos* o *cojones* en la cancha, invocando las hormonas masculinas como requisito inexcusable y necesario para el juego.

Sin embargo, hoy nos encontramos con ligas femeninas, canchas con mujeres jugando y *pichangueando* en sitios públicos, privados y parques.

Al principio llamaban la atención, era inevitable un cuchicheo cómplice, pero con el tiempo nos fuimos dando cuenta de que también la pisaban, desbordaban, cabeceaban, marcaban. Entonces la rareza comenzó poco a poco a transformarse en admiración. Ahora ellas simplemente juegan en la cancha de al lado, como cualquiera («Editorial...», 2016, p. 7).

A la práctica frecuente siguió la naturalización de las conductas, y con ello el fútbol femenino se ha ganado un espacio que ha seguido un itinerario, parecido pero no tan traumático como la reivindicación de la igualdad de los derechos de la mujer, en Chile al menos. En el mundo, cabe recordar que la camiseta de la selección de Afganistán de 2016 incluía un *hiyab*, ese velo que cubre la cabeza y el pecho que suelen usar mujeres musulmanas. O el recordado caso de la selección de Irán femenino que tras su riguroso atuendo musulmán, sin mostrar nada del cuerpo salvo caras y manos, se escondían jugadores hombres, para sacar una ventaja competitiva.

En Sudamérica, Brasil y Colombia han sido precursores de la profesionalización del fútbol femenino. Chile ha llegado más retrasado y luego vienen los otros países. Argentina, de gran tradición masculina en el fútbol, aún no ha logrado un nivel de penetración alto en la alta competencia femenina.

Y en el fútbol *amateur* chileno la práctica femenina se hace cada vez más masiva desde la escuela, universidades, oficinas y organizaciones de barrio. La socialización de la mujer de hoy incluye no solo un amplio repertorio de reivindicaciones históricas logradas y otras en lucha constante, pero en lo simbólico el fútbol de mujeres representa una lucha que va mucho más allá de jugar a la pelota sin que nadie crea que para hacerlo se debe ser un hombre o poner cojones. Los ovarios también cuentan.



Ilustración: Guillermo Tell Aveledo

Las contradicciones en el surgimiento del fútbol femenino en Chile

El fútbol femenino en Chile se remonta a la década del 1950, aunque la primera evidencia encontrada por la Brenda J. Elsey, historiadora estadounidense que lo ha estudiado, es de alrededor de 1910, en un club femenino en la Escuela de Talca. Los expertos de la época en educación física «recomendaban que las mujeres participaran en ejercicios de flexibilidad y otros similares para mejorar su belleza» (Flores, 2016, p. 57).

Ya en los cincuenta, los primeros clubes femeninos emergieron desde los barrios, específicamente como clubes de fútbol. Las Atómicas y Las Dinamitas, en San Miguel, contaban con la atención de la gente, el respaldo de dirigentes y la revista *Gol y Gol*, según el trabajo de Elsey. Pero aún eran tiempos de polémica ante la actividad futbolística femenina, incluso entre las mujeres de la época. En 1960 el fútbol femenino se diseminaba sin aspavientos en el terreno local. Probablemente la Copa del Mundo de 1962, realizada en Chile, operó como un incentivo y refuerzo a la actividad entre las mujeres. Ellas asistieron en masa a los partidos de la Copa Mundial en las distintas sedes, según consta en los registros audiovisuales y gráficos de la época (Memoria Chilena. Biblioteca Nacional de Chile (2018)).

Luego la documentación de fútbol femenino se pierde en los setenta, quizás porque las grandes luchas sociales y políticas tomaron el lugar de las manifestaciones más colectivas, desde lo local a lo nacional. El fútbol masculino siguió su camino de masividad y también navegó entre las aguas de los intereses políticos, en esa década y en los ochenta. Durante la dictadura militar el fútbol se consolidó como un fenómeno comunicacional, una etapa superior al fenómeno de masas que venía desde los años veinte. Y en los noventa se terminó de transformar en un éxito comercial. Grandes marcas, ingentes cantidades de dinero en auspicios, venta de camisetas y *merchandising* completaban un cuadro de renovado fenómeno social, ahora en el marco de la economía de mercado y desarrollo del consumo.

Ya en el siglo XXI se empezaron a apreciar como efecto demostrativo nuevas manifestaciones del fútbol femenino en diversos ámbitos de lo social. Entre los noventa y la década del dos mil se multiplicaron las competencias asociadas a la celebración de aniversarios de empresas, colegios, barrios, tomas de terreno o universidades, con un carácter más lúdico que de práctica deportiva, para tener un impulso definitivo hacia una disciplina deportiva en las primeras dos décadas de este siglo.

La organización de ligas de fútbol femenino *amateur* en distintas ciudades del país se multiplican hoy y la competencia local adquiere

nuevos aires luego de la reciente realización de la Copa América Femenina en el país.

Pero la historia reciente del fútbol femenino en Chile ha estado llena de las contradicciones propias de la sociedad actual. Por ejemplo, 2015 y 2016 fueron años gloriosos para el fútbol masculino. Chile ganó su primera Copa América con su equipo masculino en el Estadio Nacional en Santiago en 2015 y un año después, en la llamada Copa América del Centenario, en Estados Unidos, lograba nuevamente el trofeo continental. Al mismo tiempo, su equipo femenino no figuraba en el *ranking* FIFA porque había dejado las competencias oficiales dos años antes. La administración de la Asociación Nacional de Fútbol Profesional (ANFP) chilena en esos años decidió que el 15% recibido desde la FIFA y por intermedio de la Conmebol (Confederación Sudamericana de Fútbol), para el fútbol femenino, fuera destinado al fútbol joven... masculino. Esa administración terminó con su presidente preso en Estados Unidos y acogándose al beneficio de la delación premiada en el caso de la corrupción en la FIFA. Habría que auditar los destinos de ese 15%.

Solo unos pocos años antes, la anterior administración había decidido que era una obligación tener una rama femenina de fútbol en todos los equipos de la liga profesional.

En 2012 el equipo femenino de Colo-Colo ganó la Copa Libertadores de América, el torneo más importante de clubes en el continente. Pero la concentración de recursos (capital) provoca una baja dispersión en los resultados de una competencia. Esto pasa en el mercado y también en el fútbol femenino chileno:

De los 17 torneos que se han disputado desde el año 2008, 13 han sido para el mismo club, Colo-Colo, institución que se ha caracterizado por la inversión que ha realizado para mantener un plantel competitivo. (Medrano, 4.4.2018)

Chile organizó el Mundial Sub 20 Femenino en diciembre de 2008. Con gran expectación y éxito relativo de público en sus partidos, Chile perdió los tres encuentros de su grupo sin pasar de fase y terminando el interés por la Copa en las ciudades sedes. De ese plantel salió la base de jugadoras que, diez años después, en abril pasado, obtuvo el vicecampeonato de América, también en Chile, clasificando al Mundial de Francia 2019 y obteniendo un cupo al repechaje de los Juegos Olímpicos de Japón.

En el fútbol amateur chileno la práctica femenina se hace cada vez más masiva desde la escuela, universidades, oficinas y organizaciones de barrio.

Ahora sí, la llamada Rojita (la Roja le llaman a la selección masculina), puso el fútbol femenino en la agenda pública y lo transformó en un éxito comercial rápidamente. Al éxito de público en los estadios —jugaron todos sus partidos a estadio lleno— se sumó el alto *rating* que tuvo la transmisión televisiva. El último partido del cuadrangular final de Chile en la Copa tuvo 36,5 puntos de *rating* el pasado domingo 22 abril. Un índice impensado para el día, la hora y el carácter del programa: un partido de fútbol femenino. Al igual que muchas otras cosas en nuestra sociedad actual, el mercado logró anticiparse a este fenómeno de audiencia en Chile y la empresa patrocinadora de las selecciones de fútbol decidió estrenar la nueva camiseta chilena femenina y masculina (la misma) en la Copa América Femenina de 2018. Y no solo eso: la indumentaria completa incluye artículos no desarrollados con anterioridad y personalizados para mujeres: por ejemplo, las medias de fútbol. Hasta ahora, en el país solo existían medias de hombre y con tamaño de pie de hombre. Las mujeres usaban los números más pequeños pero los talones siempre les quedaban grandes.

Pero el éxito repentino de este equipo es una historia de esfuerzo personal de las jugadoras y de la persistencia de algunos clubes en Chile, que animan la competencia local con 25 equipos divididos en tres zonas geográficas. Una porción importante decidió emigrar para ver su sueño cumplido: dedicarse al fútbol y poder vivir de esta actividad. Diez de las veintidós jugadoras militan en equipos extranjeros en Europa, Estados Unidos y Brasil. Probablemente, luego del resultado obtenido aumente la migración hacia ligas más competitivas.

La jugadora mejor pagada de este equipo es la portera y capitana, Christiane Endler. Ella juega en el PSG francés y recibe USD 30.000 al año y la sigue Rocío Soto, de Colo-Colo, con ganancias de USD 3600 dólares. El jugador chileno mejor pagado en el mundo, Alexis Sánchez, recibe de su club, el Manchester United, USD 32 millones anuales. Mil veces más que lo que recibe Endler.¹

Una cancha pareja: desafíos más allá del fútbol

Sin duda que la alta competencia es un lugar privilegiado para apreciar algunas de las principales contradicciones o tensiones que vive el

1 Estas diferencias son también del mundo global: Marta, la mejor futbolista de la historia, es la mejor pagada del mundo y recibe USD 500.000 dólares anuales en la liga estadounidense. La siguen Alex Morgan, con ganancias de USD 450.000 y Sydney Leroux, con USD 200.000. A su vez, los tres futbolistas hombres mejor pagados del planeta, son: Lionel Messi, con cerca de USD 70 millones anuales, Cristiano Ronaldo con USD 55 millones y Neymar con USD 42 millones.

desarrollo del fútbol femenino en la sociedad actual. Sin embargo, en la práctica masiva es donde se vivencian pequeños gestos de equidad y desaparece la gran carga simbólica del poder masculino en el fútbol. Esta es una tensión central sin resolver.

La vivencia del fútbol para las mujeres que se vuelcan a las canchas a nivel *amateur* está despojada de expectativas de reconocimiento económico e incluso simbólico. Los motivos de su práctica están en lo más alto de la épica deportiva: se juega *para pasarlo bien, hacer deporte o compartir con amigas*. ¿Por qué fútbol?: «y... ¿por qué no?», contestó una jugadora *amateur* en una entrevista para una breve exploración hecha para este artículo.² Hay también en esta práctica un deseo reivindicador femenino ante la brutal representación simbólica del poder masculino en el fútbol. Abundan experiencias de discriminación en la historia de jugadoras profesionales y *amateurs*. Desde los padres y madres que les dicen a las niñas, cuando pequeñas, «no puedes jugar, porque es para hombres» o «¿por qué no te dedicas mejor a la gimnasia?», hasta la experiencia en la alta competencia que describe la seleccionada y goleadora chilena, Yanara Aedo: «A nosotras nos ha tocado en primera persona vivir el machismo por muchos años. Que “el fútbol es para hombres”. Que “las mujeres son aburridas”. Hemos tenido que pasar de todo» («La reivindicación...», 1.4.2018). Aquí la discriminación apunta directamente al atractivo del espectáculo.

Sin embargo, el mercado ya va captando esta enorme cantera de comercio y consumo y sería solo cuestión de tiempo que la masificación del fútbol femenino llegue a impactar directamente en la alta competencia haciendo más equitativa la repartición de recursos entre el fútbol masculino y femenino. Pero, en general, en deportes altamente equitativos, como el tenis, las diferencias de premios en los torneos se mantienen entre hombres y mujeres, y el éxito de público sigue dominado por la versión masculina. Habrá que observar con mucha atención lo que suceda en Estados Unidos con el fútbol femenino, no solo por el alto nivel de desarrollo de la actividad, sino también por los patrones de consumo que marca y marcará el fútbol de mujeres en ese país.

Por otra parte, las discriminaciones tienen su punto de partida y de llegada en el lenguaje. Y como el lenguaje construye realidades, pasa a

La vivencia del fútbol para las mujeres que se vuelcan a las canchas a nivel *amateur* está despojada de expectativas de reconocimiento económico e incluso simbólico.

² Se hicieron algunas entrevistas en profundidad a jugadoras *amateurs* de ligas en Santiago.

ser importante usarlo de manera correcta. Persisten en Chile los apelativos peyorativos y negativos para referirse a los hinchas de clubes rivales: *zorras*, *madres* y *monjas* son los más conocidos y los que usan los hinchas rivales para referirse a los seguidores de Colo-Colo, Universidad de Chile y Universidad Católica, respectivamente. A eso se le suma el prejuicio sexista sobre que las mujeres futbolistas son lesbianas, o que «no les importa verse feas» por los moretones en las piernas u otros indicios del roce del juego en sus cuerpos.

No me importan cómo me queden las piernas... No me fijo en eso... cuando juego, voy a todas. (Francisca, 28 años)

Ya pocos te miran raro o escuchas en la otra cancha susurrar... «son lesbianas». (Marta, 33 años)

En otro ámbito, los medios de comunicación tienen una tarea significativa, no solo por la necesidad imperiosa de formar y fortalecer a sus reporteros para que conozcan del fútbol femenino, ya que en general son muy ignorantes o no les interesa conocer más, basados en la definición editorial de que no merece cobertura porque no concita interés público. Un episodio que simbolizó esto es el titular de un medio escrito con motivo del triunfo de la selección chilena femenina en la reciente Copa América Femenina jugada en Chile: «La Alexis Sánchez que dejó a Chile con un pie en la ronda final de la Copa América». Esto, referido a María José Rojas y el gol que le dio el triunfo a Chile sobre Uruguay. O, en este mismo período, el reportaje al agente que maneja varias jugadoras chilenas que militan en clubes extranjeros. «El hombre que llevó a la Roja Femenina a las mejores ligas». Nada del esfuerzo o méritos propios de las jugadoras que llegaron a esas ligas. Su agente, Edgar Merino, se lleva el reconocimiento público. Las redes sociales reaccionaron rápida y virulentamente ante ambos episodios, criticando su forma y lenguaje discriminatorio. Si el fútbol femenino da sus primeros pasos en Chile, el periodismo especializado aún está en etapa de *lactancia contra demanda*.

Desde la vivencia de jugadoras profesionales y *amateurs*, para todas, derrotar el machismo en el fútbol es un campeonato que no ha terminado. Su expresión más tangible en lo público son las diferencias abismales de salarios en la alta competencia. Abundar en las contradicciones puede ser majadero, pero majaderas fueron aquellas que conquistaron el derecho a estudiar en la universidad, el sufragio universal, los derechos reproductivos, el permiso posnatal de seis meses, entre tantos logros que avanzan hacia una sociedad un poco más igualitaria entre hombres y mujeres. En Chile, las mujeres han conquistado gran-

des reformas y ocupan lugares de poder en todos los ámbitos, de manera incipiente aún, incluso más allá de lo testimonial; pero en el plano de lo simbólico, el fútbol sigue siendo un dominio de poder, «un lugar clave para la producción del poder masculino» (Flores, 2016). Y eso impone desafíos políticos, no solo se aborda desde lugar del deporte en la sociedad, sino desde el mismo lugar del poder. No se trata de quién es dueño de la pelota, sino cómo la sociedad y en primer lugar quienes practican o siguen esta actividad como hinchas, hacen correr la pelota en un terreno cada día más parejo entre mujeres y hombres.

Estamos en un minuto clave del partido que juega el fútbol femenino en Chile, *ad portas* de su primer mundial y con un efecto positivo del profesionalismo sobre la práctica *amateur*. Bien lo resume Karen Araya, otra de las seleccionadas chilenas:

Ya no son las niñitas que corren detrás de la pelota... son las futbolistas. («La reivindicación...», 1.4.2018)

Referencias bibliográficas

- «Editorial. Fútbol y mujeres» (2016). *De Cabeza*, n.º 9, p. 7, <https://issuu.com/decabeza8/docs/revista_de_cabeza_edicion_9_ok_para>.
- FLORES, P. (2016). «Fútbol y política por otros medios», *De Cabeza*, n.º 9, p. 57, <https://issuu.com/decabeza8/docs/revista_de_cabeza_edicion_9_ok_para>.
- «La reivindicación del fútbol femenino en Chile» (1.4.2018). *Ahora Noticias*, <www.ahoranoticias.cl/noticias/deportes/220104-la-reivindicacion-del-futbol-femenino-en-chile.html>.
- MEDRANO, C. (4.4.2018). «Fútbol femenino en Chile: entre la Copa América y la precariedad», *Diario UChile*, <<http://radio.uchile.cl/2018/04/04/futbol-femenino-en-chile-entre-la-copa-america-y-la-precariedad>>.
- MEMORIA CHILENA. BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE (2018). «A cuarenta años del tercer lugar en el Mundial del 62», <www.memoriachilena.cl/602/w3-article-82587.html>.
- RIVERA, C. (24.4.2018). «En busca de la profesionalización: La ANFP prepara la liga femenina para el año 2019», *El Día*, <www.diarioeldia.cl/deportes/en-busca-profesionalizacion-anfp-prepara-liga-femenina-para-ano-2019>.

El fútbol colombiano en tiempos de paz



—» **GABRIEL PASTOR**

Periodista uruguayo radicado en Bogotá. Analista de asuntos latinoamericanos. Licenciado en Comunicación. Profesor de tiempo completo de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Sergio Arboleda. Corresponsal del diario *El Observador* de Montevideo.

El capo narcotraficante Roberto Vargas Gutiérrez, alias Gavilán, era una presa difícil de atrapar para militares y policías. Más de una decena de veces había escapado de las garras de los agentes de seguridad en los últimos cinco años. La última de ellas había ocurrido a mediados de agosto de 2017, cuando se salvó a gatas de un cuidadoso asalto por helicóptero en la zona de la ciénaga de Tumarádó, donde el segundo hombre del grupo criminal Clan del Golfo se movía como pez en el agua. Pero todos tenemos nuestro talón de Aquiles. El de Gavilán era el fútbol, especialmente la Selección Colombia, de la que no se perdía ni un solo partido. Así, el 31 de agosto de 2017, en un caserío de Puerto Plata, municipio de Turbo, bajó la guardia durante el juego entre Venezuela y Colombia que vio por televisión con señal satelital. Al terminar



Ilustración: Daniel Supervielle

el encuentro cero a cero, el mafioso salió de su rancho de madera y se paró en un precario muelle, un blanco perfecto para que un grupo de elite lo abatiera de un disparo en el estómago y otro en el cuello. El fútbol permitió terminar con las andanzas de un facineroso que para el gobierno de Juan Manuel Santos era una presea del mismo valor que la muerte en 2010 del jefe guerrillero Víctor Julio Suárez Rojas, conocido por el apodo de guerra Mono Jojoy.

En Colombia la pasión por el fútbol es un fenómeno transversal. No responde al color de piel ni a clase social ni a ideología ni a regionalismo. Aunque existen fuertes identidades geográficas locales, la camiseta de color amarillo con tres tiras en rojo y azul, envuelve a todo el país con la dicha de un viento de Céfito.

La tierra de Francisco de Paula Santander había conocido el éxito de la mano de otros deportes. En la década de 1970, la chaqueta de héroe le pertenecía al boxeador Antonio Cervantes Reyes, Kid Pambelé, dos veces campeón mundial del peso *welter junior*. En los mismos años, y hasta la década de 1980, el entusiasmo popular estuvo en los pedaleos de los ciclistas Martín Emilio *Cochise* Rodríguez, que ganó en 1971 el campeonato mundial en los 4.000 metros persecución individual en Varese, Italia, y Alfonso Flórez Ortiz, líder de la competencia francesa el Tour de L'Avenir en 1980, como Samuel Cabrera en 1985. Hubo muchos más laureles para el ciclismo colombiano desde entonces, cuyos corredores son admirados en el mundo entero como lo son hoy Nairo Quintana y Rigoberto Urán.

El fútbol era un deporte sin sombra cuando Kid Pambelé tumbó al panameño Alfonso *Pipermin* Frazer y logró el primer título mundial para Colombia.

Como dice el periodista barranquillero Alberto Salcedo Ramos, «nuestra máxima hazaña antes de que surgiera Pambelé era un empate en el mundial de fútbol de Chile, en 1962, cuatro a cuatro con la antigua Unión Soviética». El maestro de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano tiene aún muy vivo en su memoria que, en el pueblo de su infancia, conocido como el Arenal, a unos cien kilómetros de Barranquilla, se machacaba con un chiste muy popular a partir de las siglas del antiguo equipo de la extinta Unión Soviética, CCCP: «Con Colombia Casi Perdemos».

El fervor popular por el balompié es relativamente reciente, en comparación con países como Argentina, Brasil y Uruguay, donde tiene cierta fama desde principios del siglo xx. El éxito de la Selección Colombia —que había ingresado a la FIFA en 1936 sin pena ni gloria— es una realidad desde el decenio de 1990 bajo la era de Francisco *Pacho* Maturana —dirigió al equipo mayor en dos mundiales: Italia 1990 y

Estados Unidos 1994— en los que la selección tuvo un sello de calidad. De aquellos años es que en todos los restaurantes de Bogotá se cuelgan televisores como grandes cuadros para deleite de todos los comensales.

Por haber llegado al Mundial Italia 1990 —después de 28 años de sin estar presente en la competencia deportiva más globalizada del mundo—, Maturana fue condecorado con la Orden Nacional al Mérito en el grado de comendador, un reconocimiento del gobierno de Virgilio Barco (1921-1997) por «el valor o entrega al servicio de los mejores intereses del país». «Ustedes han vuelto a demostrar que somos un gran pueblo», dijo el presidente liberal en aquel momento. Maturana acusó recibo del mensaje presidencial y respondió que «el triunfo no serviría de nada si no trae consigo muchos cambios no solo futbolísticos sino también sociales».

Llamaba la atención que en el último tramo del siglo xx hubiera habido tantas estrellas futbolísticas en un solo equipo demoledor y como prueba histórica está el broche de oro de la goleada de Colombia a Argentina por cinco a cero, el 5 de septiembre de 1993, en el partido final para la clasificación al Mundial Estados Unidos 1994, y nada menos que en el estadio Monumental, del club argentino River Plate, lo que insufló de confianza a un equipo que muchos veían ya como campeón del mundo.

Pero hubo una contratacara de desencanto de todo ese proceso esperanzador y es que Colombia quedó afuera de los dos mundiales mencionados en octavos de final y en la primera fase, respectivamente, pese a sus figuras descollantes y a los aplausos al juego bonito que había maravillado durante las correspondientes eliminatorias sudamericanas.

Todavía es posible escuchar en Bogotá acaloradas discusiones sobre el fracaso final de Maturana en las que se especula con diversas interpretaciones de por qué este hombre de 69 años, 1,81 de estatura, nacido en Quibdó, salió por la puerta de atrás.

El medioambiente de Colombia de la década de 1990 en los terrenos institucional, político y social no era el mejor ni el más conveniente para levantar trofeos en un deporte altamente competitivo y que requiere de una estabilidad que el país entonces no estaba en condiciones de otorgar. Todo ello agranda la hazaña de Maturana.

El periplo de la Selección Colombia de aquellos años coincidió con un período aciago de narcoterrorismo que había hecho costumbre los atentados con bombas contra las instituciones y líderes políticos, y de los que no escapaban víctimas de la sociedad civil, de una violencia

En Colombia la pasión por el fútbol es un fenómeno transversal. No responde al color de piel ni a clase social ni a ideología ni a regionalismo.

de fuegos más próxima a una guerra entre habitantes de un mismo pueblo.

Eso sí, los resultados deportivos en las fases eliminatorias de los noventa, que luego fueron esquivos en los respectivos mundiales, fueron una bomba de oxígeno para un pueblo que vivía un temor cotidiano por la violencia de los carteles de la droga, a la cabeza del zar Pablo Escobar, en una ofensiva sin cuartel por la amenaza de la extradición a Estados Unidos de los narcos capturados.

Y todo ello con una peculiar historia política de elecciones democráticas —hubo una sola dictadura en el siglo xx, la que lideró el militar Gustavo Rojas Pinilla— y rotación de partidos en el gobierno, que no se vieron perjudicados en lo formal por un conflicto macabro de múltiples actores armados que derramaron pólvora tanto en el campo como en las ciudades.

Pero en el océano de sangre por los ataques de los carteles de la droga también había otras naves peligrosas por un conflicto armado a varias bandas —desde antes de los noventa—, que enfrentaba al Estado con grupos guerrilleros —las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), los más vigorosos y en acción luego del desarme de varios grupos sediciosos, entre ellos el famoso M-19— y grupos paramilitares que combatían a la sedición marxista-leninista y que también vulneraron el estado de Derecho y cometieron un sinnúmero de tropelías y violaciones a los derechos humanos, causando heridas muy profundas, aún difíciles de cicatrizar.

Desde entonces, todos los grupos al margen de la ley, en un momento u otro, cayeron bajo el hechizo diabólico del narcotráfico, una actividad ilícita que finalmente y en distintos períodos terminó entrecruzada con el financiamiento de las acciones delictivas de todos ellos.

A los matrimonios por conveniencia entre grupos al margen de la ley y el narcotráfico se sumaron, además, como indica el Centro Nacional de Memoria Histórica, los «efectos sociales y culturales» del negocio de las drogas a gran escala que «cambiaron profundamente» el contexto del conflicto.

El drama del país, según se puede inferir del documento *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*, es que el narcotráfico extendió sus tentáculos inclusive en el Estado y ello tuvo graves consecuencias para el funcionamiento sano de la democracia. En ese sentido se dice que:

El poder corruptor del narcotráfico permeó a la clase política y a distintas instituciones del Estado, configurando un antecedente de cooptación del Estado que allanó el camino para los actores armados, porque antes de la parapolítica fue la narcopolítica y en muchos senti-

dos la primera es la prolongación histórica de la segunda. Esta cooptación mafiosa del Estado y la política deterioró los referentes éticos de la acción política y la gestión pública. A esto habría que sumar el impacto cultural del narcotráfico relacionado con la apertura de una vía rápida de ascenso social basada en la cultura del dinero fácil y la instrumentalización de la violencia, provocando una banalización de la violencia y un deterioro de los referentes éticos de la sociedad que no tienen que ver únicamente con no cuestionar la moralidad de los medios sino también la de los fines. En este proceso de reconfiguración social y cultural, el misticismo del guerrillero de los años sesenta y setenta, que calaba tanto en el país urbano, fue reemplazado por el pragmatismo del narcotraficante, que de hecho se convirtió en un referente socialmente aceptado de movilidad social exitosa para amplios sectores de la población. (Grupo de Memoria Histórica, 2013, p. 143)

Ese ambiente violento, de descomposición institucional y de narcocultura también se reflejó de múltiples maneras en el juego del balompié profesional, cuya selección mayor, además, bajo los efectos de un fuerte exitismo, enfrentó conflictos internos por vanidades de futbolistas y disputas por liderazgos, que terminaron jugando en contra del equipo, de la llamada *generación dorada* de los noventa.

De los decenios de 1980 y 1990 hay múltiples pruebas que demuestran cómo otro tentáculo del pulpo del narcotráfico llegó al fútbol colombiano.

Los jefes narcos competían por quién de ellos invertía más en jugadores internacionales de primer nivel en los equipos de sus amores e incluso organizaban reuniones con algunos futbolistas, una práctica usual de Pablo Escobar que hasta los recibía estando preso en La Catedral —un visitador frecuente había sido el brillante y controvertido portero de la selección de esos años, René Higuita, de fama mundial por la llamada maniobra *el escorpión*, una acrobacia atrevida que despertaba exclamaciones de admiración en todas las tribunas—.

Pronto los capos encontraron pingües negocios en las apuestas y ello aumentó la presión en torno al resultado de los partidos, que se reflejaron en amenazas —incluso el asesinato— a directivos del fútbol, jueces y hasta jugadores. A todo ello se sumó —o se suma— el dinero sucio del narcotráfico en equipos del balompié colombiano.

Lo que escribe Víctor Rosa sobre la mafia y el fútbol de aquella época es digno de un proyecto para una serie de Netflix:

Se apostaba a quién saldría primero al campo, a quién iba a hacer el saque, a quién anotaría el tanto inicial, a todo, lo que creaba un vaivén de peligrosas emociones a cada instante sin que nadie pudiera

controlar lo que podía suceder en un estadio cuyos palcos principales estaban atestados de guardaespaldas.

El ambiente de amenazas de muerte y de asesinatos a balazos también llegó al equipo nacional de Maturana y la prueba más trágica de ello ocurrió el 2 de julio de 1994 con el homicidio en Medellín del zaguero central de la selección, Andrés Escobar —quien había metido un autogol que dejó a Colombia fuera del mundial de Estados Unidos—, después de reproches y altercado con apostadores en un restorán. Escobar es el más famoso de una docena de jugadores o exjugadores asesinados entre 1993 y 2014 por causas *non sanctas*.

Aunque podría considerarse que la suerte estaba echada, el resultado de las eliminatorias confundió a más de uno, pero parecería que no al propio Maturana. En una entrevista publicada en la revista *Bocas*, el 19 de mayo de 2013, el periodista Mauricio Silva Guzmán le dice a Maturana que Colombia había sido un «desastre deportivo» y que terminó la competencia con una «tragedia nacional» como fue el asesinato al zaguero Escobar. El exentrenador, después de opinar que «USA 94 fue un gran mal momento» para la selección, hizo una reflexión más política sobre el fatídico final deportivo del equipo: «Otra cosa que pasó es que en Colombia tenés que saber que no podés desligar al fútbol de su contexto social, y ese fue un momento jodido: muerto por aquí, muerto por allá; amenaza por aquí, amenaza por allá».

Hasta que el entrenador argentino José Pékerman asumió la dirección técnica del equipo colombiano en 2012 —seis años después de que el presidente de la División Mayor del Fútbol Colombiano, Luis Bedoya, se pusiera al hombro la tarea de contratar a un técnico extranjero y poner en marcha un proyecto de mediano y largo plazo—, prácticamente no hubo cambios de fondo respecto al reinado de Maturana, de funesto final, y del juego vistoso mas no efectivo, que refleja el hecho de un equipo marginado tres veces consecutivas de mundiales de fútbol.

El nuevo entrenador, que había sido mediocampista del Independiente de Medellín en los años 1975 a 1978 —de un final sorpresivo por un daño irreversible del menisco interno de la pierna izquierda—, consciente de los problemas internos y de indisciplina de los procesos anteriores, tomó medidas restrictivas en las concentraciones para que los jugadores pusieran el foco exclusivamente en el fútbol y para terminar con el clima de «carnaval» que alejaba a los futbolistas del orden que necesita un deportista de alto rendimiento.

Al potencial futbolístico de un gran equipo —con estrellas y liderazgos nuevos respecto al plantel estrella de los noventa—, Pékerman logró, con el talante de un gran pedagogo, conformar un grupo homogéneo, concentrado en el juego, de gran confianza colectiva y todo el

potencial para convertirse en actor de una gesta deportiva, y sin distracciones más propias del mundo de la farándula —como había ocurrido en el pasado—.

Pékerman logró hacer realidad una frase de Francisco de Asís, transmitida por Carlos Páez, uno de los uruguayos sobrevivientes de la Tragedia de los Andes, en una charla motivadora al equipo colombiano durante la última eliminatoria sudamericana: «Empieza por hacer lo necesario, luego lo que es posible y terminarás haciendo lo imposible». Aunque todo ello es improbable sin jugadores internacionales de la talla de James Rodríguez, Radamel Falcao, Juan Guillermo Cuadrado, Carlos Sánchez o David Ospina.

Coincidencias o no de la vida, la era de Pékerman comenzó siete meses antes de que se iniciaran las conversaciones de paz en La Habana entre el gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla FARC, que desembocaron en un acuerdo final de paz, aprobado por el Congreso el último día de noviembre de 2016, y que puso punto final a un conflicto armado de 52 años.

El ambicioso acuerdo aún no se ha cristalizado en un ambiente de posconflicto ni ha alejado al país del narcotráfico —que ha ido mutando— ni de la narcocultura, pero sí ha construido una enorme placa de cemento que permite proyectar una Colombia de más fortaleza institucional a largo plazo, y que ya da muestras claras de que las bombas de los Escobar de los noventa y los ríos de sangre que manchaban a todo el país son dos nefastos estertores de la historia reciente. Nadie cree posible que se repita la barbarie de un grupo de paramilitares que, en febrero de 2000, jugaron al fútbol con las cabezas de campesinos que habían degollado un rato antes frente a niños y mujeres, en El Salado, un pequeño pueblo del departamento de Bolívar.

Estadísticas independientes muestran que 2017 fue el período menos violento en 52 años y que se habrían salvado 2800 vidas gracias al acuerdo de paz, algo que reconoce el propio gobierno de los Estados Unidos.

El fin de la guerra con las FARC ha creado un ambiente más propicio para conquistar condecoraciones en el fútbol profesional, aunque aún queda mucho camino que transitar en el país que figura como el mayor productor mundial de cocaína.

No son hechos fortuitos que, en 2014, la Selección Colombia por primera vez en su historia llegara a los cuartos de final de un mundial de fútbol y que dos años después obtuviera el tercer puesto de la Copa América.

La era de Pékerman comenzó siete meses antes de que se iniciaran las conversaciones de paz en La Habana.

Los galardones futbolísticos han tenido un estrecho vínculo con dos procesos que fueron avanzando en paralelo: uno deportivo, liderado por Pékerman, y otro político, liderado por el presidente Santos.

El proceso de paz ofrece una gran oportunidad para que el círculo vicioso de victorias ocasionales en el fútbol se transforme en un círculo virtuoso de triunfos duraderos de una Selección Colombia que forma parte de la identidad nacional y que representa una fuente de unión en una tierra de una enorme diversidad demográfica y cultural.

Bibliografía

- ARAÚJO VÉLEZ, Fernando (2016). *No era fútbol, era fraude. Auge y caída de los zares del fútbol*. Bogotá: Planeta.
- BORDA DÍAZ, Javier (2018). *El fútbol en boca de todos. Las frases increíbles, asombrosas, escandalosas e inolvidables de los protagonistas del fútbol*. Bogotá: Intermedios Editores.
- GRUPO DE MEMORIA HISTÓRICA (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional, 2013. DOI: 10.15446/achsc.v41n2.48792
- HERNÁNDEZ BONNET, Javier (2013). *Colombia es mundial. Los secretos de la clasificación*. Bogotá: Planeta.
- MANCUSO RADAMÉS (1973). *Obdulio, El último capitán*. Montevideo: Imprenta Panamericana.
- ROSAS, Víctor (2014). *El día que murió el fútbol*. Bogotá: Intermedio Editores.
- SOTO, Martha (2017). *Los goles de la cocaína. Lo que nadie sabe sobre las más recientes jugadas del narcotráfico en el fútbol colombiano*. Bogotá: Intermedio Editores.
- WERNICKE, Luciano (2017). *A Rusia por la gloria. Historia de la Selección Colombia en las eliminatorias mundialistas*. Bogotá: Planeta.

Una noche en el Parque Kennedy



—» **DIEGO MACERA**

Gerente general del Instituto Peruano de Economía (IPE) desde 2016. Columnista del diario *El Comercio* y profesor en la Universidad del Pacífico. Bachiller en Economía por esta universidad y MPP de la Universidad de Chicago.

La del sábado 31 de marzo no fue una noche cualquiera en Lima. Mientras el sol se escondía debajo del océano Pacífico, a cinco cuadras de la costa empezaban a llegar personas de todas las edades al Parque Kennedy, uno de los puntos de reunión más importantes de la ciudad. Hacia las 8 p.m., el parque bullía de gente. Cientos de personas se aglomeraban alrededor de jardines y bancas para interactuar de una manera curiosa: se hablaban sin mirarse a la cara, sino más bien mirando hacia abajo, atentos a unas listas que llevaban entre manos y a unos papelitos adhesivos. Estaban intercambiando los cromos del álbum de jugadores del Mundial de Fútbol de Panini.

A marzo de este año, el Parque Kennedy no era ajeno a multitudes que se reúnen a partir de la pasión por el deporte rey, de cierto modo el único deporte que para casi todo efecto práctico existe en el Perú. De hecho, el parque miraflorentino tuvo su momento estelar un miércoles de mediados de noviembre del año pasado. Ese día, luego de 35 años, la selección peruana finalmente clasificó al Mundial de Fútbol.

Es difícil describir la sensación de alegría y euforia que embargó al país aquella noche. Las caravanas y el tráfico en dirección al parque a celebrar la clasificación se extendían por decenas de cuadras. Aquellos que lograban llegar se encontraban con escenas de amigos cantando a viva voz, desconocidos saltando juntos y lágrimas de absoluta felicidad surcando caras adultas que habían sido marcadas por el fracaso y la frustración de décadas. Toda esa amargura desaparecía de pronto en abrazos infinitos y cantos entonados con tanta pasión que parecían dirigidos a escucharse hasta tres décadas atrás. Es muy posible que ni ganar la Copa del Mundo hubiera traído tanta alegría al pueblo peruano como conseguir lo que se anheló por tanto tiempo.

Una visita al infierno

El Perú de hoy es un país muy distinto del que jugó por última vez un mundial de fútbol, en 1982. En aquel entonces, la nación tenía apenas un par de años viviendo en democracia —luego de una dictadura militar de doce años—, y la guerra en contra del grupo terrorista de filiación maoísta Sendero Luminoso recién iniciaba. Los que llegarían a ser los peores del país desde la Guerra del Pacífico de 1879 estaban por venir.

La década de los ochenta vio un colapso casi total de la mayoría de instituciones. La pobreza se multiplicó. El PBI del país cayó un acumulado de 24,5% entre 1987 y 1990. La inflación anual alcanzó 3398% solo en 1989. Los ingresos corrientes del gobierno central representaban tan solo 9% del PBI, cifra absolutamente insuficiente para mantener un sector público mínimamente operativo. Más aún, las muertes se contaban en decenas de miles a consecuencia de un terrorismo que arrasaba el campo y asediaba las ciudades, y un gobierno que respondía con brutal violencia. El país era un caos.

Entrada ya la década de los noventa, la situación se empezó a revertir. Duras pero necesarias medidas económicas estabilizaron los precios e hicieron posible reactivar la producción. La lucha contra el terrorismo se empezó a ganar en parte gracias a acciones de inteligencia y tuvo su momento más significativo con la captura del líder senderista Abimael Guzmán, en setiembre de 1992. El Perú comenzaba a sanar luego de haber tocado fondo en los años anteriores.



Ilustración: Daniel Supervielle

Si bien la situación de seguridad interna y económica mejoraban notoriamente, en el campo político e institucional el contexto era más polémico. El autogolpe del presidente Alberto Fujimori, de abril de 1992, le permitió cerrar el Congreso, legislar desde el Ejecutivo y convocar a la Asamblea Constituyente que redactó la Constitución Política de 1993, actualmente vigente. Las bases del relativamente exitoso modelo económico que siguió el Perú en décadas siguientes se sentaron entonces, pero los partidos políticos y otras instituciones —que en aquel momento tampoco eran suficientemente sólidas— jamás se recuperaron del golpe.

Crecimiento sin instituciones

El Perú siguió una senda económica que mejoró en pocos años la calidad de vida de millones de ciudadanos. La pobreza se redujo de 58,7% en el 2004 a 21,7% en el 2017. El ingreso per cápita ajustado por precios se duplicó en menos de veinte años. Los motores productivos se encendieron a partir de mayores libertades económicas, el impulso de la inversión privada y —buena suerte— una escalada en el precio de los minerales de exportación nacional. Todo ello permitió que los estándares de vida se elevaran notoriamente a través de la costa, sierra y selva del país.

El talón de Aquiles del Perú, no obstante, siguieron siendo los asuntos políticos e institucionales, y lo son hasta hoy. Si bien se logró por primera vez en la historia de la república alcanzar cuatro sucesiones de mando democráticas consecutivas, la debilidad de la clase política es patente. Encuestas recientes colocan la aprobación popular del Congreso de la República en tan solo 25%. Los partidos políticos más importantes carecen de representatividad nacional o contenido político, y se agrupan más bien alrededor de liderazgos caudillistas.

Otras instituciones tampoco la pasan mejor. El desprestigio del Poder Judicial, de la policía o de los servidores estatales en general es preocupante. La calidad de los servicios públicos elementales —educación, salud, infraestructura— es baja y las capacidades de los gobiernos regionales, provinciales y distritales para proveerlos es muy limitada. La clase empresarial tampoco está fuera de cuestionamientos. Acusaciones y destapes de hechos de corrupción pública-privada llegaron a tal magnitud que hicieron caer al anterior presidente, Pedro Pablo Kuczynski.

Con este escenario a cuestas, los peruanos encontramos por años la manera de mantener el crecimiento y la inclusión social desvinculando —hasta donde fuese posible— los vaivenes del Estado y la política de

la actividad económica. Naturalmente, mucha de esta actividad económica tuvo que darse en contextos poco institucionales, informales, y con una visión de corto plazo. Ya en 1984, José Matos Mar, uno de los antropólogos más reputados del país, escribía que el peruano se trataba de

[...] un Estado en crisis, sin capacidad para responder a la presión de necesidades de las masas, casi sin interlocutor, con un serio vacío poder y débil legitimidad; que enfrenta a un pueblo que cuestiona y desarrolla creativamente múltiples estrategias de supervivencia y acomodación, contestando y rebasando el orden establecido, la norma, lo legal, lo oficial, lo formal.¹

El proceso de despegue económico sin institucionalidad se fue cimentando desde entonces, y no cambió de manera fundamental en las siguientes décadas. Así, mientras la economía avanzaba a ritmo vertiginoso a su manera, el Perú perdía la ocasión de sentar las bases institucionales que cualquier país necesita para crecer en el largo plazo.

El fútbol siempre será una actividad de instinto, talento y picardía pero, cada vez más, se necesita también planeamiento y profesionalización.

Instituciones y fútbol

Uno de los ejemplos visibles más patentes de esta negligencia por la institucionalidad y el largo plazo es el caso del fútbol peruano. En décadas anteriores, cuando el deporte estaba menos profesionalizado a nivel global, era quizá suficiente tener chispazos individuales de jugadores nacidos con talento para marcar la diferencia en un equipo. Seguro se podía entrenar habilidad, resistencia física y estrategia pero, al final del día, el equipo que había logrado reclutar más jóvenes con don para el fútbol tenía todas las de ganar.

Eso empezó a cambiar en línea con la globalización, la tecnología y la comercialización del deporte. La competitividad de la actividad subió en línea con los mercados y la demanda. El fútbol siempre será una actividad de instinto, talento y picardía pero, cada vez más, se necesita también planeamiento y profesionalización. El buen reclutamiento de menores requiere de un esfuerzo sistemático que quizá no pagará dividendos por varios años; el ordenamiento de las ligas distritales y regio-

¹ Matos Mar, J. (1984). *Desborde popular y crisis del Estado: el nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP.

nales, donde los jóvenes dan sus primeros pasos en la competencia, es complejo; los fichajes, entrenamientos y estrategias de juego dependen cada vez menos del instinto del entrenador y cada vez más de la tecnología y análisis de datos; las finanzas de los clubes deben manejarse con la prolijidad de una empresa privada de primer nivel; las federaciones nacionales de fútbol necesitan solidez y legitimidad para mantener procesos de largo plazo. Todo eso requiere institucionalidad, que es precisamente de lo que Perú carecía.

Por mucho tiempo la situación fue paradójica. Casi no había indicador inmediato en el que el Perú no mejorase de manera notable: competitividad económica, desarrollo social, servicios públicos, internacionalización de la producción local, todo parecía seguir una misma tendencia. La gran excepción era la única pasión de multitudes, el fútbol. Y es que este deporte ya se jugaba en otra liga. Requería el tipo de planeamiento y fortaleza institucional que el Perú no había sabido cultivar con su crecimiento inercial. Éramos primeros en crecimiento acumulado del PBI entre 2001 y 2017, pero últimos en la tabla de posiciones de la clasificatoria mundialista.

La emoción por volver

El crecimiento sin institucionalidad tiene sus límites, y en su ruta hacia el desarrollo el Perú los ha empezado a sentir. A pesar de tener altos precios de los minerales de exportación en el 2017, el país creció menos que el promedio global. Las perspectivas de crecimiento para el 2018 no son tanto mejores.

Sin embargo, hay optimismo sobre las bases que se empiezan a sentar. Las nuevas generaciones, con poca memoria sobre los episodios trágicos que le tocó vivir al país, traen una visión fresca y menos sesgada que las anteriores. En algunos sectores se empieza a ganar conciencia de la importancia de invertir en el mediano y largo plazo, en generar una cancha de juego pareja y justa. Cada vez es más claro que crecimiento sostenido sin institucionalidad es una quimera, que los procesos están para mantenerse y trabajarse con disciplina y esfuerzo.

Esa es quizá la lección más importante que nos deja la clasificación al mundial. A pesar de que no hemos resuelto muchas de las fallas estructurales de nuestro fútbol, encaramos esta eliminatoria con un proceso serio, disciplinado, ajeno a los escándalos que marcaron las clasificatorias anteriores. Los nombres de los jugadores pesaban menos, ya no existían los *cuatro fantásticos* de los que tanto se habló en procesos pasados ni la *generación dorada*, de modo que las individualidades fue-

ron menos importantes que el trabajo conjunto. No solo los jugadores, sino el cuerpo técnico, la Federación Peruana de Fútbol e incluso la misma hinchada apostaron por un equipo y una idea de juego que trascendiera a las mismas personas que lo hicieron posible. Visto desde un marco más grande, la ansiada clasificación al mundial es uno de los primeros chispazos —uno de los primeros logros institucionales— que apuntan, con algo de suerte y mucho de empeño, a una nueva etapa de desarrollo del Perú.

La emoción por volver al evento deportivo más importante del mundo —y que perdonen las Olimpiadas— es inconmensurable en el país. El Parque Kennedy volverá a rebasar de gente por lo menos en tres ocasiones más durante los partidos de junio de este año. El Perú goza lo que le fue ajeno por décadas. De algún modo, celebra también la esperanza de volver a encontrarse con lo mejor de sí. Pero, si no quiere volver a esperar otros 36 años para participar de la siguiente cita, terminado el mundial la lección debe quedar. El desarrollo sostenido, igual que la clasificación al mundial y el juego efectivo, son parte de un proceso más grande que parte del hábito por fortalecer las instituciones y trabajar con y para ellas, no sobre ellas. No es un golpe de suerte, es un estilo de vida. Y los peruanos recién empezamos a entenderlo.

Panamá, larga vida al fútbol fantasma



—» **ENRIQUE ANDRÉS PRETEL**
Periodista español especializado en política y economía. Excorresponsal senior de Thomson Reuters en América Latina. Actualmente es *fellow* del McGraw Center for Business Journalism-City of New York University e impulsa proyectos de criptoinformación, *blockchain* y periodismo inmersivo.

Cada primavera en España, el kilómetro dos de la antigua carretera comarcal entre la ciudad de Albacete y el término municipal de Tinajeros es testigo de uno de esos fenómenos que reivindican al Planeta Fútbol como algo más elevado que un deporte popular, más complejo que una exaltación nacional, más profundo que un negocio global.

El 6 de mayo de 1993 a las 15.30 de la tarde, Rommel Fernández, delantero del Albacete Balmopí, perdió el control de su auto deportivo y se estrelló contra un árbol. Como los mitos del rock, la gran promesa del fútbol panameño se apagó camino del hospital a los 27 años arrojado por las urgentes sirenas de la ambulancia. Desde entonces, un grupo de aficionados del equipo local peregrina todos los años hasta el lugar del accidente para dejar un ramo de rosas y honrar modestamente su memoria.



Ilustración: Guillermo Tell Aveledo

En Panamá, la tragedia del hijo predilecto fue la piedra fundacional del fútbol patrio. A las pompas fúnebres les siguieron el gran estadio con su nombre, las escuelas en su honor y los premios como homenaje. Trataron de hacerlo grande para recordarlo como es debido, esparciendo su fantasma por el deporte local como un extraño conjuro de lo que pudo ser y no fue. Pero el tiempo hizo su trabajo. Llegaron nuevos ídolos. Nuevos éxitos, nuevos dramas, nuevos desafíos. Como le sucedió a otros insignes que prestan nombre a calles y plazas, el Rommel monumental no pudo evitar que el Rommel real se fuera desvaneciendo, poco a poco, en efemérides cada vez más breves.

Pero en las áridas llanuras manchegas, cada 6 de mayo en punto, una sobria procesión pagana recuerda la gran lección que dejó Rommel. Una que sus compatriotas no pudieron escuchar en ese momento aturridos tras quedarse sin sus goles, bálsamo de autoestima para una nación que salía de una cruel dictadura militar y lidiaba con las secuelas de una brutal invasión.

Han pasado 25 años y lejos queda esa imagen de pueblo humillado y en ruinas. La democracia se afianzó y Panamá prosperó al ritmo de su célebre canal interoceánico hasta convertirse en centro global de comercio, finanzas y transporte. Al calor de la bonanza también subió la fiebre del esférico y, como el propio país, su fútbol maduró entre luces y sombras hasta firmar en octubre pasado un episodio épico: clasificar por primera vez a una Copa del Mundo.

Ahora que la nación-metáfora por excelencia de la globalización por fin se gradúa del más universal de los idiomas, ahora que los panameños se asoman como nunca antes a los vértigos del fútbol y sus imprevisibles consecuencias, quizás ahora sea la ocasión precisa para recordar la historia de Rommel Fernández. Un misterio futbolístico que poco tiene que ver con el fútbol.

El primer fantasma del fútbol panameño

Al ritmo de la época, la noticia del fatal accidente se difunde por cables de agencia y portadas de periódico del día siguiente. Aún sin llegar antes, las desgracias tienen el mismo efecto. El 7 de mayo de 1993, el teléfono suena en un apartamento de Montevideo. Julio Dely Valdés responde. Se sienta. Se cubre el rostro con las manos. Se echa a llorar.

«Nunca lo voy a olvidar. No pude decir nada», recuerda el exdebantero panameño, en ese entonces jugador del Nacional uruguayo y compañero de Rommel en la selección desde juveniles. «Me quedé en shock y se me saltaron las lágrimas».

Rommel había llegado a Tenerife en 1986 gracias a un chanchullo que le permitió jugar el mundialito de la emigración. Con 20 años y una camisa prestada, se destacó y el equipo de la isla no dudó en ficharlo. Sus goles lo convirtieron en uno de los artífices del fulgurante ascenso de los *chicharreros* a primera división de la liga española y en 1991 un millonario contrato con el Valencia lo certificó como *crack* en ciernes. Pero no resultó como esperaba. Cedido al Albacete la temporada siguiente, su feliz reencuentro con el gol y la afición lo puso de nuevo en la mira de varios equipos. Cuando murió la vida le sonreía, pero la suerte no.

«La última vez que hablé con él, me dijo: “Nací optimista y supongo que moriré de la misma manera”», cuenta Ronny Rojas, uno de los primos de Rommel. Él vivió de cerca los duros días en el Valencia, cuando pasó de marcar 23 goles en sus últimas dos campañas a apenas dos ese curso. «Fue una época difícil que llevó con hidalguía», agrega Rojas, quien lo recuerda siempre preocupado por las noticias que le llegaban de su país esos años turbulentos.

En España enamoró a la afición por su calidad de ariete de vieja escuela, más bien torpe con los pies —pese a ser consumado bailarín de salsa— pero matador con el remate de cabeza. Entregado dentro del campo y disciplinado fuera de él, supo rendir sus 1,85 m y 81 kilos con un fútbol efectivo sin demasiados preciosismos, consciente de que carecer de una nacionalidad con galones futbolísticos como la brasileña o la argentina le exigía más para ganar la confianza del respetable en un tiempo en el que los extranjeros se alineaban en gotas.

Entre sus compatriotas resonó la historia de muchacho humilde que se dejó literalmente la piel en los campos de tierra para hacerse un sitio en el competitivo fútbol español cuando todavía los extranjeros se alineaban a gotas. En una época en la que el béisbol y el boxeo eran los deportes criollos por excelencia, que un futbolista saliera de una liga amateur para jugar en un equipo de elite era una excepción reservada a fueras de serie como Rommel y los hermanos Dely Valdés.

«Rommel destacó y allá donde fue dejó huella. Siempre digo que como futbolista todo el mundo lo conoce, pero que como persona era diez veces mejor», aseguró Julio Dely, quien fue nombrado el mejor futbolista panameño del siglo xx tras triunfar en el Cagliari, el París Saint-Germain, el Oviedo y el Málaga, donde dejó sus mejores números.

Panamá se vio en *el Panzer*, con su bigotillo afilado como un paréntesis y sonrisa pícara de galán de telenovela, criado en el barrio bravo de El Chorrillo. Ahí donde, entre el desencanto y la fe, más intensamente juegan, sueñan y viven el fútbol. Ahí donde sigue latiendo firme, como en las favelas de toda América Latina, el tumultuoso pulso del populismo.

Populismo fantasma

El 10 de abril de 2015, el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, y su par cubano, Raúl Castro, se encontraron frente a frente en la Cumbre de las Américas de Ciudad de Panamá para poner fin, con un apretón de manos, a cinco décadas de hostilidades y resentimientos. Pero mientras las cámaras perseguían a los protagonistas del momento por el laberinto de pretenciosos rascacielos que se pavonean en la bahía, algo más profundo y sutil crujía en las tripas del Singapur de Centroamérica.

Esa mañana, el venezolano Nicolás Maduro era recibido como un héroe en la Plaza de los Mártires del mismo barrio El Chorrillo que vio nacer a Rommel y también al mítico boxeador Roberto *Manos de Piedra* Durán. Frente a un sencillo monolito negro levantado en memoria de los miles que murieron durante la invasión estadounidense, el gobernante escuchó atento la proclama de la asociación de familiares de los caídos ese 20 diciembre de 1989 para derrocar al exdictador Manuel Antonio Noriega, también vecino del lugar.

«¡Queremos justicia! ¡Prohibido olvidar!», bramó después el corpulento Maduro con voz indignada, prometiendo que él en persona exigiría a Obama pedir perdón a la víctimas y compensar económicamente a las familias. De fondo, altos edificios ajados por el salitre y un mural coronado por una verja metálica que en vivos colores resumía en cifras del ataque: «La agresión inicia a las 12.46 media noche», «El sismógrafo de la UP [Universidad Panamá] registra 422 bombas en las primeras 12 horas», «20.000 soldados, 20.000 casas destruidas».

«Me comprometo con el alma que lo voy a hacer», aseguró con el tono confianzudo del que no se jugaba nada, mientras un coro de voces lo vitoreaba mecánicamente: «Maduro, amigo, Chorrillo está contigo».

El populoso barrio capitalino sigue siendo la perfecta postal de la Panamá invisible donde más se sufrieron las tres décadas de dictadura militar, donde más duro golpeó la invasión, donde más escuecen los olvidos de la joven democracia. Y Rommel también también sigue siendo fiel reflejo de la clase de éxito al que puede aspirar el pueblo llano, sin acceso a educación de calidad, sin ayuda para iniciar negocios y con el perenne riesgo de caer en la delincuencia o la marginación.

«Muchos de nuestros grandes deportistas provienen de estratos humildes», explica Gerardo Samaniego, uno de los fundadores de la Extrema Roja, principal barra de la selección. Cita casos tan clásicos como Mariano Rivera, que pasó de ser un pescador en el recóndito Puerto Caimito a beisbolista legendario con los Yankees de Nueva

York; y tan contemporáneos como Irving Saladino, que era electricista en Ciudad Colón antes de convertirse en el segundo panameño en ganar una medalla de oro en unos juegos olímpicos, en Pekín 2008. «Igual sucede con la mayoría de nuestros jugadores de la selección. Por eso ves esa reciprocidad con el público. Nos identificamos, nosotros con ellos y ellos con nosotros».

El Chorrillo, los suburbios de Colón, San Miguelito, Veraguas. Comunidades donde se siente el poder democratizador del deporte, porque al deporte no importa lo violento que sea tu barrio, ni lo pobre que sea tu familia, ni el color de tu piel o el abolengo de tus apellidos. Sitios donde esos jóvenes enfrentan una lapidaria dicotomía: la gloria o la nada.

Crecer sin repartir

Desde que Panamá recuperó el control total del Canal en 1999 tras más de ocho décadas de explotación estadounidense, su economía creció casi el doble que el promedio latinoamericano, alimentada por un pujante sector logístico, portuario y comercial, un activo sector financiero y un incipiente sector turístico. Con un producto interno bruto per cápita que casi duplica la media latinoamericana, se codea con Chile y Uruguay entre las economías de la región que coquetean con cifras macro de primer mundo. El problema es que, con apenas cuatro millones de habitantes, la república aprendió a crecer pero no a repartir y despunta como en uno de los diez países más desiguales del mundo, según el Banco Mundial.

Autoridades locales y entes internacionales reportan que tanto la miseria como la desigualdad han bajado consistentemente en los últimos años. Pero todavía al menos dos de cada diez panameños son pobres de solemnidad pese a las envidiables cifras macro, la baja inflación y los subsidios en una economía dolarizada y diversificada que desde hace décadas atrae migrantes de todas las latitudes. «El fuerte desempeño económico no se ha traducido en una prosperidad compartida y Panamá tiene la segunda peor distribución de ingresos en América Latina con un cuarto de su población en la pobreza», resume el *Libro de Datos* de la CIA.

Este es un factor clave para explicar por qué el país está entre los cuatro donde más se ha deteriorado el apoyo a la democracia en la última década, solo superado por sus vecinos centroamericanos

Tanto la miseria como la desigualdad han bajado consistentemente en los últimos años, pero todavía al menos dos de cada ocho panameños son pobres de solemnidad.

Nicaragua, Honduras y El Salvador, según cifras del Latinobarómetro, y por qué alguien con las credenciales democráticas de Maduro todavía arranca algún aplauso en suelo panameño. Y eso hace que muchos echen a temblar.

«La desigualdad baja, pero en su proceso de apertura Panamá ha atraído mucho talento y capital humano foráneo que compite con el local. El panameño está en desventaja y lo resiente», explica el consultor y analista Felipe Chapman. «Ahí podría haber un auge del populismo que se explique por razones xenofóbicas. Esa parte es más peligrosa».

Pese a que el fútbol es imán para el dinero en medio mundo, la liga local nunca atrajo a las grandes fortunas que abundan en Panamá, mientras el apoyo de las empresas, como el del público general, osciló al ritmo de los irregulares resultados del combinado nacional. Pero ahora que el fútbol se ha convertido es cuestión de Estado, algunos ven en su popularidad terreno fértil para el populismo. Quizás porque no es necesario recurrir a ejemplos lejanos para ver cómo funciona este mecanismo.

Cuando murió Rommel, las autoridades de turno se montaron en la emoción de la coyuntura para rebautizar con su nombre al hasta entonces Estadio de la Revolución, mostrando cómo el poder reacciona instintivamente al humor de la ciudadanía para sacar ventaja de cualquier situación. ¿Otro ejemplo? El pasado 10 de octubre, en medio del delirio por la clasificación, el presidente Juan Carlos Varela se apuró a decretar un improvisado día de asueto. Los políticos, no importa cuándo o dónde lea esto, siempre quieren salir en la foto.

«Nadie está en contra de la celebración y el júbilo. Pero con responsabilidad», dijo Severo Sousa, del Consejo Nacional de la Empresa Privada (CONEP), en una televisión local. «La economía (de Panamá) funciona por arriba del 70% con servicios, y no son servicios para nosotros. Somos un *hub* de servicios internacionales», agregó el presidente del mayor gremio empresarial del país, que vio un mal precedente en ese gesto. «No podemos permitir que siendo este deporte tan masivo venga un populista barato a tratar de politizar el fútbol».

El debate sobre el cóctel *fútbol y política* sigue abierto y las conclusiones abundan. Pero antes de señalar con dedo acusador a los poderes hipnóticos del deporte rey, conviene recordar que, hace poco, otro evento hizo hervir la sangre de los panameños. Uno en el que algunos se montaron en el fantasma del nacionalismo para surfear sus errores. Y es justo decir que no necesitaron de la ayuda del fútbol para hacer un excelente trabajo.

Nacionalismo fantasma para empresas fantasma

El 26 de junio de 2016, el pantagruélico portacontenedores chino cosco Shipping Panamá hizo historia a cámara lenta cuando descendió por las flamantes esclusas de Cocolí para adentrarse en el Pacífico. Ya caía la tarde de un día que amaneció lluvioso cuando el buque hizo tronar la bocina al estrenar la multimillonaria ampliación del canal. Prevista originalmente para el centenario en 2014, la instantánea llegaba con dos años de retraso y un reguero de sobrecostos, huelgas y problemas en la construcción que podrían inflar la factura final hasta casi 5600 millones de dólares, un 10% del PIB y casi el doble de lo previsto.

Aún así, miles de panameños lo recibieron jubilosos agitando banderitas y celulares, esperanzados con una obra por la que de nuevo hipotecaron el bienestar presente por la prosperidad futura. Pero en las tribunas de honor, la escueta asistencia de apenas una docena de los setenta presidentes y jefes de Estado invitados recordaban a propios y extraños que había un elefante en la inauguración. Ese que dos meses antes convirtió —de la noche a la mañana— al país de los Panama Hats en el país de los Panama Papers.

La mayor filtración periodística de la historia ganó por goleada en los titulares a la mayor obra de ingeniería de América Latina del siglo XXI. Ni las toneladas de cemento suficientes para construir dos pirámides, ni el metal para hacer 22 torres Eiffel, ni las compuertas como edificios de 16 plantas pudieron desviar la atención del escándalo que puso en aprietos a presidentes, directores de cine y futbolistas en más de medio centenar de jurisdicciones.

Entre ambos episodios, la selección fue eliminada de la Copa América Centenario tras recibir sendas palizas de Argentina y Chile. El fútbol no sería válvula de escape, opio para el pueblo, ni pan y circo de saldo para masas. El ambiente era propicio para un sonado reclamo popular contra unas elites locales que manejan sospechosas fortunas extranjeras arriesgando por su beneficio la reputación de todo un pueblo. Pero sucedió justo lo contrario.

La publicación de los archivos del bufete Mossack Fonseca, por donde campaban la flor y nata de la política, el arte y el crimen esquivando impuestos y ocultando patrimonios fue asumida como una ofensa patria. Políticos, taxistas, ejecutivos, intelectuales, vendedores

La mayor filtración periodística de la historia ganó por goleada en los titulares a la mayor obra de ingeniería de América Latina del siglo XXI.

callejeros... todos al unísono defendieron a los opacos abogados *off shore* esgrimiendo teorías de la conspiración para explicar el agravio: complot de las naciones ricas para chantajear a su pequeño pero pujante Estado, plan orquestado por la CIA, una *vendetta* en el seno del bufete.

«El negocio *off shore* no representa ni un 1% del PIB. Ponerle el apellido Panamá nos hizo un tremendo daño reputacional y mostró gran incompreensión sobre nuestro país», cree Chapman. «Pero nosotros también perdimos una oportunidad para informar y hacer las cosas mejor».

Panamá bipolar

Obsesionada por su imagen global de centro de negocios cosmopolita y atormentada por su realidad de país en vías de desarrollo, nada sintetiza mejor la bipolaridad en la que está atrapada Panamá que el lema de su escudo de armas: *Pro Mundi Beneficio* ‘para beneficio del mundo’. Esta consigna ha hecho que muchos se pregunten ¿y nosotros, qué?

«Es cierto que en los últimos años se ha conocido a Panamá por noticias no tan positivas», reconoce Julio Dely Valdés, extécnico de la selección y ahora entrenador del segundo equipo malacitano. «A veces el deporte tapa estas cosas, pero en verdad mi país es más que los *papeles*, más que los políticos y más que la clasificación al mundial. Panamá es “tantas cosas bellas”, como dice Rubén Blades en la canción».

El histórico día del estreno del canal ampliado, segundos antes de que COSCO Shipping monopolizara los planos de las televisiones, los fondos de las *selfies* y los aplausos de la concurrencia, un discreto remolcador apareció triunfal en escena. El Cerro Pando maniobró delicadamente para colocar con precisión cirujana al mastodóntico buque chino en la angosta esclusa. Su éxito era pasar desapercibido, como un eco de esa Panamá que no sale en los titulares pero que, al final del día, es la que se remanga para mover al país.

«Sabía del momento histórico, pero nunca imaginé la magnitud», relata el colonense Francisco Modest, capitán del Cerro Pando a sus 39 años, mientras trata de poner palabras a la sensación de miles de pares de ojos pendientes de cada uno de tus movimientos. Como cuando los jugadores saltan al césped. «Y justo cuando se cumplía un sueño de los panameños de inaugurar el canal ampliado, surgen los Panama Papers a la palestra mundial. De todos los nombres que pudieron ponerle, le pusieron el nuestro. Muchos se lo tomaron personal», agrega.

Pero él no podía estar pendiente de esas distracciones. Su misión, que llevó casi en secreto, era demasiado importante. «Nunca pensé que

llegaría a estar en esa posición. Pero ese día me tocó a mí representar a Panamá, como antes lo hicieron otros. Agradezco a Dios todos los días por el honor de servir a mi país y que todo saliera perfecto».

No es la primera vez, ni la última, que los últimos de Panamá le salvan la cara a los primeros. En 1991, mientras la prensa internacional ventilaba las vergüenzas de la narcocoleptocracia de Noriega, Rommel fue galardonado con el primer trofeo EFE al mejor jugador iberoamericano de la Liga Española, premio que luego sería recibido por jugadores como el brasileño Ronaldinho, el argentino Lionel Messi o el portugués Cristiano Ronaldo. «Es un triunfo de todo Panamá», dijo a la prensa, «y un reconocimiento al trabajo de los jugadores modestos».

«Patria son tantas cosas bellas / Son las paredes de un barrio / Es su esperanza morena: / Es lo que lleva en el alma / Todo aquel cuando se aleja», cantaba Blades.

Gol fantasma

El 10 de octubre de 2017, a las 18.53 p.m., el fútbol mostró una vez más que los vericuetos de la justicia poética son inescrutables. Es parte de su enigma. De su grandeza y de sus agravios.

«El balón nunca entró. ¡Fantasma! ¡Fantasma! ¡Es el gol fantasma!», repetía eufórico el narrador televisivo. «¡Más fantasma que ese no hay!», le respondía agitado su compañero.

Cuando ya tenían un pie fuera del mundial, el tanto del empate 1-1 ante Costa Rica ponía a los canaleros camino a la repesca. Pero no hubo tiempo de especular demasiado, porque 34 minutos más tarde el central Román *Mazinger* Torres hizo el definitivo 2-1 con un gol de anotología. El contraataque épico del capitán rubricado con una poderosa estocada al primer toque les dio pase directo y dejó por el camino a Estados Unidos, que había perdido esa tarde contra Trinidad y Tobago.

«Se ha luchado, se ha sufrido y se ha trabajado mucho. Se ha llorado mucho tiempo. Pero, como dice el himno, “alcanzamos por fin la victoria”», recita Dely Valdés, quien no pudo evitar bromear sobre cómo ese gol volvió a avivar el debate sobre el videoarbitraje (VAR, por su sigla en inglés). «A partir de ahora, para mí VAR significa “Vamos A Rusia”».

En Panamá, la euforia. Los jugadores de la selección, montados en un camión del Cuerpo de Bomberos, recorrieron la capital en una kilométrica caravana repleta de música, banderas y júbilo. El país parecía festejar que el fútbol les debía ese no gol. Que esta hazaña no fue casualidad, sino una mezcla de recompensa y oportunidad. Y no les faltan argumentos.

«¿Conoces al fantasma del minuto 85?», pregunta Samaniego, de la Extrema Roja. «Lo llamábamos así porque siempre algo nos pasaba a partir del minuto 85: un penalti, una expulsión, un gol en el último minuto. El 10 de octubre, el sentimiento que se vivió fue de liberación. La gente gritaba, cantaba. Uno lloraba abrazado al que tenía al lado, lo conociera o no. Fue algo indescriptible. Y nos ha unido como país. Nos ha unido. La gente ahora lo vive».

Vista en retrospectiva, la clasificación panameña es casi un milagro. Con su exiguo palmarés, Panamá será la selección «más barata» en Rusia, valorada en unos 10 millones de dólares por el portal especializado *Transfermarkt*. Unas 70 veces menos que Bélgica, la segunda más costosa y con la que el combinado canallero debutará el 18 de junio en el mundial. También será el equipo más veterano, con una edad media de 29,4 años, dos mayor que el promedio y cinco más que Nigeria, la benjamina del torneo.

Pese a los escasos recursos para el deporte base y contar con una liga semiprofesional, Panamá ha sido la cuarta selección que más ha avanzado en la clasificación FIFA desde su creación en 1993 (un alza de 72 puestos hasta el 53 en febrero de 2018) solo superada por Croacia, Ucrania y Cabo Verde. Además, en la última década triplicó su número de *legionarios*, como llaman a los futbolistas que militan en campeonatos extranjeros.

Cuando ahora se habla de las posibilidades de Panamá en el mundial, los comentaristas insisten en que clasificar ya puede considerarse una gesta. Pero no falta quien avise de que ser la cenicienta de este baile los hace peligrosos, evocando míticos episodios mundialistas como el de Camerún en 1990 liderado por Roger Milla. Precisamente fue el incombustible exdelantero africano quien sintetizó en una frase la emoción que estos días electriza a los panameños: «Gracias al fútbol, un país pequeño puede ser grande».

Soliloquio en el istmo

Si bien la selección de Panamá será una de las grandes desconocidas para el aficionado mundialista, el país, definitivamente, no. Las noticias que llegan al mundo desde el istmo a ritmo de *reggaeton* son de lujosas cumbres internacionales y desenfrenos financieros globales. Son obras faraónicas y enormes buques cargados de tesoros con un espectacular *skyline* de fondo que, como los decorados de los *westerns* clásicos, es una magnífica bambalina para una historia de desigualdad, injusticias y olvidos.

Pero el fútbol panameño es justo lo contrario a esa imagen glamurosa que tiene la opinión pública global sobre Panamá. Los rostros de la selección son un catálogo de la idiosincrasia doméstica, desde el negro antillano al blanco europeo, pasando por todos los tonos ocre del *melting pot* indomestizo. Sin estrellas petulantes ni millonarios endiosados, su éxito es fruto de un esfuerzo coral tras una travesía por el desierto con pocos apoyos y muchas decepciones.

Probablemente, la clasificación no tendrá repercusión política inmediata —más allá de algunos oportunistas intentando pescar votos para 2019—, ni un efecto económico duradero —más allá del revulsivo durante la competencia—. Pero se ha convertido en un inesperado diván de introspección colectiva, de reflexión sobre lo que es Panamá y lo que significa ser panameño.

«Hay dos eventos que han marcado un antes y un después en Panamá. El primero fue la recuperación y administración exitosa del Canal cuando había incredulidad, incluso temor, entre muchos panameños sobre si éramos capaces de manejarlo. Y no solo fuimos capaces sino que lo hicimos mejor», opina Chapman. «El segundo pasó con la clasificación al mundial. Lo que muchos pensaban que nunca se podría hacer se hizo, demostrando que las metas que Panamá no puede lograr son, en realidad, obstáculos mentales», agrega.

Divididos por la historia y decepcionados por los políticos, los panameños se han volcado con el fútbol tras encontrar en su selección un clavo ardiendo de genuina identidad nacional al que están dispuestos a aferrarse pese a todos los dolores que promete.

«La pasión que genera el fútbol [...] también es excusa para libranos de la responsabilidad por errores cometidos decidiendo mal en la política. Sigo esperando la caravana y manifestación popular espontánea para sanear al Órgano Judicial», escribió Rubén Blades en su blog después de la clasificación. «Pero vale la pena aprovechar este júbilo comunitario que, aunque entendible, no describe la contradicción de nuestro ser nacional, para reconocer que nuestro país aún puede lograr cumplir sus sueños. A pesar de nosotros mismos, superando nuestros complejos, las dudas sobre nuestra capacidad y desafiando la sensación de mediocridad que nos han creado durante décadas, ¡*ganamos!*», remató el cantautor.

El fútbol panameño es justo lo contrario a esa imagen glamurosa que tiene la opinión pública global sobre Panamá.

Rosas para Panamá

En su primer mundial, más que obsesionarse con lo que quiere mostrar al mundo, Panamá haría bien en escuchar lo que tiene que decirse a sí misma. Y ahí Rommel Fernández, espectador mudo de esta historia, puede ayudar. Porque el fútbol panameño es un poco como él. Que vino de abajo sin padrinos, puliendo su talento con humildad. Que cuando jugaba, no era solo para sí. Que debajo de la camiseta de turno, siempre llevó el mismo escudo. Uno que decía: «Pro Panamá Beneficio». Como los de la selección, sus goles eran los goles de todos.

Es comprensible por qué Rommel fue un héroe para su Panamá. También es fácil entender que en Tenerife lo inmortalizaran en una cerámica, arrodillado, gozando de una de sus tardes de gloria en el estadio Heliodoro Rodríguez. «Con su nobleza, humildad y entrega profesional despertó dormidos sentimientos tinerfeñistas», reza la imagen que, como un mapa de un tesoro, da pistas de dónde acaba esta historia.

Lo que es más difícil de explicar es que Rommel apenas estuvo nueve meses en el Albacete. Jugó 18 partidos y marcó nueve goles. Tan solo vistió la camiseta 1435 minutos, 23,9 horas. Ni siquiera un día completo. Y sin embargo, 25 años después de su muerte, lo siguen recordando. ¿Por qué?

«Rommel fue uno de esos futbolistas de antes, que se identificaban con el pueblo, con la masa social, con nuestra ciudad», explica Miguel Ángel López, uno de los socios fundadores de la peña Curva Rommel, que desde 1998 mantiene su memoria en la misma esquina del Carlos Belmonte donde el Panzer celebraba sus goles en Albacete.

Hoy día, sus 70 socios son el mensaje que dejó en una botella a 8451 kilómetros de Panamá para que generaciones venideras supieran de una época en la que los futbolistas podían ser estrellas pero no productos. Que los goles importan, pero más importan las personas. Que, aun después de que los grandes divos del fútbol de hoy amarilleen en sus álbumes de cromos, habrá un lugar de la Mancha donde seguirán recordando que no es incompatible ser buen jugador y buena gente.

«Nos recuerda que antes el fútbol era pasión y corazón. Ahora es cada vez más un negocio», agrega López. «Con una liga tan pequeña y lo complicado que es lograr que salgan futbolistas panameños, ya han hecho casi lo imposible, que es clasificarse para un mundial. Que disfruten. Él estaría orgulloso».

Ronny Rojas no pudo llorar a su primo cuando murió. Las llamadas, los trámites, la recepción del féretro en el aeropuerto, los traslados, la capilla ardiente, el funeral. Dos días después cayó un diluvio en El Chorrillo. Ronny se fue paseando al cementerio Amador, donde ente-

rraron los restos de Rommel bajo una tumba con forma de campo de fútbol con los nombres de sus equipos —Tenerife, Valencia, Albacete— grabados en la piedra. Durante unas horas lloró en soledad mientras recordó su tiempo con Rommel, «siempre el mismo» después de éxitos y dolores, de decepciones y triunfos. «Fue ahí que comprendí que él se había ido, pero que no estaba muerto. Que su misterio obedece a eso. Siempre estuvo tan arriba y, a la vez, abajo».

Momentos antes de que su Toyota Celica rojo fuego saliera despedido por los aires, la voz de Rommel entonaba a pleno pulmón sus versos favoritos del salsero Ismael Rivera cuando cantaba: «De todas maneras rosas / para quien ya me olvidó / más vale un ramo de rosas / de primavera y color». Y en Albacete rosas le llevan. Todos los 6 de mayo. Sin falta.

Costa Rica ante el espejo relativo de su pequeña gran selección



—» **ÁLVARO MURILLO**
Periodista especializado en cobertura política, con estudios en Relaciones Internacionales y máster en Periodismo del Programa Columbia / Universidad de Barcelona. Escribe en el *Semanario Universidad* y en varios medios internacionales, incluido *El País* de Madrid.

Tal vez no sea anecdótico que la mayoría de ceremonias de cambio de gobierno en Costa Rica se hayan celebrado en el Estadio Nacional de fútbol o que los últimos dos triunfos electorales se hayan festejado en la cancha de fútbol pública del centro de Montes de Oca, el cantón universitario ubicado al costado este de la capital, San José.

Tal vez tampoco sea anecdótico que todos los gobiernos en Costa Rica empiecen un mes antes de cada mundial de fútbol. Como si alguien hubiera pensado en empatar los cuatrienios del calendario



Ilustración: Guillermo Tell Aveledo

planetario de la FIFA y el ciclo gubernamental costarricense desde mitad del siglo XX, cada nuevo presidente sabe que tiene solo un mes de atención plena a partir del 8 de mayo. En la segunda semana de junio, aún en la luna de miel del gobernante, los *ticos* dirigen sus miradas a las pantallas para ver la Copa Mundial y, sobre todo, a su selección nacional, que se ha clasificado a cuatro de los cinco campeonatos de este siglo.

Suelen quedar atrás humeantes las campañas electorales —convertidas en tiempos recientes en batallas existenciales sobre el ser colectivo— y rápido cambiamos el canal porque nos urge sentirnos unidos otra vez, sea con decepciones como las de Japón-Corea 2002 o Alemania 2006, o con desquicios triunfales como el de Brasil 2014. Lo de *unidos* es claramente una aspiración que solemos dar por cierta en este país que se ha *mediodesarrollado* sobre la base de una clase media, sin elites estratosféricas ni grandes cordones de miseria; un país mayoritariamente mestizo, con menos sangre indígena que los vecinos y una autopercepción de *igualíticos* que sirve también para invisibilizar los retazos de desigualdades sociales, étnicas o de género.

El país más feliz de América Latina, con sus índices de bienestar superiores a los promedios regionales y una fama de *pura vida* que eventualmente se cumple en el día a día, ama verse reflejado en el espejo de su selección de fútbol. Es ese estilo de más técnica y poca fuerza, con más chispa que músculo, la razón por la que muchos jugadores cuando salen al exterior descubren su desventaja física, como le pasó al capitán de la Selección, Bryan Ruiz, al llegar a los clubes europeos. Todavía recuerda cuando un entrenador noruego paraba los partidos de práctica para reprenderlo por haber intentado una pirueta con el balón y más bien le cargaba ejercicios de pesas. Es una imagen de país *chiquitico* y *pura vida*, reflexiona el periodista Eduardo Solano, con treinta años de experiencia en cadenas internacionales y actual director de la emisora Columbia Deportiva. «Es quizás uno de los países cuyo carácter mejor se refleja en el estilo del fútbol, para bien o para mal», afirma el comunicador antes de recordar el insulto usual que gritan en otros países centroamericanos contra los jugadores costarricenses: *culero* (homosexual, cobarde).

Sabiéndose lejos de ser una potencia futbolística, pero igualmente por encima de otros países de su área, intenta administrar el foco de éxito relativo y se debate entre el sentimiento de superioridad relativa o la autopercepción de actor *chiquitico* al que otras naciones deberían tratar con más misericordia. La observación empírica indica que a Costa Rica incluso le va mejor en el fútbol cuando los aficionados (quizás tantos como su población) creen que tienen todo perdido y suele fracasar cuando el pronóstico popular es demasiado optimista.

La participación de Costa Rica en Brasil 2014 sirve para explicar mucho de esto, aunque aún cuatro años después hay quienes siguen preguntándose qué (nos) pasó ahí. La *cenicienta tica* venía de partidos preparativos mediocres en vísperas de la Copa Mundial, en la que competía en el llamado *grupo de la muerte* contra tres excampeones mundiales: Uruguay, Italia e Inglaterra. Los pronósticos no podían ser peores dentro y fuera del país, pero los *ticos* se convirtieron en el equipo sensación del campeonato al clasificarse primeros en su grupo y llegar a cuartos de final; una tanda de penales contra Holanda les impidió alcanzar las semifinales, pero la gesta estaba hecha, entendían los hinchas.

Sin aparecer en las listas de favoritas, la Sele acabó convertida en protagonista en Brasil de una manera tan inesperada como Luis Guillermo Solís recién se había convertido en presidente de la República aunque seis meses atrás no lo conocía ni un quinto del electorado. Solís había tomado el poder el 8 de mayo ante enormes expectativas de cambio en la política tradicional, tras vencer al partido más grande e histórico del país. Había cierta ebullición ciudadana que elevaba el ánimo en buena parte de la población, pero solo cinco semanas después el entusiasmo popular se debía a lo que hacían los futbolistas *ticos* en Brasil. Cuando Costa Rica venció en serie de penales a Grecia y pasó a cuartos de final, vimos a Solís llegar a la Fuente de la Hispanidad (una rotonda en el costado este de San José que es como la Cibebes) y sumarse al festejo multitudinario de miles de aficionados. Corriendo y con la camiseta roja de la Sele, el nuevo presidente llegaba a su baño de pueblo y le salía natural.

Ningún otro mandatario tuvo tanta suerte con la coincidencia de calendarios. Costa Rica había participado en Alemania 2006 y Japón-Corea 2002 pero con malos resultados. El Mundial de Sudáfrica 2010 quedó fuera de las manos por solo minutos; en un juego contra Estados Unidos los *ticos* recibieron un gol en el tiempo extra y eso les arrebató el boleto. Tuvo que jugar la repesca contra Uruguay y ya se sabe lo que pasó luego: los uruguayos fueron la sorpresa en tierras africanas al alcanzar el cuarto lugar. El gobierno de Laura Chinchilla en 2010, la primera mujer en presidir este país, comenzó sin el aliciente de una Copa Mundial y aún hoy un ministro de entonces piensa que eso le hizo falta, que un mejor arranque le habría ayudado en la percepción popular.

El único antecedente similar al de Brasil 2014 hay que buscarlo en Italia 90, la primera Copa Mundial que disfrutaron los *ticos* con su

El país más feliz de América Latina, con sus índices de bienestar superiores a los promedios regionales, ama verse reflejado en el espejo de su selección de fútbol.

selección dentro. Un equipo artesanal, sin un solo futbolista con experiencia en clubes extranjeros, derrotó a Escocia y Suecia y, aunque cayó 0-1 contra Brasil, se clasificó a octavos de final contra Checoslovaquia. Los dirigidos por el serbio Velibor *Bora* Milutinovic fueron héroes en todo el mes de julio y el gobierno de Rafael Ángel Calderón también disfrutaba de la miel. El presidente regaló entonces un auto a cada seleccionado y una concesión de taxi que todavía uno de ellos aprovecha en las calles de San José.

Los premios otorgados por Calderón a los futbolistas de ese momento habrían provocado risa en 2014, tratándose de un equipo lleno de jugadores instalados en equipos de Estados Unidos o Europa. Entre ellos estuvo el arquero Keylor Navas antes de convertirse en el portero titular del Real Madrid y llevar al estadio Santiago Bernabéu la muletila *pura vida* de los costarricenses. El portero de rasgos indígenas y fuerte devoción cristiana cumple ya tres años como figura en uno de los clubes de alcance planetario y lo que menos desea es que el Gobierno le ofrezca un permiso para ser taxista. El fútbol *tico* ha cambiado en 24 años, es ya una industria conectada al mundo y sus jugadores aparecen en las nóminas de la *Play Station*, pero el deporte sigue siendo dueño absoluto de las pasiones colectivas en Costa Rica y de la identidad nacional. Lo prueban abundantes escenas de costarricenses acudiendo a las urnas de la elección presidencial del 2018 enfundados en su camiseta de la selección de fútbol, de marca original o falsificada, da igual.

De la campaña al balón

La campaña presidencial del 2018, en la que resultó electo el joven oficialista Carlos Alvarado, alcanzó niveles de hostilidad nunca vistos por las generaciones actuales, con el desgaste de la política tradicional, el ascenso de un movimiento de base evangélica que capitalizaba el conservadurismo mayoritario en la población y una contrarreacción también desde la tradición católica. Estaban en juego elementos de la identidad costarricense y los sentimientos electorales pendulaban entre la esperanza y la angustia. Seis meses de una contienda incierta y cambiante hicieron que muchos costarricenses hubieran deseado que se adelantaran los resultados y en especial el mundial de Rusia 2018. En redes sociales o en conversaciones informales había un anhelo: superar la división de corte político-religiosa con el balotaje del 1.º de abril y pasar en mayo a la supuesta reconciliación con un nuevo gobierno, aunque más garantías conciliatorias ha ofrecido la expectativa por la participación de Costa Rica en la Copa Mundial en Rusia.

Carlos Alvarado, el nuevo presidente, lo entendió bien. Aunque se declara huérfano de club local y los medios lo califican más como rockero y escritor que como hincha o deportista, su discurso suele echar mano al fútbol. Comprende que es un código casi universal para hablar de la importancia del juego en equipo, de la identificación con un objetivo común o de la necesidad de mezclar destrezas y orígenes variados. En un programa de radio contaba que cuando estudiaba en Inglaterra participaba de los partiditos de amigos internacionales (*mejengas*, en jerga costarricense), que él era el portero (sospechamos que por voluntad ajena) y que le pedían que no pasara la bola a un japonés que destacaba por sus pocas virtudes con la pelota. Un día ese japonés metió el gol del triunfo y todos celebraron igual, como si hubiera anotado el compañero italiano. Ahora, *gobierno de unidad* es el concepto que el nuevo gobierno trata de instalar.

El fútbol *tico* ha cambiado, es ya una industria conectada al mundo y sus jugadores aparecen en las nóminas de la Play Station.

El 8 de mayo, con el relevo de poder de Luis Guillermo Solís (tan académico como *mejengero*) a Carlos Alvarado, los costarricenses habrán tenido el calendario en mano con la certeza de que en un mes la discusión pública pondrá sus ojos en Rusia, no en el distrito josefino de Zapote donde está la sede presidencial. La atención se posaría más sobre Óscar *Machillo* Ramírez, el seleccionador actual, conocido por su estilo de juego conservador y su origen campesino, del que no reniega. Después de tener técnicos como Francisco Maturana, Ricardo Lavolpe, Steve Sampson o René Simões, Costa Rica acude a su quinta Copa Mundial de la mano de un exmediocampista virtuoso que de no dirigir desde un banquillo, estaría criando cerdos en su finca. «Es casi una paradoja que refleja el peso ambivalente del campesino en el imaginario costarricense. Cuando pensamos en nuestros orígenes, nadie piensa en indígenas o inmigrantes, sino en el campesino (o el labriego sencillo, como dice el Himno Nacional), pero al mismo tiempo es una figura de la que renegamos y a la que frecuentemente caracterizamos como tonto», explica Carlos Sandoval, doctor en Estudios Culturales y director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, donde publicó un libro llamado *Fuera de juego* sobre los significados del fútbol en la cultura local.

Otro referente será sin duda el arquero Keylor Navas, a quien solemos ver en la televisión santiguándose en los partidos, respondiendo a la prensa siempre con palabras de buen muchacho y sirviendo de eco al simbólico *pura vida*, el país simpático, sin ejército, democrático, ecológico y de buen vivir en mitad de Centroamérica. El portero titular

del Real Madrid (el que viste diferente dentro del club quizás más mercadeado del mundo) resulta ser el *embajador* de mayor exposición de este pequeño país que aún algunos en el mundo siguen considerando una isla del Caribe.

Costa Rica (no «Costa Pobre», como tituló el editor de periódico uruguayo antes de Brasil 2014 sin imaginar cuán hiriente resultaría en un país que no disimula sus vanidades) está geográficamente en mitad de Centroamérica, pero en la cartografía del fútbol se siente diferente. Su selección está 25.^a en el *ranking* de FIFA, solo superada en su área por Estados Unidos y México, los otros dos frecuentes en Copa Mundial de la región Concacaf, que incluye a centroamericanos, caribeños y norteamericanos. «Estamos para vernos las caras con Uruguay», coinciden tres entrenadores que prefieren no dar sus nombres para que no los tilden de *arribistas*.

Se basan en el historial reciente entre las selecciones de dos países que, encima, se parecen más allá de la pelota. Países pequeños ambos, con menos de 5 millones de habitantes, estables en lo político y estándares sociales similares, Costa Rica y Uruguay tienen historias frescas. Aunque el kilometraje futbolístico costarricense es incomparable con la vastedad del uruguayo, en la retina de los costarricenses habitan dos partidos que dejaron huella en los ticos. El primero de ellos, el repechaje de noviembre 2009, al que ticos llegaron todavía lamentándose del tiquete que se escapó por segundos en un juego anterior en Washington ante Estados Unidos. Las esperanzas eran pocas, pero la selección *tica* jugó con pocos complejos y por poco arrebató a Uruguay el boleto a Sudáfrica.

En un golpe de realidad, Costa Rica recordaba que su liga local es de poco dinero, con jugadores formados a veces en escuelas de fútbol y otras veces en las calles o en la cancha pública que en muchos pueblos se mantiene frente al templo católico. Son los puntos de reunión, aunque cada vez más cercan las canchas con malla y candado, como una expresión de la reducción de espacios públicos, apunta el sociólogo y futbolero Carlos Vargas, máster en Cultura y Desarrollo por la Universidad Nacional.

Aun así, *campo de fútbol + templo católico* sigue siendo la escena de postal de los centros rurales en este país que tiene nombre costero pero que prefiere mirar hacia las montañas. Los cuatro clubes principales (Saprissa, Alajuelense, Herediano y Cartago, todos del Valle Central) se reparten la mayoría de la afición y suelen ser factores de la identidad. Aún se recuerdan unas calcomanías que llevaban los autos hace algunos años con la bandera del equipo de fútbol y de uno de los dos par-

tidos políticos tradicionales. Ahora está desteñida la filiación política por el cambio generacional, pero no la identificación futbolera.

Es casi un monopolio deportivo. El único deporte capaz de mover a Costa Rica es el fútbol, aunque los jugadores deban buscar salarios altos en Guatemala, México, Estados Unidos, ligas de menor categoría en Europa y más recientemente en Asia. La prensa local los llama *legionarios* y siempre está pendiente de la imagen que dan en el mundo. Costa Rica, país de escasas materias primas y un sector agrícola estancado en el tiempo, vive en buena medida de su imagen para atraer turismo (casi dos visitantes anuales por cada cinco pobladores), inversión extranjera y socios para el comercio internacional propio de una economía abierta. Y para ello también importa el buen nombre que puede dejar el fútbol. «Ver a un jugador como Celso Borges que habla varios idiomas públicamente nos hace ver como una población educada y preparada en otros campos», celebraba en 2014 ante la prensa Mónica Segnini, entonces presidenta de la Cámara de Exportadores de Costa Rica.

Los *ticos* se convirtieron en el equipo sensación de Brasil 2014 al clasificarse primeros en su grupo y llegar a cuartos de final.

Un espejo a medias

A la imagen de país educado, ecológico, pacífico y democrático se le suman ahora las escenas festivas de Brasil 2014 que comenzaron el 14 de junio en Recife con el partido ante Uruguay... de nuevo Uruguay. La rivalidad empezaba a tomar un cariz especial para los *ticos*, que prefieren compararse en fútbol con países de fuera de Centroamérica pero tampoco caen en la tentación de considerarse una potencia regional. A esa Copa Mundial llegaban disminuidos por los juegos preparatorios y la noticia de la lesión de su principal goleador y de un chico lateral que jugaba en la Premier League inglesa. El seleccionador, el colombiano Jorge Luis Pinto, aparecía mencionado en Twitter con la etiqueta #FueraPinto y los análisis internacionales no dejaban de poner énfasis en los tres rivales: el grupo de la muerte («Diego Armando Maradona: “yo siendo costarricense me tengo que pegar un tiro”»). Las críticas a la selección eran recibidas como críticas al país. «Nosotros tenemos derecho a ser pesimistas, pero no tenemos por qué soportar que se rían de nosotros», me decía enojado un editor jefe del diario donde trabajaba en ese momento.

El político y escritor Alberto Cañas murió en San José justo durante ese partido. El delantero Joel Campbell acababa de anotar el 1-1 cuando se conoció el fallecimiento de Cañas, una figura nacional de la elite intelectual que solía lamentarse del ascenso de poder político de la *gradería de sol*, como metáfora del populacho inspirada en los que aún vamos a los estadios de fútbol. Aún así, él había hecho encargar una pizza para ver el partido en casa y participar de la reunión virtual de alcance nacional.

Unos criticábamos y otros celebraban el empate 1-1 como una victoria relativa. Cada uno oraba, sufría o ansiaba vestido con una camiseta igual a la que llevaban los jugadores *ticos* y que a muchos serviría después para mostrarse patrióticos en la fiesta nacional del Día de la Independencia, el 15 de septiembre. El deseo de triunfo era obvio, pero Costa Rica sabía que había más cosas en juego. Quizás por eso los reportes de la prensa internacional mencionaban la sencillez del equipo, el espíritu colectivo, el buen liderazgo de Navas y el nivel educativo de los futbolistas.

La prensa local reprodujo una columna del periodista español Diego Torres publicada en *El País* de Madrid con el título «La fuerza de la educación», en la que hablaba justamente de asuntos más allá de la pelota. El reportero había entrevistado al mediocampista Celso Borges y lo consideraba el cerebro del equipo. De corrido le atribuía una cita de colección:

Claro que la educación nos ayuda [...] Los futbolistas necesitamos que la información que recibimos y trasladamos sea eficaz. Mientras más estudias, más aprendes a analizar las cosas, a entender funcionamientos e instrucciones. En nuestra selección hay tan buen entendimiento en el campo porque hay gente que es muy cognitiva. Gente siempre muy alerta. Dispuesta a aprender. El estudio nos ayuda a interiorizar la táctica.

Costa Rica tiene uno de los mejores sistemas de educación de América Latina, con una amplia red de escuelas y colegios públicos. El Programa para la Evaluación Internacional de los Estudiantes (PISA, por sus siglas en inglés) colocaba a Costa Rica en segundo lugar en el continente, según datos de 2009. «Si de fútbol se tratara, estaríamos en la final de la Copa América —con empate técnico ante Chile— pero aún lejos de poder competir de igual a igual con las grandes potencias del mundo», comparó Leonardo Garnier, ministro de Educación en 2012.

Eso importaba durante Brasil 2014, después de que Costa Rica venció a Uruguay 3-1. La primera anotación fue del hábil delantero Joel

Campbell, negro como el 1% de la población. La segunda, de Óscar Duarte, un defensor nacido en Nicaragua y traído a Costa Rica por su madre, como tantos inmigrantes de su país, el 9% de los extranjeros residentes en suelo costarricense. La tercera, de un delantero menudo criado en la zona rural de San José que para entonces jugaba en la liga rusa.

La figura, sin embargo, seguía siendo el portero Navas. Su rostro de piel morena y rasgos indígenas heredados de sus antepasados borucas (indígenas del sur del país) acompañaba a muchas noticias en el mundo. De él alababan su liderazgo y la devoción cristiana, que se manifestaba con cada jugada de peligro, como una muestra de la alta religiosidad de una población en su mayoría católica junto con un fuerte crecimiento de protestantes neopentecostales, como se reflejaría en las elecciones del 2018.

La composición del equipo nacional reflejaba en Brasil buena parte de los rasgos de la sociedad. Un tercio de los jugadores eran también padres y una proporción igual se criaron sin un papá a la mano, como ocurre en la población. Venían de las siete provincias del país y de distintas posiciones sociales. Aunque varios representaban a las clases populares, Celso Borges llevaba la bandera de los mejor educados, egresado de una escuela privada y bilingüe adonde van los hijos de la clase media alta. Su padre, Alexandre Borges Guimaraes, nacido en Brasil, había sido el mediocampista que en Italia 90 había dado el pase para el gol de la clasificación a la ronda siguiente. 24 años después, el hijo Celso llegaría más lejos, en una Copa Mundial celebrada en la tierra de sus antepasados.

Como Celso y Duarte, el mediocampista Bryan Ruiz también es hijo de extranjero. Aunque no creció junto a su papá cubano, sus raíces sumaban variedad a la mezcla de la selección en Brasil y lo hará también en Rusia, porque el equipo apenas ha cambiado. La mayor variante es quizás la incorporación de un enorme defensor llamado Kendall Waston, de 1,96 de estatura, quien el 7 de octubre de 2017 anotó ante Honduras un gol agónico con el cual Costa Rica selló su paso al campeonato mundial en Rusia. El partido contra el vecino centroamericano se había complicado mucho y la orden de Machillo Ramírez para *el gigante* fue abandonar la defensa y subir a buscar el gol por estatura. Así ocurrió en el último minuto. De nuevo Costa Rica festejaba un pase mundialista, aunque a nadie le agradaba que tanto hubiera costado contra los hondureños. Una vez más se hacía evidente el dilema de superioridad regional. Hacía tres días había comenzado formalmente

El único deporte capaz de mover a Costa Rica es el fútbol.

la campaña electoral y las camisetas rojas iban a ser muy útiles para quienes preferían evitar la divisa política, tan venida a menos.

Pasarían los seis meses de la campaña electoral impregnada de religión y de la supuesta defensa de los valores tradicionales costarricenses. Los partidos históricos quedaron fuera de la segunda ronda y el país se polarizó entre el candidato de un pequeño partido evangélico, Fabricio Alvarado, y el oficialista progresista Carlos Alvarado. Una encuesta de la Universidad de Costa Rica indicaba que entre los seguidores del primero había esperanza, y en los del segundo, angustia, por el ascenso de una opción que consideraban fundamentalista en lo religioso e improvisado en sus planes de gobierno. Ambos, representantes de una nueva generación política, apelaron a un mensaje de unidad nacional mientras el pequeño país se partía aparentemente en dos por criterios preponderantemente religiosos. Estaba en juego la esencia y la identidad costarricense como quizás no lo habían experimentado antes las generaciones actuales.

Urgía que acabara la contienda electoral. Los grupos de WhatsApp y las plataformas digitales abiertas mostraban mensajes hostiles contra *panderetas* (forma despectiva de llamar a los feligreses) y *ateos abortistas*, contra las *clases ignorantes* (personas de menor educación que apoyaban al evangélico) y los *petulantes intelectuales*, los *dinosaurios* (retrógrados) y los *playos* (homosexuales), los que polarizaban y los que creían ser conciliadores. Urgía que acabara la campaña el 1.º de abril y bajarle decibeles al jaleo. La regla popular indica que conviene nunca discutir de política, religión o fútbol, pero es precisamente de lo que más se discute. Bienvenido sería el tono cordial del candidato ganador y del perdedor, pero parece difícil para el gobierno entrante disipar la humarada. Se verá cuánto ayuda ver rodar la pelota en Rusia y sentir que, de nuevo, *vamos* a deprimirnos o enaltecernos, pero aparentemente juntos.

México en las Copas Mundiales de 1970 y 1986

O la FIFA devorando el balón



—» **JUAN CARLOS GORDILLO PÉREZ**

Ciudad de México (1977).

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Salamanca, España. Maestro en traducción (alemán-español) por la Universidad de Sevilla. Ex editor y redactor del Centro Alemán de Información para Latinoamérica y España.

México ha organizado dos campeonatos mundiales de fútbol y participará en una candidatura conjunta para el Mundial 2026. Con esa trayectoria histórica de trasfondo permítaseme presentar dos analogías, la primera de las cuales es sencilla: en el siguiente despliegue de imágenes la cancha será el mundial, la Liga Mexicana de Fútbol será el equipo anfitrión y la FIFA el equipo oponente. La segunda de las analogías podría ser considerada como el ambiente que se respira en las gradas, los cánticos de la hinchada, y una idea que avalan los más de 265 millones de personas que lo practican en todo el mundo (según los datos más recientes de la FIFA): el fútbol es el más democrático de los deportes.

Con esta idea de fondo se formuló en mi cabeza la cuestión siguiente: si la democracia nace con

los hombres, ¿qué había antes (o después) de que estos existieran? Los dioses, claro, y con ellos la trágica interacción con los humanos.

Y todavía más, ¿hasta dónde me puede llevar la idea de que los hombres juegan al fútbol, mientras que los dioses *tragican* con la pelota? Y los dioses, en esta escenificación en cinco actos, son esa «imagen fantástica del ser sobrenatural todopoderoso, que supuestamente creó el mundo y lo gobierna» (*Diccionario...*, 1984, p. 121). Esto es la FIFA, que son las federaciones, que son los clubes, que son los directores ejecutivos (de apellidos Blatter, Grondona, Villar, Warner, Blazer) con sus ávidos intereses económicos.

Calentamiento

Prueben imaginarse practicando los más variados deportes que conozcan. La gran mayoría de ellos requieren condiciones especiales para llevarse a cabo, mientras que el fútbol se basta con una pelota y con un llano para divertirse. ¿Quién no ha jugado al fútbol en la calle?

Digamos, entonces, que el fútbol es una práctica democrática, una práctica en la que cualquiera, con solo su entusiasmo y ganas de divertirse, puede participar. El fútbol sería al deporte lo que el ágora griega era para la *demo-kratos* griega: un espacio para que la ciudadanía ejerciera su poder. Digamos, en conclusión, que el fútbol es un fenómeno profundamente democrático.

Y si es un fenómeno que convoca al pueblo, habrá enfrentamientos y rivalidad pero, sobre todo, habrá juego. Es decir, un juego que es un aprendizaje. Fue entre los hombres que la democracia y el fútbol des-puntaron en el horizonte.

En cambio, los dioses no juegan; los dioses mandan. Y la ley de los dioses es el capricho, la *naturalidad* del poder, el uso de la fuerza en cualquiera de sus manifestaciones. Los dioses imponen su dominio sobre los demás; el suyo es un lenguaje de dominación. Por eso, los dioses no entienden la *polis*, se ausentaron de esta cuando esta nacía, porque no sabían jugar.

Pero cuando están aquí, cuando interactúan con los humanos, se impone la tragedia. Los seres humanos en manos de los dioses son instrumentos de su manía, son elementos de su antojo. Se acabó el juego, solo quedan las cosas. *Tragican* con sus vidas, acaso hasta devorarlas.

En un imaginario encuentro entre los hombres y los dioses, en el que mientras los primeros se divierten jugando al fútbol y los segundos se pelean por el balón, ¿quién se lleva la copa?



Ilustración: Guillermo Tell Aveledo

Mientras los seres humanos practican eso que se llama fútbol todos ganan, la *polis* gana, se ejercita el ser humano en su *zon-politikon* y se aprende a convivir. Cuando los dioses, envidiosos, interactúan con los humanos y se arrebatan el balón pensando que eso es jugar, la *polis* pierde, la política se diluye, se dejan las decisiones en las absolutistas manos de los dioses. El ser humano deja de ser jugador y se convierte en un fichaje.

Primer tiempo

La Copa Mundial de Fútbol México 1970 marcó la novena edición de una competición creada, auspiciada y organizada por la FIFA. ¿Cómo llegaban los contrincantes a la cita mundialista?

La FIFA se fundó el 21 de mayo de 1904, en la ciudad de París. Años después, con un reglamento internacional ya establecido y con un creciente número de seguidores, la FIFA creyó necesario tener una competición de carácter global de la cual, incluso si era el caso, obtener ciertas ganancias económicas. El primer Mundial de Fútbol de la historia, otorgado a Uruguay, así lo indica:

[...] la Asociación Uruguaya de Fútbol se comprometía a correr con todos los gastos, como la travesía y el alojamiento de todos los participantes. Además repartirían [entre los miembros asociados a la FIFA] los posibles beneficios, mientras que, en caso de déficit, Uruguay asumiría las pérdidas. («Planeando...», s. f.)

El primer equipo mexicano de fútbol del que se tiene registro (circa 1890) fue el de la Compañía Minera Real del Monte y Pachuca. En 1898 nace la Liga Amateur de Football Association, creada por Percy C. Clifford, y no sería hasta los albores de 1900 que de aquella primera liga amateur se escindirían dos ligas distintas: la Liga Mexicana de Fútbol (1902) y la Liga Nacional (1919). Solo hasta 1927, de la unión de ambas ligas originales, nacería la Federación Mexicana de Football (FMF). De inmediato la FMF se afiliaría a la joven FIFA para legitimarse a nivel internacional.

En 1943, cuando las secretarías de Gobernación y de Hacienda presionaron a la FMF para que esta estableciera contratos laborales, definiera permisos de trabajo para un creciente número de jugadores provenientes del extranjero y cumpliera sus obligaciones fiscales, es que se registra como profesión la figura del *jugador de fútbol*.

A escala internacional, en su primera etapa, el fútbol mexicano no puede reclamar gloria alguna. Tuvo, eso sí, el honor de inaugurar la historia de los mundiales disputando el partido inicial en el Mundial de Uruguay de 1930.

Intermedio

El mundial de 1970 marcaría un cambio de época. Las glorias de Pelé y Beckenbauer serán, por primera vez (y para siempre), unas glorias televisadas. Aquel mundial se transmitió a todo el mundo por tv. El reconocido periodista y cronista deportivo mexicano Heriberto Murrieta (2016) recuerda que:

El fútbol en los años setenta naturalmente era un negocio, pero no la gigantesca industria de la actualidad. Los uniformes no portaban marcas comerciales y en las camisetas lucían, grandes y solitarios, los escudos de los equipos.

Esto es, el Mundial de México no solo fue el primero en transmitirse por televisión a todo el mundo, también fue el primero en el que cobraría realidad la figura del *patrocinador oficial*. La marca deportiva alemana Adidas proveyó en 1970 el Telstar, el primer balón diseñado exclusivamente para la cita mundialista. Desde entonces, y hasta 2030, Adidas tiene la exclusividad de esta tarea —y los claros beneficios que ello le aporta—.

El fútbol sería al deporte lo que el ágora griega era para la *demo-kratos* griega: un espacio para que la ciudadanía ejerciera su poder. [...] el fútbol es un fenómeno profundamente democrático.

Segundo tiempo

Entre el primer y el segundo mundial que albergaría México transcurrieron apenas 16 años. Este país ni siquiera había sido elegido para ser sede de la Copa Mundial de Fútbol 1986. Lo había sido Colombia, pero en 1982 renunció a la candidatura porque no pudo cumplir con el *cuaderno de cargos* que exigía la FIFA. ¿Qué contenía ese cuadernillo que forzó una decisión tan drástica? Andrés Ospina (8.6.2010) escribió un artículo a propósito de las demandas allí contenidas:

Aunque Joao Havelange, máximo directivo de la FIFA, seguía dando crédito a la promesa de Senior [Alfonso Senior comandó la iniciativa para llevar el mundial a Colombia y formó parte del Comité de la

FIFA entre 1970 y 1986], el alemán Herman Neuberger, vicepresidente de la entidad... decidió blindarse, redactando un listado de requerimientos necesarios para que Colombia fuera ratificada como sede.

Entre tales solicitudes se encontraban:

- 12 estadios con capacidad mínima para 40.000 espectadores [...]
- Congelamiento de tarifas hoteleras a partir del primer día de 1986 para los honorables dignatarios de la Federación Internacional de Fútbol Asociado [...]
- La emisión de un decreto que legalizara la libre circulación de divisas internacionales en el país [...]
- Una robusta flota de limusinas a disposición de los directivos de la entidad [...]
- Aeropuertos con capacidad para el aterrizaje de aviones tipo *jet* en todas las sedes [...]

No es posible entrar a valorar este episodio en profundidad pero quiero dejar aquí escrita la frase que Belisario Betancur Cuartas, presidente colombiano en aquella época, expresaría para justificar la no organización del mundial: «No se cumplió la regla de oro según la cual el mundial debía servir a Colombia, y no Colombia a la multinacional del mundial».

En 1974 Joao Havelange se había convertido en presidente de la FIFA y en la página de la organización se señala dicha sucesión como un cambio de época:

La entrada de Havelange en la sede de la FIFA en Zúrich supuso el nacimiento de una nueva era. En épocas anteriores, dependiendo únicamente de los ingresos de la Copa Mundial, la FIFA había tenido que ser muy conservadora [económicamente hablando]. En muy poco tiempo, el Dr. Havelange transformó una institución puramente administrativa en una empresa dinámica con muchas ideas y el deseo de ponerlas en práctica. («Una nueva era», s. f.)

El entusiasmo de Havelange es patente, ya que para el Mundial de 1982 había incrementado el número de países participantes de 16 a 24 equipos y para el Mundial de Francia 98 los equipos sumarían 32. El dinamismo *futbolístico* daría paso al abierto interés económico:

Durante los últimos 25 años, la FIFA ha conseguido extender su campo de influencia a todo el mundo, no solo en el ámbito deportivo, sino también en otros sectores de nuestra sociedad, como el comercial

y el político [...], el fútbol se ha convertido en una de las más flamantes industrias del ocio, abriendo nuevos mercados en el mundo [...] para la FIFA [...]. («Globalización», s. f.)

De 1970 a 1986 México ve pasar a tres presidentes del Partido Revolucionario Institucional, al mismo tiempo que vive la primera de sus crisis económicas. Mediados los años setenta el desarrollo estabilizador mexicano llegaba a su fin y, aunque la tendencia se mantiene, el paisaje económico y político luce cada vez más amenazador.

Un rasgo del priismo de la primera hornada será el establecimiento y mantenimiento de un equilibrio de poderes con diversos grupos en el país. Cuando este equilibrio comienza a fisurarse, el PRI de esa época (de Ordaz a Miguel de la Madrid) busca mantenerlo en pie estableciendo alianzas con otros actores nacientes. La crisis del periódico *Excélsior* es sintomática de este traspaso que, curiosamente, tendría serios efectos sobre el fútbol mexicano.

El *Excélsior* es uno de los diarios de la capital mexicana más antiguos (nació en 1917) y vivió un momento importante en su trayectoria cuando llegó a la dirección editorial Julio Scherer, pues el periódico se había desarrollado bajo un esquema cooperativista desde muy temprano. Con este periodista el diario vivió una importante renovación, a la vez que mantuvo lo que Carlos Ramírez (7.7.2016) denomina como una *crítica* (del poder) *administrada*. Si bien el poder presidencial mexicano era absoluto no era ni sería totalitario y quizás una de las características más destacadas de su «perfección» haya sido precisamente la gestión y administración de equilibrios:

De Manuel Ávila Camacho a Luis Echeverría el sistema de comunicación periodística se basó en el control administrado de los espacios. No era nada nuevo. [...] El periodismo siempre fue subsidiario: subsidiaba la administración del autoritarismo absoluto y lo hacía también la ausencia de ciudadanía [...].

La prensa escrita dependía de la publicidad oficial, el papel subsidiado por el gobierno y las redes de distribución (los voceadores eran entonces el gremio corporativo priista que controlaba la circulación del material impreso). El gobierno aceptaba la prensa pero acotaba sus funciones: crítica administrada, oposición leal y juego sistémico. Los espacios críticos le convenían al gobierno para sustentar su discurso democrático [...]. (p. 39)

Mientras los seres humanos practican eso que se llama fútbol todos ganan, la polis gana, se ejercita el ser humano en su *zon-politikon* y se aprende a convivir.

En este contexto que tiene lugar la crisis del periódico *Excélsior*. Para 1971 Scherer se encuentra en una posición delicada, ha elegido el ejercicio de una crítica contradictoria desde su tribuna, mantiene recato y obediencia ante la figura presidencial, al mismo tiempo que da un espacio a intelectuales críticos con el gobierno de Luis Echeverría. Este, aprovechando la tensión existente entre la cooperativa y Scherer, influyó sobre la primera para que, en una asamblea general, le retiraran la dirección al periodista y se mantuviera a raya un diario que iba molestando cada vez más al priista. Así:

Si se atiende la lógica del poder del presidencialismo absolutista, a Echeverría y al sistema no les convenía aplastar a *Excélsior* sino redocumentar las relaciones de poder: Echeverría iba de salida, la especulación y el miedo enfilaban al país a una devaluación y a una ruptura del sistema con los empresarios. La campaña gubernamental contra *Excélsior* comenzó con la ocupación de los terrenos de Paseos de Taxqueña [...] siguió con el uso de los espacios de Televisa [...] y concluyó con la asamblea del 8 de julio. (p. 40)

En 1973, en el gobierno de Luis Echeverría, se funda Televisa. La expansión y el poderío de esta televisora está ligado, ineluctablemente, a su alianza con el partido en el poder. Uno de sus directivos, Miguel Alemán Velasco, sería en los años setenta vicepresidente de Televisa al mismo tiempo que director de relaciones públicas del PRI y director de medios de la Presidencia de la República.

En todo caso, dicho episodio tiene importancia aquí porque durante los años que van de 1970 en adelante, el fútbol nacional mexicano habrá de desarrollarse en paralelo a la televisora mexicana. Actualmente, según datos de la sección deportiva de la revista digital *Vice* (Pérez, 12.1.2016),

[...] de los 274 partidos regulares de temporada que se transmitirán entre la Liga MX y Ascenso MX para el Torneo de Clausura 2016, la mayoría va por Televisa. Tener el control del 56,9% de los encuentros del fútbol mexicano le permite tener el mayor espectro para vender publicidad a nivel local y regional. Del total, al menos 156 van por canales de la televisión (TV abierta, TDN y Sky).

Silbatazo final

Mucho se ha escrito sobre el fútbol y es este uno de sus efectos más interesantes. Entre la ingente cantidad de libros que abordan este fenómeno destaco a *Soccernomics*, del periodista Simon Kuper y el economista Stefan Szymanski (2014). En su reedición conmemorativa para el Mundial de Brasil 2014, ambos autores abordan una idea controvertida: el fútbol, los clubes de fútbol para ser precisos, no son un negocio. Citan diversos datos y anécdotas pero aquí solo cabe el que refieren en la página 50 de su libro:

Para decirlo claramente: el analista financiero finlandés Matias Möttöli calcula que, en términos de ingresos, el Real Madrid sería apenas la 120.^a compañía más grande de Finlandia.

Otorguémosles el beneficio de la duda y aceptemos que el fútbol no es un negocio. Pero si no es tal, ¿qué es? Y aquí establecen una idea interesante: un club de fútbol (el fútbol *como industria*, FIFA *dixit*) es una «democracia populista» (p. 23). Esta idea me recordó la entrevista que le hicieran al escritor y cronista mexicano Juan Villoro en la revista deportiva argentina *El Gráfico*. Allí el autor de *Dios es redondo* se permite la siguiente reflexión:

Las democracias modernas han permitido «zonas francas» para ejercer la corrupción. Una de ellas es el deporte organizado. En países donde sería un escándalo que alguien se reeligiera durante muchos años, el presidente de la FIFA [...] puede durar varias décadas en el cargo. Además se permite una total opacidad fiscal [...]. Si quienes gobiernan el fútbol se desentienden de la ética, ¿por qué habrían de observarla en las tribunas? La violencia del fútbol comienza en los palcos y se hace visible en las gradas. («Juan Villoro...», 6.2.2016)

Volviendo a Kuper y Szymanski, es probable que para ellos el término *populista* no tenga el mismo significado que en México y, sin embargo, las decisiones financieramente irracionales que tienen lugar en el fútbol —los fichajes estratosféricos de jugadores por encima del rendimiento; las deudas millonarias que acumulan muchos clubes en todo el mundo; el cinismo en el dispendio, según el cual no importan cuánto ni cómo se gaste el dinero, los clubes siempre serán salvados; o el hecho constatado de que el fútbol tal vez no sea un negocio para sí

Las decisiones financieramente irracionales que tienen lugar en el fútbol, [...] este opaco actuar de las democracias populistas, me parece casi hermano de las «zonas francas» de las que habla Villoro para referirse a la FIFA y sus adláteres.

mismo, pero es una mina de oro para otros (patrocinadores, televisoras, directivos de federaciones)—, este opaco actuar de las «democracias populistas», me parece casi hermano de las «zonas francas» de las que habla Villoro para referirse a la FIFA y sus adláteres.

¿Todavía recuerdan la frase del presidente colombiano, Betancur, a propósito del Mundial Colombia 1986? Por si la habían olvidado aquí la escribo otra vez:

No se cumplió la regla de oro según la cual el mundial debía servir a Colombia, y no Colombia a la multinacional del mundial.

Referencias bibliográficas

Diccionario de Filosofía (1984). Moscú: Progreso.

«Globalización» (s. f.). FIFA, <<http://es.fifa.com/about-fifa/who-we-are/history/globalisation.html>>.

«Juan Villoro, Dios es redondo» (6.2.2016). *El Gráfico*, <<http://www.elgrafico.com.ar/2016/02/06/C-8977-juan-villoro-dios-es-redondo.php>>.

KUPER, Simon, y SZYMANSKI, Stefan (2014). *Soccernomics*. Nueva York: Nation Books.

MURRIETA, Heriberto (2016). *La década inolvidable: El fútbol mexicano en los años setenta*. México: Murrieta Cantú editor.

OSPINA, Andrés (8.6.2010). «La triste y vergonzosa historia del Mundial Colombia 1986», en «El blogotazo», *El Tiempo*, <<http://blogs.eltiempo.com/el-blogotazo/2010/06/08/la-triste-y-vergonzosa-historia-del-mundial-colombia-86>>.

PÉREZ, Iván (12.1.2016). «Sí, Televisa tiene el control del fútbol», *Vice Sports*, <https://sports.vice.com/es_mx/article/qk7mdx/si-televisa-tiene-el-control-del-futbol>.

«Planeando la primera Copa Mundial de la FIFA» (s. f.). FIFA, <<http://es.fifa.com/about-fifa/who-we-are/history/index.html>>.

RAMÍREZ, Carlos (7.7.2016). «La vigencia de la crisis del Excélsior», *Letras Libres*, pp. 38-40, <<http://www.letraslibres.com/sites/default/files/files6/files/convivio-ramirez-mex.pdf>>.

«Una nueva era» (s. f.). FIFA, <<http://es.fifa.com/about-fifa/who-we-are/history/new-era.html>>.

La plata dulce. Corrupción y fútbol en América Latina



—» **MARC KOCH**

Periodista y autor. Reside en Wiesbaden, Alemania. Trabaja para la televisión y la radio de la cadena pública alemana ARD y escribe para varias revistas. Fue corresponsal en América Latina, España y Francia.

En diciembre de 2017, el diario argentino *Clarín* publicó una foto («Una foto...», 22.12.2017). Fue grabada en 2012 durante un congreso de la Confederación Sudamericana de Fútbol, Conmebol, en Buenos Aires, y muestra a quince hombres, mayoritariamente de edad avanzada, todos vistos de traje. La primera fila se encuentra sentada y la fila detrás de pie, en alusión a las fotos habituales de los equipos de fútbol. Pero estos hombres no son futbolistas, son funcionarios. Son los diez jefes de las asociaciones nacionales de fútbol sudamericanas y algunos altos funcionarios. En el borde de la imagen alguien anotó a mano y con tinta azul los

nombres de las personas y cifras correspondientes: los números van desde 12,2 a 2,2. Representan millones de dólares estadounidenses. Son sobornos que se supone que los funcionarios embolsaron entre 2010 y 2016.

En la parte superior de la lista se encuentra Julio Grondona, el difunto expresidente de la Asociación de Fútbol Argentina, AFA, de quien se dice que cobraba USD 12,2 millones de coimas. En el otro extremo de la lista también se encuentra un argentino: José Luis Meiszner, expresidente de Quilmes AC, club de la primera división y ex secretario general de la Conmebol. Se dice que Meiszner recibió USD 2,2 millones, una pequeña luz mala en el pantano corrupto del fútbol sudamericano. Solo uno de esos quince hombres aparentemente ha desafiado con éxito todos los intentos de corrupción: es Sebastián Bauzá, hasta 2014 presidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol. La investigación en su contra fue suspendida en 2017 («Una foto...», 22.12.2017).

La foto de los funcionarios sirvió como prueba número 100 en un juicio espectacular en Nueva York, que terminó por mandar a prisión al expresidente de la Conmebol, el paraguayo Juan Ángel Napout, y al exjefe de la Confederación Brasileña de Fútbol, José María Marín, por formar una organización criminal, por fraude bancario y por lavado de dinero («FIFagate...», 22.12.2017). Fueron las primeras sentencias de una investigación preliminar, hoy día bien conocida como *FIFagate*, que empezó en 2015 con el arresto de altos funcionarios de la asociación mundial del fútbol FIFA en Zúrich y cuyo final está lejos de terminar. Se trata, en todos los casos, de corrupción en la adjudicación de torneos, contratos de equipos deportivos y derechos de transmisión de televisión. Y muchas pistas conducen a América Latina. En ninguna parte del mundo el fútbol es tan corrupto como en este continente.

Incluso el mayor escándalo de corrupción en la historia del deporte comienza en América Latina: la empresa de marketing suiza, International Sports and Leisure (ISL), adquirió en los años ochenta y noventa los derechos de emisión de los eventos deportivos de las asociaciones deportivas y los trasladó a emisoras de televisión, patrocinadores y comercializadores. Entre sus clientes estaban las asociaciones mundiales de atletismo, de natación y de tenis, así como el Comité Olímpico Internacional y la FIFA. Antes de ir a la quiebra en 2001, la ISL pagó USD 182 millones en sobornos a funcionarios deportivos. Uno de los principales beneficiarios fue el brasileño João Havelange, funcionario deportivo y, entre otras cosas, desde 1974 hasta 1998 presidente de la FIFA, quien cobró junto con su yerno más de USD 20 millones («Korruption...»,



Ilustración: Daniel Supervielle

24.6.2013, p. 13). Este abogado había establecido durante su mandato un sistema de beneficios, que internamente se llamaba *cadena alimentaria* («Havelange, Joao», 13.5.2017). Sus agentes indirectos en Brasil eran los llamados *cartolas* ('cilindros'), funcionarios dependientes y por lo tanto leales, cuya influencia se extendía profundamente hasta los clubes nacionales del continente. La propia familia de Havelange se beneficiaba del extenso sistema: su nieta Joana trabajó en el comité organizador de la Copa Mundial 2014 y ganó USD 50.000 al mes.

Aunque las acusaciones contra João Havelange habían sido documentadas en miles de páginas, el *patriarca* y su familia siempre negaron haber sido sobornados. Al contrario: Havelange, que murió en 2016 a la edad de 100 años, se jactó de haber profesionalizado el fútbol y de haber hecho grande a la FIFA:

Cuando llegué a la sede de la FIFA en Zúrich, encontré una casa vieja y algo de dinero en un cajón. Cuando renuncié a mi puesto, 24 años después, la FIFA tenía más de USD 4000 millones en contratos y activos. («Havelange, Joao», 13.5.2017)

Havelange finalmente reinaba sobre más asociaciones nacionales del fútbol que miembros hay en la ONU. No sin razón, el escritor uruguayo Eduardo Galeano lo describió como un *viejo monarca*:

Ha cambiado la geografía del fútbol y lo ha convertido en uno de los más espléndidos negocios multinacionales. Bajo su mandato se ha duplicado la cantidad de países en los campeonatos mundiales. [...] Por lo que se puede adivinar a través de la neblina de los balances, las ganancias que rinden estos torneos se han multiplicado tan prodigiosamente que aquel famoso milagro bíblico, el de los panes y los peces, parece chiste si se compara. (2005, p. 167)

Con sus métodos, Havelange y sus funcionarios han convertido el fútbol en un producto comercial. Ya en la década de 1990, el fútbol profesional movía USD 225.000 millones al año. A modo de comparación: el entonces mayor grupo mundial, General Motors, de EUA, alcanzó una facturación de USD 136.000 millones. El sistema Havelange estaba en el mundo y despertó deseos que continúan hasta hoy día. Las estaciones de televisión desempeñaron un papel cada vez más importante: el fútbol y la televisión entraron en una sociedad muy unida, dice el exdirector deportivo del Real Madrid y entonces jugador internacional de Argentina, Jorge Valdano:

Nadie duda de que la televisión haya impulsado el fútbol. [...] El fútbol, un mediador infranqueable de las imágenes, no pudo mantenerse apartado durante el espectáculo de la observación. (2006, pp. 234-235)

El poeta e hinchas de fútbol Eduardo Galeano hizo hincapié, ya en los años noventa, en las consecuencias económicas de esta interacción:

La venta de los derechos para televisión es la veta que más rinde, dentro de la pródiga mina de las competencias internacionales, y la FIFA [...] recibe la parte del león de lo que paga la pantalla chica. (2005, p. 169)

Este sistema está alimentado por las estructuras de las políticas deportivas y de medios en América Latina: miles de emisoras están inundando a las personas con información y entretenimiento, cultura y deporte. Pero solo unas pocas dominan el mercado continental. Poderosas empresas de medios privadas, que no solo tienen una densa red de estaciones de televisión, estaciones de radio y periódicos, sino que también suelen tener las mejores conexiones en política. Una transmisión pública con los órganos de supervisión adecuados prácticamente no existe, para ella no hay lugar entre la televisión comercial dura y los medios de propaganda del Estado. La influencia de estos últimos en el negocio del fútbol no debe subestimarse, como muestra bien un ejemplo de Argentina: Allí, la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner, que gobernó entre 2007 y 2015, lanzó un programa en el que todos los hinchas podían seguir los partidos de la Primera División, de la copa nacional y de las competiciones internacionales de clubes con participación argentina en vivo y gratis. A cambio, la audiencia se vio inundada de propaganda progubernamental. Después de tres años, Fútbol para Todos había costado 4000 millones de pesos (actualmente USD 195 millones), incluidos los pagos a la AFA por los derechos de transmisión (Casar González, 9.12.2012).

Cuando el programa se suspendió, en 2017, probablemente le había costado al contribuyente argentino mucho más dinero. Aquí también hubo sobornos; al menos eso dijo el ex-CEO de un comercializador de derechos deportivos en una audiencia durante el proceso FIFA en Nueva York, cuando afirmó que dos personas a cargo de Fútbol para Todos habían recibido de su compañía USD 4 millones (Casar González

Havelange finalmente reinaba sobre más asociaciones nacionales del fútbol que miembros hay en la ONU.

y Mathus Ruiz, 14.11.2017). Uno de los dos acusados, el abogado argentino Jorge Delhon, unos días más tarde se arrojó delante de un tren en Buenos Aires.

Argentina también domina el negocio del fútbol en los medios privados: muchas radiodifusoras importantes y vendedores de derechos están activos en todo el continente y, con la excepción de Brasil, no tienen barreras idiomáticas. En cambio, influyen en el mercado desde México a Chile. Las sucursales hispanohablantes de las redes estadounidenses Fox Sports y ESPN tienen comentaristas predominantemente argentinos. Y no es raro que los reporteros deportivos trabajen incidentalmente como asesores de jugadores.

Si este poder económico, la falta de transparencia y las estructuras descontroladas de las asociaciones de fútbol se encuentran, la puerta a la corrupción está abierta. Esto demuestra el caso del expresidente de la Conmebol, el uruguayo Eugenio Figueredo, quien en el contexto del *FIFAgate* fue puesto bajo arresto domiciliario. Figueredo admitió, al fiscal que investigaba el caso, haber recibido de diversas fuentes cientos de miles de dólares para la asignación de derechos de emisión de TV. Pero la energía delictiva fue aún más lejos, dice el fiscal Juan Gómez.

[Figueredo] reconoce que al ser evidentes los manejos indebidos de dinero en la Confederación (Sudamericana de Fútbol), y por los contratos que esta firmaba, al asumir como presidente procuró *legalizar* (sic) la *plata dulce* (sic) que se repartían [en] una red de corrupción, que lamentablemente azotó al fútbol sudamericano, en impunidad que se ha mantenido durante décadas. («*FIFAgate*: Figueredo declaró...», 25.12.2015)

Como «legalización» entendió el exoficial de fútbol y exvendedor de coches Figueredo invertir los sobornos en inmuebles de lujo en California, Panamá y Uruguay. Cómo los millones negros pudieron pasar las autoridades sigue siendo un misterio.

El caso de Figueredo también arroja luz sobre los daños que causa la corrupción directamente al fútbol latinoamericano y a sus clubes, porque la comercialización de los torneos Conmebol siempre fue cedida a la misma compañía. En la víspera de la Navidad de 2013, siete clubes uruguayos y la Mutual de Jugadores Profesionales de Uruguay denunciaron a autoridades de la Asociación Uruguaya de Fútbol e incluso a Eugenio Figueredo. La demanda se retiró apresuradamente, después de que a los clubes se les dejó inequívocamente claro que, de

lo contrario, se los excluiría de los torneos internacionales, lo que, por supuesto, les era financieramente lucrativo («FIFagate: Figueredo declaró...», 25.12.2015). La amenaza vino del entonces director general de la Conmebol. Su padre, hoy en día suspendido de todos sus cargos, pero aún influyente, fue presidente de la Real Federación Española de Fútbol. Esto muestra qué dimensiones internacionales tiene el tema de la corrupción.

El fútbol de clubes de América Latina todavía está dominado con demasiada frecuencia por funcionarios corruptos y muy poco por jugadores talentosos. Pero lentamente crecen las fuerzas que podrían drenar el pantano. Por ejemplo, Romario de Souza Faria, legendario jugador de la selección brasileña y hoy senador, logró en 2015 que las acusaciones de corrupción en el fútbol fueran investigadas. Tales intentos siempre habían sido prevenidos en las décadas anteriores por los señores mayores de las asociaciones latinoamericanas. Pero Romario fue campeón del mundo y dispone de una gran credibilidad. Era más difícil compararlo por funcionarios corruptos.

Bibliografía

- CASAR GONZÁLEZ, Alejandro (9.12.2012). «El Fútbol para Todos costó \$ 4000 millones en tres años», *La Nación*, <<https://www.lanacion.com.ar/1488985-el-futbol-para-todos-costo-4000-millones-en-tres-anos>>.
- CASAR GONZÁLEZ, Alejandro, y MATHUS RUIZ, Rafael (14.11.2017). «Alejandro Burzaco confirmó que coimeó a dos funcionarios kirchneristas durante el Fútbol Para Todos», *La Nación*, <<https://www.lanacion.com.ar/2082218-alejandro-burzaco-confirio-que-coimeo-a-dos-funcionarios-publicos-durante-el-futbol-para-todos>>.
- «FIFagate: Figueredo declaró que trató de “legalizar la plata dulce” que se repartía en la Conmebol» (25.12.2015). *La Nación*, <<https://www.lanacion.com.ar/1857213-fifagate-figueredo-corrupcion>>.
- «FIFagate: condenan a dos altos dirigentes del fútbol sudamericano y van a prisión» (22.12.2017). *Clarín*, <https://www.clarin.com/deportes/futbol-internacional/fifagate-salieron-primeros-veredictos-juicio-nueva-york_o_r1L56pqff.html>.
- GALEANO, Eduardo (2005). *El fútbol al sol y sombra*, 3.^a edición. Madrid: Siglo XXI.
- «Havelange, Joao» (13.5.2017). *Wikipedia*, <https://de.wikipedia.org/wiki/Jo%C3%A3o_Havelange>.

«Korruption - Wie die Weltmeisterschaft nach Brasilien kam» (24.6.2013). *Berliner Zeitung*, <<https://www.berliner-zeitung.de/sport/korruption-wie-die-wm-2014--nach-brasilien-kam-3823680>>.

«Una foto en Buenos Aires, la prueba número 100 en el FIFagate» (22.12.2017). *Clarín*, <https://www.clarin.com/deportes/futbol/foto-buenos-aires-prueba-numero-100-fifagate_o_rYF7wtqfG.html>.

VALDANO, Jorge (2006). *El miedo escénico y otras hierbas*, aquí citado por su edición alemana *Über Fußball*, Múnich: Bombus.

Ellas Juegan: en la cancha de la igualdad

El fútbol ha sido desde la primera hora, como muchas otras disciplinas, un invento de los hombres, practicado por hombres y desarrollado por ellos. Sin embargo, las mujeres han ganado su espacio a pulso, logrando relevantes cambios y haciéndose de una plataforma también profesional, donde la pasión, la entrega y la exigencia están al mismo nivel. Aunque todavía falta para que el fútbol femenino consiga una visibilidad equivalente al fútbol profesional masculino, porque ni los partidos locales ni los mundiales de mujeres paralizan los países como lo hacen los célebres espectáculos de hombres, cada vez ganan más terreno consiguiendo la atención de las sociedades.

Diversas organizaciones extra-FIFA trabajan a tiempo completo fomentando seriamente el deporte en ellas, buscando igualdad y oportunidades para las mujeres. En ese lugar se encuentra el proyecto deportivo *Ellas Juegan*, un programa de intercambio entre Alemania y Uruguay impulsado por la Confederación Olímpica Alemana de Deportes (DOSB, por sus siglas en alemán). Con el objetivo de colaborar con el desarrollo del fútbol practicado por mujeres ejecutan tareas en los siguientes ejes: capacitación y educación, comunicación interna y externa, competencias y ligas, organización y planificación, desarrollo y fortalecimiento de las estructuras.

Knut Auf dem Berge dirige *Ellas Juegan*. Es un docente de fútbol que ha trabajado en países tan diferentes como Alemania, China, Nigeria, Colombia y ahora Uruguay. Representa a su país y a la DOSB promocionando el fútbol femenino con un equipo integrado por mujeres. Lo acompañan la profesora en educación física María Inés Rüsçh como instructora, la psicóloga Valentina Prego en planificación y la comunicadora Alejandra García en el área de comunicaciones y coordinación.

ALEJANDRA GARCÍA: Nuestro público es bastante variado pero siempre intentamos ir a esas personas que han estudiado algo de fútbol pero no tuvieron la parte del deporte practicado por mujeres. También tenemos proyectos con el Instituto Técnico Profesional del Uruguay, que es donde se estudia para recibirse como técnico en deporte, revisando el plan curricular con el objeto de incorporar lo referente a mujeres. Trabajamos en varias áreas pero estamos enfocados en eso, realizamos talleres en todo el país para ir formando personas, desde niñas hasta los más profesionales, que quieran entrenarse en fútbol femenino.

MARÍA INÉS RÜSCH: La idea es despertar el interés y generar conciencia de que hay que formarse en algunas especificidades, porque hay contenidos que son compartidos por hombres y mujeres pero son categorías diferentes. No se entrena igual. Tienes que contextualizarte como entrenadora. Nosotros hemos venido contemplando esos contenidos; por ejemplo, la prevención de lesiones, entre otras.

DIÁLOGO POLÍTICO: ¿Por qué es importante que también las mujeres jueguen al fútbol?

MARÍA INÉS RÜSCH: En América Latina, culturalmente el fútbol se mantiene como un deporte de hombres. En lugares como Estados Unidos es mucho más común que lo jueguen las mujeres que los hombres. Tenemos dos piernas también y si desde chicas nos regalan una pelota, en vez de muñecas, podemos jugar y disfrutar muchísimo de este deporte, que es hermoso y tiene mucho para enseñar. Este proyecto llega en un momento clave al Uruguay, donde estamos viviendo un auge del fútbol practicado por mujeres y queremos apoyar eso.



Foto: Lucia Casanova; arte digital: Virginia Daglio

ALEJANDRA GARCÍA: Cada día hay más mujeres jugando al fútbol y no están encontrando los espacios ni las competencias para participar. Y bueno, ya que la mujer va tomando más protagonismo, trabajamos con el proyecto para justamente generar más espacios.

DIÁLOGO POLÍTICO: ¿El fútbol y su la práctica en ambos géneros puede contribuir a que la gente se entienda un poco mejor? ¿A tener una mejor sociedad?

MARÍA INÉS RÜSCH: Sí, puede contribuir a cosas buenas como malas. Invirtiendo buenos valores y buenas intenciones se pueden hacer cosas fabulosas. El fútbol, por ser el deporte más popular del mundo, puede generar cosas lindas.



Knut Auf dem Berge, María Inés Rüsch y Alejandra García

KNUT AUF DEM BERGE: Este proyecto no es solamente para incluir a las mujeres. Es para mejorar también todo el nivel del fútbol. Sin el acuerdo de todos los colegas docentes en el área del fútbol no lo podemos lograr, por eso es muy importante para nosotros trabajar en formación y educación. Este tema no es algo fijo, sino que está en movimiento permanentemente. En la DOSB tenemos dos enfoques: el desarrollo del deporte y el desarrollo de las personas por vía del deporte. Con esos dos ejes trabajamos para potenciar la calidad deportiva, la inclusión y el desarrollo de los deportistas.

Nos hemos encontrado con ambientes que no están preparados para la entrada de mujeres al deporte; entonces, ahí pensamos e investigamos de dónde salen los problemas sociales que no permiten la inclusión de mujeres, para ver qué podemos aportar desde nuestra labor. Trabajamos, por ejemplo, en los textos y contenidos educativos de la forma-

ción de profesionales del fútbol, donde tenemos como colaboradoras a mujeres que son parte de la selección nacional de fútbol femenino de Uruguay. Por ejemplo, una de ellas es la capitana de la Selección, que trabajó mucho con nosotros en esto. Ahí se dio un escenario para que una mujer estuviera en el centro del trabajo como experta en el deporte. Pero no tienen la autoridad para estar frente a las personas, porque todavía tenemos una gran presencia de hombres como el Maestro,¹ cuyo nombre es muy fuerte. Queremos mostrar que tenemos también mujeres con mucho conocimiento. Como proyecto aspiramos a dar un escenario para que ellas se presenten con contenidos interesantes, alto nivel, con una conducta excelente y también generen motivación y aprendizaje.

MARÍA INÉS RÜSCH: Del 100% de los deportistas de todas las disciplinas federadas del Uruguay, solo el 6,7% son mujeres, aun cuando somos el 52% de las personas de la sociedad. Desde este proyecto intentamos humildemente apoyar la equidad de oportunidades para las mujeres, en este caso, en el fútbol.

El proyecto Ellas Juegan se encuentra promocionando abiertamente, y en todos los espacios posibles del territorio uruguayo, el desarrollo del fútbol profesional femenino. Buscan la inclusión de más mujeres al deporte, pero también el desarrollo de ellas a través de esta disciplina. Actualmente aprovechan el Mundial Femenino Sub 17 de la FIFA, a realizarse del 13 de noviembre al 1 de diciembre de 2018 en la ciudad de Colonia del Sacramento como sede principal. También se disputarán partidos en Montevideo y en Maldonado, lugares donde este programa de cooperación deportiva Alemania-Uruguay cuenta con trayectoria de trabajo.

Entrevista realizada por Ángel Arellano y Manfred Steffen, con cámara de Alessandra Herdeg. Montevideo, mayo de 2018



Foto: Lucia Casanova; arte digital: Virginia Daglio

¹ En referencia a Óscar Washington Tabárez, entrenador de la selección uruguaya de fútbol desde 2006, conocido popularmente como el Maestro Tabárez.

Los indestructibles



—» **ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ**
Doctor en Historia y en Derecho.
Catedrático de Historia del
Derecho y de las Instituciones,
Universidad Rey Juan Carlos,
Madrid.

3-3. El Real Madrid iba ganando 3-1 en el Bernabéu, y acariciaba la novena final de su historia. Pero, tras el empate final de Bill Foulkes, y considerando la victoria del Manchester United en Old Trafford por 1-0 en la ida, el 15 de mayo de 1968 quedábamos eliminados de la Copa de Campeones de Europa en semifinales. Esa noche aprendí las reglas coperas del fútbol para siempre. Mi padre dedicó grandes elogios a un jugador que apenas tenía pelo. Se llamaba Bobby Charlton. Era inglés. No es mi jugador favorito, porque Santillana no tiene rival. Simplemente, me parece el futbolista más importante de la historia.



2-3. El histórico 15 de abril de 1967, Escocia se proclamaba campeona del mundo de fútbol tras imponerse a la circunstancial campeona, Inglaterra, en su estadio de Wembley, con goles de Denis Law, Bobby Lennox y James McCalliog. Considerando que el 25 de mayo de ese mismo año el Celtic de Glasgow de Jimmy Johnstone y Bobby Lennox que entrenaba Jock Stein derrotaba en la final de Lisboa al Inter de Milán por 2-1 para proclamarse campeón de la Copa de Campeones de Europa, Escocia pudo también reclamar la primacía europea. En 1974 y, sobre todo, 1978, Escocia se convertiría en la no campeona del mundo por excelencia de la historia. Demasiado estilo como para reparar en la diferencia de goles en el partido con Holanda. La leyenda está siempre por encima de la historia.

Cuando la derrota frente a Escocia se materializó, Bobby Charlton se retiró silencioso a los vestuarios. Un año antes, el 30 de julio de 1966, y también en Wembley, había sido capaz de liderar a Inglaterra hacia la Copa Jules Rimet después de que Geoff Hurst decidiera limpiar la cal de la línea de marca alemana, y el árbitro suizo Gottfried Dienst interpretara que un remate que bota sobre la línea, pero no la traspasa, era

gol. Aunque no es menos cierto que, en ese campeonato, Karl-Heinz Schnellinger había sacado una mano espectacular en la mismísima escuadra en el partido de Alemania contra Uruguay. Una parada de enorme mérito considerando que Schnellinger era un extraordinario defensa, pero no el portero. Sin embargo, después de la expulsión de Antonio Rattin (otro mítico 10) por el colegiado Rudolf Kreitlein en el Inglaterra-Argentina, facilitando un rácano 1-0 a los anfitriones, la maldad que en toda Copa del Mundo acompaña a una selección era ya patrimonio del equipo local. Por eso, en 1967 Escocia vengó a todo el planeta. Naturalmente, la victoria en Wembley no sirvió para que Escocia se clasificara para la fase final de la Eurocopa de 1968. De una tarea tan trivial y rutinaria como ganar la Eurocopa se ocupan selecciones como Alemania o España.

El silencio de Bobby Charlton, y la madurez y gravedad con la que se comportaba en el campo, veloz, técnico, poderoso medio ofensivo, siempre capaz de marcar, pero sobre todo de asistir a sus portentosos delanteros, Denis Law y un joven irlandés de extraordinario talento y portentosa elegancia, George Best, representaban muy bien a los trabajadores de Manchester, que, frente al elitista City, optaban por la elástica roja. Charlton, nacido en la ciudad minera de Ashington (en Northumbria, casi escocés), era uno de ellos. Y el *manager* (también escocés) Matt Busby fue capaz de armar un equipo campeón de Liga en 1956 y en 1957 sobre la base de un conjunto de jóvenes jugadores procedentes del norte trabajador de Inglaterra, entre los que destacaban dos: Bobby Charlton y, sobre todo, Duncan Edwards, nacido en Woodside, muy cerca de Birmingham, histórico centro industrial.

En 1958, tras disputar el partido de vuelta de los cuartos de final de la Copa de Campeones contra el Partizán en Belgrado, y clasificarse para semifinales, el avión del equipo sufrió un mortal accidente en un aeropuerto de Munich envuelto en una terrible tormenta de nieve. Bobby Charlton apenas padeció un rasguño. Duncan Edwards murió poco después. Y con él, otros 22 pasajeros, entre ellos siete jugadores del primer equipo. A pesar del enorme coraje de los juveniles que, bajo el mando del veterano de 20 años Bobby Charlton, disputaron las semifinales frente al Milán, al que ganaron en Old Trafford 2-1, el United quedó eliminado. Y el fútbol, en deuda con los *Busby Boys*.

Alrededor de Bobby Charlton, Matt Busby armó un equipo que ganó el campeonato inglés en 1965, 1967 y 1968. Ese mismo año, el 29 de mayo, la final de la Copa de Campeones de Europa se disputaba, de nuevo, en Wembley. Allí regresó Bobby Charlton, el victorioso en 1966 y derrotado en 1967, para una final contra el Benfica de Eusebio que no se resolvió hasta la prórroga tras el 1-1 en el tiempo ordinario. El 4-1

final originó un enorme llanto en el terreno de juego, en las gradas y en muchos hogares dentro y fuera de Inglaterra. Y demostró hasta qué punto la condición humana es invencible. Bobby Charlton levantó mucho más que un trofeo. Escenificó el triunfo de la vida sobre la muerte. Demostró que nada ni nadie se interpone en el itinerario de la condición humana hacia la belleza, la grandeza y la plenitud. Recordó a cada persona que la vida es un maravilloso regalo, el milagro cotidiano de lo asombroso, una fiesta irrepetible a la que todos estamos invitados.

Manchester fue, después, Joy Division y, sobre todas las cosas, los Smiths. Canciones tristes y desesperadamente románticas para jóvenes acostumbrados al gris, a la lluvia, al sonido de las sirenas de las fábricas y a todo cuanto representa la cultura de la industria, el trabajo duro y áspero, y la vida sin concesiones ni excusas, pero también auténtica. El sentido de los principios de igualdad, mérito y capacidad. La creencia en la paz y en la justicia social. Puentes de hierro y chimeneas humeantes en las canciones, en el paisaje y en el corazón. Y el orgullo de quien sabe en todo momento quién es y de dónde viene. Cincuenta años con *The Big Three*, con Charlton, Law y Best, son suficientes para saber que somos indestructibles.

Bobby Charlton levantó mucho más que un trofeo. Escenificó el triunfo de la vida sobre la muerte. Demostró que nada ni nadie se interpone en el itinerario de la condición humana hacia la belleza, la grandeza y la plenitud.

Donde el fútbol es político: los ultras y la revolución en Egipto



—» **JAN BUSSE**

Investigador senior y profesor en el Departamento de Política Global y Estudios de Conflictos de la Universidad Bundeswehr, Múnich. Miembro de la Joven Academia Árabe Alemana de Ciencias y Humanidades. Coordinador europeo de la Red Israelí-Europea de Políticas Públicas.

«Los ultras han desempeñado un papel más significativo que cualquier grupo político en el territorio»

(*Alaa Abd El-Fatah*, bloguero y activista político egipcio)

Cómo el fútbol llegó al Nilo

Cuando en el siglo XIX el fútbol se transformó en un fenómeno ubicuo, los ingleses fueron la fuerza motriz de esa globalización del fútbol moderno. Esto fue así, también en el caso de Egipto. Inglaterra conquistó Egipto en 1882, con el objetivo de controlar el canal de Suez, una ruta crucial entre el Mediterráneo y el océano Índico, y por ello fundamental debido a la trascendencia del comercio internacional para ese imperio.



Ilustración: Daniel Supervielle

La situación en Egipto fue diferente a otros ejemplos de colonización, ya que los británicos se encontraron con una sociedad en parte ya modernizada y con una elite urbana existente, así como con una nobleza que podía ser sometida mas no eliminada. En lugar de rechazar el fútbol como algo foráneo, la elite egipcia se apropió del nuevo deporte. Ya en 1920, una delegación egipcia fue el primer equipo africano en participar de los Juegos Olímpicos. Incluso, en 1959 Egipto ganó la Copa Africana de Naciones, unido a Siria, en lo que fue la breve República Árabe Unida. Un ejemplo interesante de la interrelación entre fútbol y política se hizo evidente a partir de la suspensión de la liga local por un período de cinco años, producto de la destrucción generada por la guerra contra Israel en 1967 (Goldblatt, 2006, pp. 481-496).

La política del fútbol en el *Ancien Régime*

Durante la presidencia de Hosni Mubarak —que asumió en 1981— Egipto fue una dictadura que no permitió el diseño y oprimió de manera constante a las fuerzas de oposición. Casi un 70% de su población era menor de 35 años y casi la mitad de los habitantes entre los 20 y los 24 años estaban desempleados. Además, un tercio de la población era analfabeta, y no menos de un 40% vivían bajo la línea de pobreza. Ya antes de 2011 se registraron revueltas debido a un súbito aumento del precio de alimentos de la canasta básica. En términos generales, en los albores de la revolución la situación en Egipto se asemejaba a un polvorín.

Ante esta situación, el régimen intentó utilizar el fútbol como medio para desviar la atención de la población sobre la pobreza, la falta de libertad y la represión política. Al mismo tiempo, los estadios eran los únicos sitios donde los egipcios podían reunirse en torno a un fin común y manifestar cierto espíritu, en la cara de las autoridades. Enfrentamientos violentos entre aficionados y la policía sucedían de forma habitual.

En ese contexto, el clásico entre los dos equipos de El Cairo —Al-Ahly y Zamalek—, reconocido como uno de los más violentos, tuvo especial importancia. Ante la falta de competencia política, ser simpatizante de Al-Ahly o Zamalek adquirió un significado más allá de lo futbolístico. Originalmente, la dura rivalidad entre los dos mayores equipos egipcios, que se encuentran entre los más ganadores de África, constituye una analogía de la división política entre la elite promonárquica y las masas de orientación republicana. Al Zamalek Sporting Club, fundado en 1911, estuvo vinculado al gobierno colonial británico y a la clase alta egipcia. Luego de la declaración de independencia en

1922, Zamalek pasó a ser el equipo de la monarquía egipcia, e incluso pasó a llamarse, en 1941, Club Rey Farouk, en honor al monarca. Luego del derrocamiento de la monarquía, en 1952 el club recuperó su nombre tradicional, Zamalek SC. El nuevo liderazgo republicano del presidente Nasser apoyó al rival de Zamalek, Al-Ahly, que fue el primer club de origen egipcio, fundado bajo la ocupación británica en 1907. Incluso, Al-Ahly —que en árabe significa ‘nacional’— se transformó en símbolo de la independencia y de la lucha anticolonialista (Montague, 2008, cap. 8).

A pesar de que Al-Ahly constituye un símbolo del pueblo egipcio, la dirigencia del club ha estado fuertemente vinculada al anterior régimen. Mientras que la rivalidad con Zamalek está anclada en la cercanía de este con la clase alta, y del vínculo del Al-Ahly con las masas, la situación actual no refleja estos antecedentes. Las diferencias sociales y políticas están más presentes a nivel de la dirigencia de ambos clubes que de sus simpatizantes.

El intento del régimen por utilizar el fútbol tuvo limitaciones claras. A pesar de que el fútbol sirvió como medio para acallar a la población, los estadios se transformaron en campos de cultivo para la oposición al gobierno.

Los ultras y la revolución

A partir del 25 de enero de 2011, luego de que los tunecinos derrocaran el régimen de Ben Ali, cientos de miles de egipcios tomaron las calles. Entre ellos se encontraban especialmente los jóvenes, cuyas expectativas aparecían sombrías. El centro de las propuestas fue la plaza Tahrir de El Cairo, que poseía una connotación importante para la revolución, ya que el término *tahrir* en árabe significa ‘liberación’. El control de la plaza, por lo tanto, se volvió imprescindible para el movimiento de protesta. Aunque los ultras no se involucraron de manera organizada en las protestas iniciales, se unieron al movimiento al advertir su dimensión y potencial. Los más importantes en la lucha contra el régimen fueron los ultras de Al-Ahly, aunque los de Zamalek también tuvieron su participación. Los ultras tuvieron un rol fundamental en la toma y defensa de la plaza de Tharir, frente a las fuerzas policiales, a los seguidores de Mubarak y a matones a sueldo del gobierno. El 2 de febrero los ultras protegieron a los manifestantes contra un ataque de matones que ingresaron a la plaza a lomo de camello, en un incidente posteriormente bautizado *la batalla del camello* (El-Zatmah, 2013, pp. 801-813).

A diferencia de la mayoría de los manifestantes, los ultras tenían como ventaja una muy buena organización y amplia experiencia en choques con la policía, a la que consideraban su mayor enemigo (Dorsey, 2016, pp. 51-54; 60-67). Su experiencia en peleas callejeras fue un elemento determinante para la defensa de la plaza y de los manifestantes. Controlaron el acceso a la plaza, y mediante un sistema de señas realizaban retiradas tácticas. Los combatientes de las primeras filas eran reemplazados de manera regular por otros nuevos. También implementaron una compleja división del trabajo entre tiradores de piedras, constructores de barricadas, aquellos que abastecían a las primeras líneas con municiones y quienes se encargaban de retirar a los heridos.

Sin la ayuda de los ultras la plaza habría caído y el rumbo del alzamiento habría tomado otro curso. El 11 de febrero de 2011 se anunció la renuncia de Mubarak. Los manifestantes pagaron un alto costo, con 840 víctimas y cerca de 6400 heridos, muchos de ellos ultras. Una de las consecuencias más importantes de la renuncia de Mubarak fue la reanudación de la liga de fútbol, lo que devolvió a los ultras la oportunidad de seguir alentando a sus equipos con pasión, en los estadios.

La tragedia de Port Said y la lucha por justicia

El 1 de febrero de 2012 Al-Ahly enfrentó al Al-Masry en Port Said, y fue derrotado por 3 a 1. Sin embargo, el resultado es insignificante en comparación con los 74 aficionados del Al-Ahly que murieron en enfrentamientos durante el partido. La situación ya estaba caldeada desde el día anterior pero luego del pitazo final hubo una escalada de violencia. Cientos de simpatizantes de Al-Masry invadieron el campo de juego y persiguieron a los jugadores de Al-Ahly hasta los vestuarios. A pesar de la fuerte presencia policial, los aficionados de Al-Ahly fueron atacados con palos y bengalas. Al estar las puertas cerradas, muchos murieron sofocados entre la muchedumbre en pánico o fueron aplastados.

Miembros del antiguo régimen calificaron la masacre como una expresión de una cultura bárbara, glorificadora de la violencia, presente en los aficionados, que derivó en provocaciones mutuas y un estallido de violencia. Muchos aficionados del Al-Ahly estaban convencidos de que el incidente fue parte de un acto de venganza de parte del antiguo régimen, en represalia por la responsabilidad de los ultras en la caída de Mubarak. Más bien, la catástrofe fue un brote espontáneo e imprevisible, arraigado en la profunda rivalidad ente los aficionados del Al-Ahly y el Al-Masry. La policía, sin embargo, tuvo responsabili-

dad por el exceso de violencia, pues decidió no intervenir, ya que le era conveniente que los ultras se aplastaran entre sí.

La tragedia de Port Said golpeó a la sociedad egipcia en su conjunto, haciendo que la rivalidad entre los ultras de Al-Ahly y Zamalek quedara de lado. Luego de un encuentro histórico entre ambos grupos, manifestaron que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas con tal de asegurarse de que los responsables de la masacre fueran juzgados. Al mismo tiempo, gran parte de la población se solidarizó con los ultras. Port Said dejó en evidencia el poder político de los ultras, que fueron capaces de movilizar a decenas de miles de personas exigiendo justicia. En lugar de la confrontación abierta, los ultras ensayaron otras estrategias para ejercer presión política, tales como marchas de protesta, sentadas o bloqueos. Finalmente, el 17 de enero de 2013, una corte egipcia sentenció a muerte a 21 aficionados del Al-Masry, mientras que otros 17 acusados obtuvieron penas de hasta veinticinco años de prisión. Si bien hubo nueve policías acusados, siete fueron absueltos.

La sentencia generó una enorme controversia, ya que los simpatizantes de Al-Masry fueron señalados como chivos expiatorios, mientras que la policía no fue debidamente responsabilizada. Sin embargo, los líderes ultras aceptaron la decisión de la corte a regañadientes, con el objetivo de evitar más derramamiento de sangre.

A pesar de que el fútbol sirvió como medio para acallar a la población, los estadios se transformaron en campos de cultivo para la oposición al gobierno.

¿Restauración del antiguo régimen de política y fútbol?

A pesar de encontrarse parcialmente satisfechos con el veredicto de la corte, los ultras del Al-Ahly se retiraron de las calles, descartaron futuras acciones políticas y volvieron a los estadios (Elgohari, 30.6.2013).

En 2012, Mohamed Mursi, integrante de los Hermanos Musulmanes, se transformó en el primer presidente democráticamente electo en la historia de Egipto. Activistas liberales, muchos de ellos involucrados en la destitución de Mubarak, manifestaron su temor acerca de la intención de Mursi de transformar a Egipto en un Estado islámico. Las protestas contra Mursi siguieron en aumento, y en julio de 2013 este fue derrocado por un golpe militar. A grandes rasgos, las cosas volvieron al mismo estado que se encontraban antes de la revolución.

Los Hermanos Musulmanes fueron proscritos y sus integrantes perseguidos; se limitaron las libertades políticas, incluso de forma más drástica que antes de la revolución de 2011. Los presos están siendo torturados en las cárceles, la libertad de expresión y las manifestaciones están limitadas al extremo, y civiles están siendo juzgados por tribunales militares.

A pesar de todo, los ultras continúan siendo una fuerza política destacada. En 2014, un nuevo grupo llamado Ultras Nahdawy participó de las protestas estudiantiles contra el indulto y posterior liberación del expresidente Mubarak. Este grupo, que se autodenomina explícitamente como político, puede ser visto como una reacción ante la retirada generalizada de los grupos de ultras de las protestas políticas. El régimen ha intentado doblegar el poder de los ultras, consciente de su potencial amenazante. En 2015 definió a todos los grupos ultras como organizaciones terroristas y comenzó a perseguirlos de manera sistemática.

Aunque aparentemente el orden se ha restaurado luego del golpe militar de 2013, Egipto se enfrenta a importantes desafíos económicos, sociales y políticos. El precio de la gasolina se fue a las nubes y hay escasez de productos y alimentos básicos. El Gobierno ha agotado casi todas sus reservas en moneda extranjera y está al borde de la bancarrota. A pesar de esta triste situación, y del futuro incierto, la pregunta en Egipto sigue siendo cuándo volverán los ultras a las calles.

Referencias bibliográficas

- GOLDBLATT, David (2006). *The Ball is Round: A Global History of Football*. Londres: Penguin Books, pp. 481-496.
- MONTAGUE, James (2008). *When Friday Comes: Football in the War Zone*. Edinburgo: Mainstream Publishing, cap. 8.
- EL-ZATMAH, Shawki (2013). «From Terso into Ultras: The 2011 Egyptian Revolution and the Radicalization of the Soccer's Ultra-Fans», *Soccer & Society*, vol. 13, n.º 5-6, pp. 801-813, doi: 10.1080/14660970.2013.766030.
- DORSEY, James (2016). *The Turbulent World of Middle East Soccer*. Londres: Hurst Publishers, pp. 51-54; 60-67.
- ELGOHARI, Mohamed (30.6.2013). «Egypt's Ultras: No More Politics», *Jadaliyya*, <www.jadaliyya.com/pages/index/12475/egypt's-ultras_no-more-politics>.

Traducción de Federico Irazabal

Sombras de un triunfo

Entrevista al periodista e historiador
uruguayo César di Candia.



DIÁLOGO POLÍTICO: ¿Qué le evoca Maracaná?

CÉSAR DI CANDIA: Yo tengo recuerdos de 1950 porque tenía veinte años en el momento del Mundial. Muchas veces mis recuerdos no coinciden con la euforia desmedida y enloquecida de toda la gente que no vivió ese día, o que lo vivió y lo exalta hasta alturas patrióticas. En realidad, hay cosas que pocas veces se dicen, y que conspiran contra el aspecto glorioso de esa epopeya. Que en realidad tuvo un acto final maravilloso, que fue ganarle la final al país organizador que tenía todo planificado para el triunfo, inclusive premios, remeras y regalos para los jugadores que se suponía que nos iban a ganar.



Lo más glorioso de ese mundial fue haberle ganado a Brasil con un cuadro mediocre como el nuestro, mal preparado y mal dirigido, a un país que jugaba como los dioses, que era una máquina de jugar al fútbol. Yo recuerdo que antes del mundial el equipo uruguayo estuvo un mes sin DT. Nadie sabía quién sería. Hoy, nosotros sabemos que el DT de nuestra selección es Tabárez, desde hace 15 años. En el Mundial del 50, un mes antes nadie sabía quién iba a serlo. Se eligió un director de un cuadro chico y durante el mes previo al Mundial la selección practicó una sola vez, contra un cuadro del interior del país, y terminaron comiendo un asado. Fue una especie de partido de solteros contra casados.

La selección fue a Brasil con una muy mala preparación física y técnica. Yo fui al estadio Centenario a la despedida de la selección; jugó contra un

club brasileño de Río Grande, que *nos paseó y nos ganó*. Y la selección se fue del estadio bajo una silbatina feroz, que yo recuerdo. Son detalles que se omiten cuando se habla de la epopeya mundialista.

Brasil goleaba siempre, era una máquina de jugar, para ellos era un paseo. Acá en Montevideo, en el boliche de mi barrio, se hacían *pencas* sobre cómo terminaría el partido final. Absolutamente nadie daba ganador a Uruguay. Las diferencias eran por cuántos goles perderíamos. Yo dije: «perdemos 5 a 1». Nadie creía en el triunfo de Uruguay, al punto de que dos de los dirigentes se volvieron antes del partido final, por miedo al papelón. Y varios de los periodistas se volvieron también, porque no querían ver la humillación de Uruguay.

Cuando estaba por empezar el partido, fueron los dirigentes uruguayos [al vestuario] y les dijeron a los jugadores: «papelones, en lo posible, no». Yo tengo estos recuerdos por mi propia persona y porque además le hice una entrevista a Obdulio¹ y él me contó muchas cosas. «Ganamos de casualidad. Estábamos gordos. Nosotros, además de los que comíamos en el hotel, salíamos al centro y comprábamos latas de sardinas, pan y cerveza, que escondíamos bajo las camas y comíamos de noche». De modo que ese partido no se ganó a fuerza atlética ni a capacidad técnica. Se ganó porque los brasileiros salieron demasiado confiados y por-

¹ Obdulio Varela, el Negro Jefe, mítico capitán de la selección uruguayo de 1950.

que los muchachos de la celeste salieron con ese espíritu interno que tienen los jugadores uruguayos, en todo sentido, que los impulsa a no dejarse pasar por arriba nunca, a ganar de cualquier manera, porque hay una tradición que te dice que tenés que ganar. Y salieron dispuestos a todo y con un coraje impresionante, que es lo elogiabile. Aplicaron juego fuerte, si hubo que aplicar; fueron para adelante todo el tiempo y, además, hubo en algún punto del equipo jugadores extraordinarios como Ghiggia, Julio Pérez y Schiaffino.

Jugaron para la canchita. Para ellos Maracaná, con 200.000 personas aullando, era nada. No les importaba nada, a tal punto que habían llegado mucho antes del partido y no tenían nada que hacer y el Mono Gambetta se acostó a dormir en un colchoncito, en el vestuario, en total estado de inconciencia. No les importaba, no les aterrizaba nada.

Salieron cantando, incluso para tapar las voces de los hinchas. ¡Salieron cantando! Es una hazaña irrepitable en todo sentido, porque el cuadro uruguayo era infinitamente inferior, porque estaba menos preparado, porque estaba en estado físico inferior y porque no se va a dar nunca más esa posibilidad de que Uruguay llegue a una final habiendo jugado tres partidos. Un campeón mundial de hoy pasa por veinte etapas.

Recuerdo que terminó el partido y las calles estaban desiertas, totalmente vacías, no había nadie. Al día siguiente llegó la delegación en un vuelo *charter*. Todo el mundo en Montevideo, y la gente del Interior que acudió, fuimos

a la rambla a ver pasar a los héroes de Maracaná. Pero ellos pasaron tan rápido, a tal velocidad, que no hubo tiempo de vivarlos ni aplaudirlos, y siguieron rumbo al centro de la ciudad.

A mi juicio, toda esa bambolla patriótica que se hace sobre el triunfo de Maracaná es realmente muy importante. Se debería realzar, en la medida en que fue una hazaña. Pero no olvidar que los dirigentes volvieron, que los periodistas volvieron y que los premios que les

Salieron cantando,
incluso para tapar las
voces de los hinchas.
¡Salieron cantando!

habían otorgado recién se los pagaron veinte años después, cuando la plata ya estaba desvalorizada. No olvidar que las medallas que les entregaron fueron de oro para los dirigentes y de plata para los jugadores —estas son palabras de Obdulio Varela—, no olvidar que cuando entregaron las medallas ya había muerto un jugador, habían pasado los años. Fueron cosas realmente deplorables.

Obdulio me dijo: «nos prometieron empleos y no todos los jugadores obtuvieron empleos. Felizmente a mí me emplearon en el Casino, a Ghiggia también, pero solamente a algunos».

La gloria de Maracaná tiene una serie de sombras que generalmente no se cuentan pero que, en cierto sentido, agrandan esa victoria que sí fue contra viento y marea.



Ahora, si el triunfo de Maracaná le sirvió a la sociedad uruguaya para algo... probablemente le sirvió para crearse una confianza en sí misma, que fue muy equivocada. Maracaná hizo creer a la gente que éramos superiores al resto, que teníamos grandes virtudes de todo tipo: físicas, atléticas, mentales, intelectuales.

Al creernos semejante cosa, nuestras expectativas frente a los demás perdieron. Los demás siguieron creciendo y las nuestras se quedaron ahí: «somos los grandes ganadores», «a nosotros nadie nos pasa por arriba»... Ese

fue el tributo que Maracaná dejó en la gente. Nosotros somos la generación de Maracaná, los invencibles... y no lo éramos.

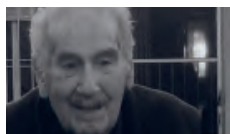
—*Es un mito constitutivo de la mentalidad uruguaya.*

—Maracaná hizo una mentalidad que muchos años después empezó a cambiar. Empezamos a darnos cuenta de que no todo era Maracaná en la vida, también había derrotas.

*Entrevista de Manfred Steffen,
con cámara de Alessandra Herdeg.
Montevideo, 10 de mayo de 2018*

«Yo no sé por qué se gasta la memoria...»

Entrevista con Juan *Chiche* Elizaga, en la semana de su centenario



DIÁLOGO POLÍTICO: ¿Te acordás del Mundial del 30?

CHICHE ELIZAGA: Capaz que si me pongo a pensar, sí me acuerdo. Capaz que si me nombran esto o aquello, digo «ah, ahora sí que me acuerdo». Me acuerdo de que inauguraron el Estadio Centenario.¹ Mi padre era muy del fútbol y de Nacional, y fue al Centenario ese día. Yo también fui al estadio, pero después, muchas veces.

¹ Inaugurado el 18 de julio de 1930, a cien años de la jura de la primera Constitución uruguaya.



—¿Tú tenías 12 años cuando el Mundial?

—Y debe ser así, porque el domingo cumpla cien...

Ya quisieran otros tener lo que tenemos, pero la gente siempre quiere más. Para qué más, ¿no es suficiente con lo que tenemos? Es tan lindo el estadio, con la gente que va. Ahora, no si tenés con quien ir, está la tele, pero antes...

CHARITO (ESPOSA): ¡No había tele! Estaba la radio. ¿Qué radio usaban? A galena, ¿no? —comenta, ayudando a encontrar los recuerdos—. Es que él me contó que se había hecho una radio en esa época, cuando era niño. Yo no me acuerdo porque nació en el 28 y era muy chica.

CHICHE ELIZAGA: ¡Ah, una historia tan hermosa y tan grande! —recita la alineación de la selección uruguaya del 30—. Nassazzi, Arispe, Lorenzo Fer-

nández, Andrade, Gestido... ¿Se acuerdan de eso? Cea, Scarone, Petrone, Urdirarán... El arquero no me acuerdo.

DIÁLOGO POLÍTICO: Era Ballesteros, ¿no?

CHICHE ELIZAGA: ¿Y como sabés el nombre del arquero? No parece tener la edad para acordarte.

DIÁLOGO POLÍTICO: Me lo contó mi papá, que estuvo en la final.

CHICHE ELIZAGA: Ah... A mí *me se van las cosas*... —dice con expresión pícaro y consciente del «error»—. De pronto me vuelvo a acordar otra vez. Yo no sé por qué se gasta la memoria... —vuelve a enumerar los jugadores, y agrega, seguro de sí—. Ahora me acuerdo y no me olvido más. Menos mal que estas son cosas lindas de recordar, porque de las malas también me acuerdo.

Ya ganado por la emoción, entona la canción de los campeones.



*Uruguayos campeones
de América y del mundo,
esforzados atletas
que acaban de triunfar.
Los clarines que dieron
las dianas en Colombes,
más allá de los Andes
volvieron a sonar.*

—Eran campeonatos aquí y campeonatos allá, y los campeonatos eran todos para nosotros —comenta entusiasmado—. Venían todos y marchaban todos. Aquí ganaban los uruguayos.

—¿Será así otra vez, ahora? ¿En Rusia cómo las ves?

—Y sí, van bien. Yo creo que sí. No sé qué tienen, pero marchan. *Vamo a ver...*

*Entrevista de Manfred Steffen.
Agradecemos a Silvia y Stella Elizaga
las gestiones para la realización
de esta entrevista.
Montevideo, 15 de mayo de 2018*

EDICIÓN ESPECIAL. JUNIO 2018

El balón de cuero entre luces y sombras

Stefan Reith

Fútbol y política en América Latina en tiempos de la Copa del Mundo

Elcio Loureiro Cornelsen

Celeste y charrúa: el fútbol y la democracia en Uruguay

Daniel Supervielle

Los argentinos y los mundiales: pasión, negocios, política y nacionalismo *light*

Fernando Gutiérrez

Inestabilidad y hexacampeonato: los desafíos de Brasil

Denise Mota

Fútbol y mujeres en Chile en su minuto clave

Claudio Agurto Spencer

El fútbol colombiano en tiempos de paz

Gabriel Pastor

Una noche en el Parque Kennedy

Diego Macera

Panamá, larga vida al fútbol fantasma

Enrique Andrés Pretel

Costa Rica ante el espejo relativo de su pequeña gran selección

Álvaro Murillo

México en las Copas Mundiales de 1970 y 1986

Juan Carlos Gordillo Pérez

La plata dulce. Corrupción y fútbol en América Latina

Marc Koch

Ellas Juegan: en la cancha de la igualdad

Entrevista con Knut Auf dem Berge, María Inés Rüsçh y Alejandra García

Los indestructibles

Enrique San Miguel Pérez

Donde el fútbol es político: los ultras y la revolución en Egipto

Jan Busse

Sombras de un triunfo

Entrevista con César dí Candia

«Yo no sé por qué se gasta la memoria...»

Entrevista con Juan Chiche Elizaga



Konrad
Adenauer
Stiftung